

Palimpsestos de Tierra Húmeda
Ucronías de la historia de México

C O L E C C I Ó N
JOSEFINA VICENS
Literatura Experimental y Erotismo

Candita Victoria Gil Jiménez
Rectora

Palimpsestos de Tierra Húmeda

Ucronías de la historia de México

Teodosio García Ruiz / Ruth Pérez Aguirre
Cipirán Aurelio Cabrera Bernat / Guadalupe Azuara Forcelledo
Pedro Luis Hernández Gil / Soledad Arellano
Luis Gámez/ María Eugenia Torres Arias
Flor de Líz Pérez Morales / Edwin Omar Marín Olán
Gloria Margarita Dávila Espinoza / Sergio RAM
Vicente Gómez Montero / Daniel Peralta Guzmán
Luis Acopa / Bruno Estañol



Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Palimpsestos de tierra húmeda. Ucronías de la historia de México / Teodosio García Ruiz, et alt. – Villahermosa, Tabasco: Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2011

146 P : (Colección Josefina Vicens. Literatura Experimental y Erotismo)

Incluye Índice

ISBN: 978-607-7557-93-7

1. Cuentos mexicanos - Tabasco

L.C. PQ7292.T3 G37 2011

Primera edición, 2011

D.R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
Av. Universidad s/n. Zona de la Cultura
Colonia Magisterial, C.P. 86040
Villahermosa, Centro, Tabasco.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal de Derechos de Autor.

ISBN: 978-607-7557-93-7

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

Índice

Memoria intemporal a favor de una ínsula en Tabasco	7
Teodosio García Ruiz	
Epistolario de Dolores	25
Ruth Pérez Aguirre	
La corbeta “Saratoga”	33
Cipirán Aurelio Cabrera Bernat	
Con los Dorados	41
Guadalupe Azuara Forcelledo	
Las armas del sueño	51
Pedro Luis Hernández Gil	
En previsión de males mayores	59
Soledad Arellano	
Espectro Sun Tzu	65
Luis Gámez	
Volver a la historia	75
María Eugenia Torres Arias	
Mariposas en el tiempo	83
Flor de Líz Pérez Morales	

Rebeldes del Usumacinta	87
Edwin Omar Marín Olán	
Tras mis pasos, cuervos	93
Gloria Margarita Dávila Espinoza	
No fue por eso	99
Sergio RAM	
Retratos de Familia, así como noticias del inquilino de la familia Sotarriva (1920)	111
Vicente Gómez Montero	
Bajo la sombra del Cristo	117
Daniel Peralta Guzmán	
Polvo sobre polvo	123
Luis Acopa	
La cola del diablo	135
Bruno Estañol	
Autores	141

Memoria intemporal a favor de una ínsula en Tabasco

Teodosio García Ruiz

*Quiero ver si la ignorancia, el miedo,
la ineptia y la superstición verbal
reinan en todas partes, igual que aquí.
Marguerite Yourcenar / Opus nigrum*

RELATO DONDE UN ESPAÑOL LLEGA A TIERRAS
TABASQUEÑAS; PADECE INMEMORIALES DISENTERÍAS,
CONSULTA UNOS DOCUMENTOS Y ESCRIBE SUS
MEMORIAS DONDE DEJA CONSTANCIA DE LO QUE EL
LECTOR LEE

Desde lo más profundo de mi corazón, desde lo más literal de mi paciencia y de mi memoria, lo que escribo ahora es un febril y pensado discurso de cómo son las cosas y sus naturales en tierras donde no se oculta el sol y si se oculta ni cuenta se dan porque nadie mira hacia arriba sino hacia abajo.

Yo que soy Erasmo de Toledo, veintisiete años, instrucción de militar remiso, católico a medias y ayunador del rey por sueño o pesadilla, embarquéme un día con cinco amigos de la calle rumbo a las Indias a descubrir y conquistar tierras, montañas y un río que hoy se conoce con el mote de Grijalva.

Los cinco amigos éramos Erasmo de Toledo descrito período arriba; Juan de Grijalva, hijo de panadero y panadera; Dolores Ruiz, rezador célebre por sus gritos de ora pronóbis;

Pedro Infante, de actividad teatrero y cantante, simulador de escenas; de comedia y risas; y por último, Damián Lerdo, flaco y callado, que más bien parecía una palanca en medio de nosotros cuando bebíamos algún licor o hablábamos de mozas tremendas mozas de la patria.

¿Por qué irnos a la aventura lejos de padre, madre, amigos y amigas?, ¿por qué dejar los olivos, las montañas, los sembradíos, las pocilgas y graneros donde retozábamos con las tías y las primas cuando ya las ganas de ya usted sabe nos alcanzaban? ¿Por qué? Vive Dios si sé la respuesta y voto a él que tampoco lo sabe. Pero imaginemos, digamos que el hombre no es él sino sale de su sistema de inercia, de su estado de movimiento y para ser hay que no ser, salir de sí, ser profeta en otra tierra para diferenciarse del lodo, de las otras manzanas podridas y regresar algún día a la tierra prometida pero con diamantes, piedras preciosas o cabecitas de piratas en un cuenco. Sí. Eso pasó. Salimos del cascarón para ser, en el movimiento de la historia, de los días, los prototipos de una energía; semejante a los elementos químicos como el electrón que adquiere más energía cuando sale de su órbita.

Pero América llena de indios que adoran las reses pellejudas; América para los americanos, España para los españoles, era un magneto cual traserito de hembra respingona, chichitas de hembra chichoncita, oro de ley para las manos nuestras arañadas por el hambre de insidia y rapiña de la santa madre iglesia católica, apostólica y romana que nos acompaña siempre en las conquistas que hacen nuestros capitanes.

DEL EMBARCO, EL ATAQUE DE UN NAVÍO INGLÉS, LA TORMENTA EN LAS ISLAS BERMUDAS Y EL ARRIBO A RÍO PÁNUCO

Nuestras madres y novias nos acompañaron en el embarcadero de Cadillo, un puerto clandestino semejante al de Cádiz, por el que entraban y salían de España especies y mujeres de alterne con tal facilidad y reserva, que hasta el mismo rey de España mandaba buscar ahí sus favoritas.

Lágrimas, risas, escribe pronto, no os olvidéis a tu madre que te quiere tanto, parecían palabras como estruendos en una ceremonia de santo no sé quién allá por la cuaresma. Lo cierto es que apenas llevábamos cinco días de navegación fina, es decir sin vómitos como algunos viajeros, aunque ninguno de mis amigos se había embarcado antes, cuando un alboroto en cubierta nos llamó la atención. Un bajel nos perseguía desde la mañana y cada vez acortaba la distancia. Según oímos, no tenía una bandera clara pero podría ser inglés, francés o de hasta español con algunos forajidos desalmados.

Las maniobras de defensa o de combate se esmeraron y a los jovencuelos como nosotros se nos utilizó para apoyo en los cañones o defensa con picana y arcabuz cuando los asaltantes quisieran abordar. Nunca pensé que mis compañeros fueran valientes y yo miedoso, porque Pedro Infante con algunos trapos de colores hizo unos muñecos o mojígangas semejantes a fieros piratas más piratas que los piratas y los acomodó a babor de la nave, mientras del otro lado los más gordos y también fieros, pero con miedo, tripulantes observaban con atención a los facinerosos que se acercaban con gritos y malas mañas en los labios, como repartiéndose ya el botín de mujeres, mancebos, piedras preciosas que como siempre eran cuencas de vidrio, alcohol, telas finas y estampadas, perfumes y otros embutidos para la travesía. La nave nuestra era como se dice en la jerga de los ferrocarriles, un mugriento furgón donde se viajaba de modo clandestino hacia las indias, con la intención de adulterar la historia.

En dos horas los preparativos se fueron a la chingada (perdóneme el señor) porque los del navío invasor sí que eran guerreros. Los tripulantes a babor de nuestra nave pronto huyeron del bordo y los garfios de asalto estaban juntando a las dos naves. Las mujeres mercenarias que nos arrullaban en las noches y nos cobraban bien, sacaron quién sabe de qué voluntad, una fuerza inaudita y con aceite caliente que tampoco sé de dónde apareció, despellejaron a los primeros asaltantes. Pedro Infante y Dolores Ruiz, con blasfemias en verdad groseras por parte del primero y ora pronóbis estruendosos por parte del segundo, reproducían el cielo y el infierno o viceversa, y se cubrían de afecto o calma

los histéricos gritos de los que caían al mar (de las dos naves) con esqueletos despellejados, cráneos rotos o tripas de fuera, pero ya sin alma.

A la luz de estas escrituras que de mi pluma salen, y a los ojos de ti, venerable lector, todo será o fue un sueño. Llevábamos las de perder porque en nuestras manos los arcabuces temblaban y las armas de espadas abrían cráneos de los otros y de los nuestros, cuando desde babor los gigantes de trapo que Pedro Infante hizo ardían con pavorosa herejía y quemaban las amarras de los garfios, las velas de la nave invasora y la pólvora impregnada con infinita ternura y fiera alegría prendió fuego a la nave pirata. Pronto nos vimos separados del furor enemigo y toda la noche vimos el fuego como desde el continente. A la mañana muchos cadáveres flotaban y desde algunas amarras los sobrevivientes pedían misericordia. Se les salvó esclavizándoles y continuamos el viaje sin tropiezo toda la mañana.

El inventario era bárbaro. Se perdió casi la mitad de los tripulantes y de los viajeros. Muchos heridos y también muchos prisioneros que amarrados y a golpes hacían trabajo de bárbaros y esclavos. Por la tarde una calma tensa cubrió la embarcación y algunos vientos extraños desviaron el curso de navegación. Entramos a una neblina densa como todas las neblinas y de repente la embarcación como que se detuvo y empezó a dar vueltas como en rotación. La mayoría de nosotros empezó a tener vértigos, zumbidos en la cabeza y náuseas. No había razón para estos síntomas hasta que Dolores Ruiz dijo que era el maligno. El miedo cuando no anda en burro también anda en barco y tanto las mujeres mercenarias como los hombres mutilados empezaron a gemir como perros envenenados. El pánico hizo de las suyas hasta que un hombre lleno de cicatrices y tatuajes con acento de inglés o portugués, prisionero de la nave calcinada, dijo que tuviéramos calma, que estábamos en el triángulo de las Bermudas; que era común sentir estas diligencias ya que era un lugar especial en todos los mares de la tierra porque en esta zona las corrientes marinas, los vientos, la presión atmosférica, la densidad de los aires y otras cosas que no logro recordar, permitían que la rosa de los vientos se dislocara: que ellos se refugiaban allí cuando

alguna flota nacional los perseguía; que además estaba el Mar de los Sargazos, lugar de muchas algas marinas capaz de inmovilizar flotas enteras, y que ahí los hombres sí podían andar sobre las aguas.

Las palabras del pirata pusieron calma como desde un púlpito, y como el capitán del navío fue muerto en el asalto antes referido, se le tomó como ayudante del marino que manejaba el timón. No supimos cuantos días estuvimos en ese lugar, hasta que de tanto rezar, maldecir o vomitar, empezó a esclarecer alrededor del navío y las velas remendadas se inflaron nuevamente. Vimos el continente a pocos días y desorientados como íbamos, se decidió navegar cerca de él hasta que llegamos a un lugar llamado puerto Pánuco.

DE CÓMO PERDIMOS MUCHA TRIPULACIÓN; SE NAVEGÓ CERCA DEL CONTINENTE Y SE DECIDIÓ LLEGAR HASTA UNA PENÍNSULA LLAMADA DE YUCATÁN

En Puerto Pánuco, ya en litorales de la Nueva España, se abasteció la embarcación, descendieron casi todos los tripulantes, y vendimos la mitad de los piratas capturados. Pánuco era un río de una gran bocana con fresca agua que desembocaba al mar con estruendoso ímpetu, que los pescadores singlaban con cuidado sus cayucos, como ellos le llaman a sus embarcaciones de trabajo. Cuando llegamos ahí, el agua era achocolatada, con troncos de madera, venados muertos y todo tipo de especies que por esas tierras se dan y se fabrican.

Flaco y sin una palabra de despedida, Damián Lerdo decidió quedarse ahí, a pasar una experiencia más con piratas, triángulo de las Bermudas y mujeres mercenarias.

Durante muchas leguas de navegación bordeamos el continente; ora con asombro de aburrición; ora bajando a la playa para intercambiar especies por frutas o carnes; ora con piedras y flechas sobre nuestros cráneos porque los naturales eran miedosos

e irascibles. En la antigua villa de la Vera Cruz estuvimos dos semanas a raíz de una enfermedad de escorbuto y porque la tripulación quería estar en tierra firme por algún asunto de fe.

No era una tierra de metales preciosos y de vergeles prodigiosos. Pero si tenía sus naranjos, limoneros, papayas, anonas, piñas, patates y cacao, reses, cerdos y aves menores de excelente carne cuando se estofa o se adoba; incluso en sancocho con chiles y cebollas es un magnífico platillo.

Los pobladores de este lugar son alegres, festivos, de miradas encendidas y al parecer muy lujuriosos como son todas las hembras de la costa. Habitan en construcciones sencillas elaboradas con materiales de la región, cuyas casas son altas y frescas para el lugar del trópico que es ahí, y que don Hernando Cortez seleccionó para fundar según supe, el primer ayuntamiento en América en los dominios magníficos de la Nueva España. En este lugar probé carne de América, frutas, manjares y mujeres de exquisita y dura carne en el trasero (Dios me perdone pero también las de Alvarado así son).

En la aventura sin armas que llevábamos y sin riquezas de ninguna especie, Juan de Grijalva y Pedro Infante debatían, jugaban a las cartas o a vencidas, el uno de que no saldríamos con provecho alguno de esta aventura hasta llegar a Guatemala; el otro que si el lenguaje y la imaginación nos lo permitía, llegaríamos hasta la gloria de quien sabe qué milenio. De este modo sondeábamos en el río Coatzacoalcos, cerca de pizpiretas palmeras, risueños delfines en la proa o la popa de la embarcación, sirenas con acné pero de extremidades prodigiosas para el himeneo, pargos asados, cangrejos en salmuera y bebíamos ron del bueno, no de contrabando porque los contrabandistas de este navío sabían a lo que sabían. Dormitaba yo cerca de un cuenco con agua limpia, es decir, agua dulce, agua de beber y apuesto, vive Dios, que casi observaba el rostro de los ángeles. Víme pues en la superficie con estrellas y algún insecto de estas tierras y me asombré: yo era un santo! Tenía sobre mi coronilla un aura verduzca y los ojos como de muerte chiquita, usted apreciable lector ya sabe, pero también otro rostro a mi lado estaba en igual circunstancia; era Dolores Ruiz quien o estaba enfermo o estaba

como yo en pleno delirio de no se sabe qué. Es el maligno, me dijo en susurro de secreto inconfesable, desde que salimos del triángulo cada individuo y toda la embarcación está rodeada de una nube verduzca y un resplandor sui géneris ¿sui qué? Algo así como especial, me entendéis, y si no Errare humanum est. Ah! le dije. Somos santos, somos vacas, somos puercos, somos muertos en vida, fantasmas ¿somos eso? Sí.

Entramos a un camarote justo en la apuesta. Robar el barco, morirnos de hambre, renegar de Dios, comer sirena, no comer sirena, nombrar de nuevo los ríos, montañas, flora y fauna de tierras camino de Yucatán. ¡Sale!, perdón ¡vale!, dijo Juan de Grijalva.

Navegamos con lentitud, calma en los agitados corazones y arcabuces, espadas y garrotes porque el pacto sellado no incluía a todos los tripulantes, aunque ellos lo realizarían. A las primeras horas llegamos a Tonalá, un río joven e impetuoso que salía al mar con las aguas brillantes y tornasoladas, como el zumo de limón en la claridad de las aguas. Bajamos y el edén bíblico se nos abrió: tortugas, venados, cangrejos, pez lagarto con corazas metálicas, sardinas, jaibas, aves de todos los colores del mundo y los sonidos, válgame Dios, para dormir ninfas y dioses; las aguas de frutas dulces y frescas hicieron mella en nuestros organismos; vómitos, disentería, fiebres: nadie está preparado para estar con dios o con el diablo: no estuvimos a la altura de sus prodigios. Y la flora de maravillar los ojos: manglares que a la orilla del río y los pantanos teñían de fresca, sombra y tinte las aguas perfumadas; árboles de mango, guaya, guapaques, castañas, caimitos, vainas, guanábanas..., no doy más en la descripción. Habría que estar en el paraíso para no tener lenguaje alguno y describirlo. Yo estuve ahí, no sé qué decir.

Anduvimos unas veinte leguas más y los naturales huían de nosotros. Encontramos sus chozas con camas y hamacas recién utilizadas; animales de corral bien cebados; granos y semillas seleccionadas como para la siembra; y unas bolas de masa con cacao (esto lo supe después) denominada pozol, que constituye entre los naturales de estas tierras, una bebida sana y reconstituyente. Algunas leguas más adelante, dos piratas que

siempre mandábamos como avanzada, regresaron agitadísimos y nos contagiaron el miedo. En el campamento nos contaron sobre un cerro no muy grande en el que se hallaban unos gigantes enterrados en la tierra en posición, dijeron ellos, de adoración: sólo se dejaban ver las cabezas colosales, idénticas, imaginamos, a las que están en la isla de Pascua, frente a las cordilleras chilenas, allá por el Arauco. Dijeron que unos tigres gigantes (animalitos como jaguares, ocelotes, gatos de monte) estaban domesticados y cuidaban de las aves de corral, pero que otros animalejos de esta estirpe eran adorados como si fueran la gran cosa.

Dos semanas estuvimos en ese paraíso entre fiestas de playa, acampadas en la selva y adoración nuestra a un árbol de hojas grandes y gruesas que más tarde conoceríamos como hule.

DE LAS PRIMERAS MARAVILLAS LOCALES, HAZAÑAS EJIDALES, TRIUNFOS ESTATALES Y OTRAS HEREJÍAS DE LA HISTORIA DE ESE LUGAR

Con el navío hasta la madre de víveres (perdóneme el señor, es la satisfacción) continuábamos la marcha cerca del continente; a veces observábamos humo de caseríos indiferentes a nuestro paso; en ocasiones con risas y carcajadas (Pedro Infante me explicó la diferencia) los naturales huían selva adentro como pedo de mula, y en dos ocasiones nos atacaron del siguiente modo: primero, con algunas decenas de cayucos o embarcaciones breves; nos hablaron primero esos pinches mechudos con palabras de carácter agrio, después nos injuriaron porque eso se veía en sus ojos, posteriormente nos atacaron con piedras y palos. Ridículos. Tres chingadazos de arcabuz y a la chingada (que el señor me ampare, aquí todo se pega). Segundo. El ataque más misterioso y técnico fue una noche tranquila a la altura de un lugar llamado Pico de Oro. Fondeábamos con un traguito de ron y mojarras fritas; cuentos de Pepito y de *Las mil y una noches*. Desde el continente, mejor dicho, desde la playa, cientos de hogueritas, fueguitos o vaya uno a saber qué era, venían hacia nosotros. La

intención era lógica: quemarnos. La estrategia y el instrumento eran novedosos: abrían un coco, y en cada mitad colocaban una resina a la que prendían fuego. Hijos de puta, satánicos, mierdas (aunque no me perdones señor, pero no tenían madre, créeme, coño). El cielo en la tierra era porque toda la embarcación estaba rodeada de calderitas minúsculas; si jugáramos a las escondidas diríamos que era un manto de estrellas o una colmena de cocuyos en mitad de la noche; no, estos hijos de puta naturales saben guerrear como los tigres de la Malasia o como todos los habitantes de las costas. Nos mantuvimos despiertos toda la noche hasta que nos cansamos de hundir las hogueritas con agua y se decidió entrar más en la mar adentro.

Cuando llegamos a una gran bocana sin nombre decidimos en juego de cartas ponerle nombre. Juan de Grijalva, panadero y tahúr desconocido hasta ese momento, ganó la apuesta y dijo que como no tenía hijos, heredaba al universo su nombre y estirpe de panadero. Iluso, ignoraba que otro Juan ya había puesto sus ojos en ese río que entraba con fuerza mar adentro en varias leguas convulsas de sedimento, arenales y restos verdes que traía desde no se sabe dónde. Lo que es no poner letreros y nombre a los descubrimientos, estábamos descubriendo el hilo negro.

Entramos río arriba porque queríamos mujer, sosiego y cobijo porque últimamente sueños y pesadillas nos agobiaban. Vimos una isla, le pusimos isla del Buey porque un gran árbol asemejaba a un cuadrúpedo enorme; vimos un caserío, y como las gentes nos vitoreaban con aplausos, yerbas humeantes, palos y piedras, nos retiramos de la orilla y sin inmutarnos seguimos río arriba. A ese lugar no le pusimos nombre de momento, pero si después: Santa María de la Victoria porque los pobladores de ahí nos hacían señas obscenas y el símbolo de v de victoria, como para animarnos en entrar más allá de donde ellos no se atrevían.

A nuestro paso de lento navegarlos naturales tenían costumbres distintas; huían de nosotros, nos atacaban, nos agasajaban con alimentos, cerdos y mujeres. Algunas poblaciones río adentro sí tenían ciertas inscripciones como Chilapa, Escoba, Acachapan y Colmena; eran los naturales indios pelos parados, de ojos negros, piel morena y gustaban de la bebida; sin embargo,

en algunas poblaciones breves, las mujeres eran altas, blancas, rubias, de maravillosos ojos azules o verdes. Supe mucho tiempo después, que los moradores de estas tierras hacían excursiones bélicas a una isla llamada Tris, donde aporreaban a piratas holandeses, ingleses, franceses o de otras nacionalidades, que tenían como célula o base de operación ese sitio. Eso explica, es mi pienso, que se mejoró la raza de estas tierras, porque como las españolas cachondas con los moros, las de aquí también los prefieren güeros.

DE CÓMO DESCUBRIMOS UNA CARBONERA, SUS BAILARINAS, SU CERVEZA Y LAS PLÁSTICAS CON JUAN DUENDE EN LA NOCHE DE LOS TIEMPOS

Después de apreciar este sitio donde, lo he dicho muchas veces, nunca se pone el sol, y si se pone, la lluvia llega, y entre ellos se apropian del estado del tiempo; después de iluminar o imaginar con la pupila el verde espectro de la vida en la selva, los monos y los árboles, los frutos con jevenes pudriéndose en la sombra, la hojarasca y decenas de animales prehistóricos o no descritos por pobreza de lenguaje en el génesis bíblico; después de observar, como los ojos del creador el primer brochazo de vida en un lienzo de aire, y el bullicio de la vida, ¡ya somos por eso inmortales!, el hambre nos hizo atracar en un sitio lodoso pero con pintas de embarcadero de nativos.

Bajamos a medianoche y era un sitio de alterne, una pocilga. San Juan Bautista se llamaba la población y estaba constituida por españoles, mestizos e indígenas. Se vivía de la agricultura, la ganadería, la pesca, la tala de maderas preciosas, el cultivo de la caña; los españoles de estos lares tenían esclavos de todos los colores y sabores: indios, mestizos, negros y pendejos.

Cuando llegamos en dos grupos de tres una especie de mesón, se armó un san Quintín porque los comensales pensaron que éramos oficiales representantes de la ley. Como concedores que son de sus tierras y sus autoridades, y ante nuestro aspecto

físico dijeron entre ellos que éramos unos muertos de hambre y gentes sin peligro más que portadores de alguna posible infección. Bebimos y comimos y como entramos en confianza con chistes de Pepito y relatos de *Las mil y una noches*, nos revelaron la intriga insurrecta que relataré más adelante.

¿Cómo era el sitio llamado san Juan? Tres o cuatro lomas rodeadas de lagunas, esteros y ríos. Antiguamente, nos relataron los aborígenes de la pocilga, las tribus de estos lares guerreaban de continuo con otras por la posición de las lomas. Nada de tierras preciosas, tesoros escondidos, mitologías de dioses extraterrestres. Nada de eso. Se buscaban las tierras altas, las no inundables que por cierto eran inútiles para la producción del campo. En tiempo de inundaciones, los naturales asumieron el carácter de gritones y escandalosos como lo son ahora, porque al quedarse rodeados de agua en cada loma, lo único que hacían era prometerse madrizas y madrizas, insultos y vejaciones, de tal modo que cuando bajaban las aguas no tenían fuerzas para nada, estaban muertos de hambre y apenas regresaban a sus labores productivas con relativa fuerza de voluntad.

Chismosos, escandalosos y nuevamente escandalosos, los de estos lugares se identifican en toda la Nueva España por esas características; aunque hay que decirlo, son amables, francos, sinceros y muy amigables; sobre todo las mujeres de extraordinaria fogosidad intelectual y física. Aunque también algunos invertidos sodomitas presentan estas cualidades y son tercos como mulas de Valladolid.

Como en mesa de la última cena, bebíamos alrededor de unos tablones y el vino surcaba los aires y las gargantas intemporales. Miraban ellos el color verdoso de nuestras auras y pelaban los ojos entre asombro de borrachera o asombro de pendejos. Estos castizos son buena onda (sic) por lo que no hay pedo con ellos, decía uno, no puej, decía otro. El lugar era un expendio de carbón denominado la carbonera (no es broma) en el que sólo trabajaban carboneros de instrucción, es decir, de oficio y beneficio. No tenía techo el lugar donde bebíamos porque la temporada de sol estaba vigente y era más fresca la plática de los hombres bajo la vigilancia de Dios y al amparo de sus dominios celestes. Pedro Infante, flaco y barbudo como el que

más, regresó después de mear en las afueras, con cinco mocitas de buen ver y alegres como la mejor de este lugar después de beber medio tonel de cerveza de la buena. Juntó dos tablones y les dijo cómo moverían las caderas y los pies; para un lado la pierna izquierda, una miradita al auditorio; después para el otro lado la pierna derecha, una miradita al auditorio; giran todo el cuerpo y mueven esas preciosas nalgas. Los hombres dejamos la plástica y observamos los entrenamientos. Alguien, como una voz celestial dijo que lo hicieran con poca ropa, pero las mocitas se negaron: desnudas, dijeron, si no, no! Pa su mecha (discúlpame oh señor, no sé si esto es grosería o blasfemia). Como no había un solo músico por ahí, un poeta de lentes con cara de ratón dijo un verso que se acompañó con palmas: yo tengo una nena que las afloja bailando, tralalá, tralalá, si, si, si, plac, plac, plac, plac, plac, plac, asústame zorra!

La noche de los años llegó a mí y quiero referir todo lo que supe a partir de la carbonera, a través de mi relato.

DE CÓMO VIVÍAN EN SOCIEDAD LOS DE ESTOS LARES, DE SUS ACTIVIDADES LITERARIAS, SUS LUJURIAS Y SU REVOLUCIÓN INTERRUMPIDA

¿Cómo se fundó esta ciudad? De primer ojo no lo sé, pero cuando entramos por santa María de la Victoria vimos que si bien eran cazadores de piratas güeros y mancos, también les temían. San Juan Bautista se fundó porque era un sitio lejano de las costas donde andaban los piratas madreños y resentidos; y hasta acá los pobladores pudieron sentirse relativamente seguros. El nombre de San Juan, porque dizque llegaron un 24 de junio de quién sabe qué año ancestral, fue adoptado con sumisión por parte de la población y a propuesta de un obispo que los fines de semana salía a las rancherías a predicar y en ocasiones corría borracho por las calles con los calzones en la mano, un alacrán en la nalga y blasfemias por el coitus interruptus

Las lomas se bordeaban por lagunas o las lagunas bordeaban a las lomas. Los ricos, es decir, los españoles, es decir,

los obispos, curitas y militares, construyeron ahí sus altas casas con tejas que servían de lastre a las embarcaciones, y que en la distancia de la historia, eran casitas bonitas, frescas y sin alacranes. La ciudad tenía un cementerio, una iglesia católica (¿cuándo la oposición llegaría a estos lares cuándo?), una cárcel, una plaza de armas, un expendio de tamales, una frutería, una peluquería, una rezadora, una (perdón), muchas prostitutas. Las calles llenas de polvo en verano y de lodo en otoño e invierno, eran un mozaico de excremento de caballos, boñigas de reses, mierda de perros y de humanos los viernes. Como una mala costumbre vaticana impuesta por los comerciantes, se instalaba el mercado sobre ruedas cerca de Palacio de Gobierno. Cuando lo hacían en el río, era, desde luego por las inundaciones. Como en una romería, los indígenas, esclavos, mestizos, hombres de bien, gentes sin Dios ni Ley, cazadores, tratantes de gallos, perros y equinos de raza, usureros, libaneses, turcos, judíos y moriscos falsamente conversos, se dejaban ver entre pericos de Chiapas, tucanes impertérritos, fríos guajolotes de mirar sombrío, vivarachos pijijes, elefantes austeros, espaldas sudadas de bananeros rencos, caderas morenas y poderosas de hembras entradas en la edad de la crucifixión genital. El caldo de cultivo de razas y organismos era también correspondiente en la alimentación que desde los cereales secos y frutas cristalizadas, se alternaban con arroz, frijoles, carnes saladas, rellenos negros, estofados, barbacoas, plátanos fritos con chicharrones de los más selectos cerdos de la región.

Sin embargo, después de la delicia anterior, y con el espíritu de incredulidad, las cosas eran tan naturales como en cualquier colonia asiática, africana o americana, ya que andamos por acá. Los ricos son ricos y tienen las armas, la fuerza, la astucia, la justicia y desde luego la iluminación y protección de Dios. Los pobres son ignorantes, pendejos, no tienen las tierras, ni la astucia ni el arrebato y la pasión para salir de la órbita en la que siempre están en situación de tránsito. Los obispos (perdóneme el señor pero fueron creados para estar del lado que les conviene) empujan hacia donde la corriente se dirige; navegan (esto lo aprendí acá), de a muertito.

Por esa razón fuerzo el entendimiento y acuérdomede lo narrado por Juan el emblemático sujeto de la carbonera: bizco,

gordo, con los dientes picados y un paliacate eternamente amarrado al cuello nutrido de caspa como un rocío de crepas. Nos dijo que en las tierras conocidas como la Chontalpa se movilizaban las tropas de quién sabe quién, que cuarenta caballos bien alimentados mejor que los soldados estaban a disposición de un regimiento; que en la hacienda de Francisco García, mientras mataban un puerco y se rezaba a la orilla del pueblo, se iban limpiando las escopetas y preparando las carnes saladas para los insurrectos de no sé qué.

Corría el vino en esa maravillosa carbonera, las cervezas, las muchachas ya de oficio mercenario que gritaban gozosas, sigue sigue/no pares sigue/sigue sigue/ no pares/sigue, sigue. Recuerdo con vivacidad a un tal Sánchez Mármol, de nombre Manuel, quien estaba recluido en otra hacienda encargado de vaticinar y testimoniar la actividad de los insurgentes. Era espiritista, y se anticipaba a los acontecimientos del futuro, por lo que me enteré que en su adolescencia estudió en la ciudad de Mérida, Yucatán, donde conoció de cerca a los familiares de Jacinto Canek (posiblemente un insurrecto de la región) y de ahí, a su regreso, sensibilizó a sus amigos para luchar por la libertad, las ideas, la autonomía, la educación de los pueblos. Como los naturales eran ignorantes de corazón, palabra y pensamiento (pero no pendejos), decidieron recluirlo en una casona llena de árboles frutales, aguas y atenciones fuera de lo común para que escribiera la historia de las gestas épicas. En el mundo estaba de moda emanciparse de cualquier cosa para estar a la altura del planeta y desde una idea, una mujer gorda, una casa inclinada como la torre de Pisa, unos hijos tarados, hasta del patrón, del obispo marica, del gobierno espurio o del gobierno legal. Parecían decir, ¡haz patria, emancípate! Y como no había como vacunar a todos los habitantes del territorio para instruirlos en esto, crearon el Instituto Juárez, con un discurso memorioso del referido Sánchez Mármol.

Años después, cuando los días y las semanas y la memoria empiezan a gestar la historia, un grupo de liberales y escritores pero más soldados, guerreros que poetas, fundaron la revista *La bohemia tabasqueña*. Ahí se soltaron el chongo porque a través de la palabra escrita, como se dirá después que nazcan los formalistas rusos y se llegue a la luna en romántica romería norteamericana

y también cuando se invente la máquina de escribir, hicieron y escribieron de las suyas; pues resulta que estos hombres como León Alejo Torre, Quico Quevedo, Pancho Limonchi, “la brisa marinera”, entre otros, escribían sacando la lengüita de un lado, echándole mierda al gobierno de un tal Porfirio Díaz que nunca se enteró, exaltando las ideas de libertad (¡salid del clóset!, ¡salid del clóset!), persiguiendo la instrucción pública para los menso y tarados pudientes de la época que bebían y consumían sin pudor más allá del pozol y la tortilla, sidra Copa de Oro, cucharas de plata, tarjetitas de Nueva York, tamales de Parrilla, merengues de Casa Pizá, torrejitas de Tamaulipas, cocteles de camarón, perfumes y vidrios de la Francia porfiriana en este lado del Atlántico. Escribían de los dioses panteístas en estilo neoclásico, romántico, y sonetos con rarezas a mujeres y corazones partidos, sueños de héroes que guerreaban a ejércitos disciplinados. Buscaban entre la educación, la literatura y la política, que la historia y el gobierno los observase para ser diputados, notables hombres de bien en una intelectualidad que escribía en los periódicos para una población pobre, muerta de hambre, analfabeta y votantes en las elecciones de urnas preñadas.

Buscaban ser diputados, honores y prestigios como tener una calle con su nombre, una institución o sepulcro, como son dados los naturales. Fijese usted, querido lector, que después de estos escritores héroes que mañana nadie leerá, que en la moderna ciudad nombrada después de ser San Juan Bautista, vino la bíblica temporada de siete años de abundancia y siete años de escasez, porque ya no tienen madre o no tienen héroe los gobiernos que siguen a mi relato: José María Pino Suárez (oriundo de esta región), que fue poeta y tímido hombre de endebles convicciones políticas, murió en la capital del país durante la gran revolución después de la Independencia; no le quedó más remedio que morir a un lado de Francisco I. Madero por miedo y porque no le quedaba escapatoria (de seguro hubiese puesto pies en polvorosa), ya que los ejércitos traidores al noble pueblo, los tenían hasta el cuello de carabinas treinta-treinta, sables, palos y piedras. Sin embargo, los naturales de acá leyeron otra cosa y lo han bautizado como el caballero de la lealtad. ¡Si chucha! Vosotros veréis un mercado, una calle, una biblioteca, otra calle, una colonia grande y otra

chiquita con el nombre de este bigotón; no os sorprendáis cuando esta ciudad se llame de tal modo. ¡Hágame usted el favor!

En este relato me doy cuenta ahora por qué la mayor parte de los artistas y escritores de estos lares siempre buscan ser hijos o hijastros del gobierno. Esa es la enseñanza de Mecenas, el hijueputa aquél (perdóneme el señor, ya ni me acordaba de usted). Y para el logro de sus acciones los hombres se cubren un ojo, simulan un secuestro, asumen el rol de monjes, se adscriben a una aristocracia de estirpe rancia, editan libros para congraciarse con familias y grupos, y al final, buscan el oro y la plata para sus alimentos y sobrevivencia cultural.

DE CÓMO QUEMAMOS LA NAVE; SALIMOS DETENIDOS DE LA CARBONERA, FUIMOS ENCARCELADOS Y ESCAPAMOS; Y EN CAYUCOS DE MERCADERES SALIMOS RAUDOS HACIA OTRO TIEMPO DE UN YUCATÁN HISTÓRICO DONDE ME CASÉ Y TUVE MIS HIJOS

¿Cuántas noches estuvimos en la fascinante borrachera de vino y toneles de cerveza? Una: la noche de los tiempos. De soslayo, de oídas, supe las predicciones de Sánchez Mármol, Manuel; sus lecturas densas y ligeras de la creación del universo desde el positivismo, sus ideas sobre la ciencia y la metafísica, sus historias realistas y apasionadas, los temas de esclavismo, idilio de hombres y mujeres en medio de sembradíos, inundaciones, mosquitos, disenterías y dengues. Por una alucinación de alcohol y aceitunas con patitas curtidas, supe de este lugar las costumbres bestiales que se practican y son de carácter universal, la roja lámpara del incesto por ejemplo, tan frecuente en estas poblaciones, cuyo producto permite idiotizar ciertos individuos de la familia, a tal grado que nacen con colita de puercos, orejas de mico, labios leporinos, sueños de generales con la mano derecha metida en la camisa a la altura del pecho; Sánchez Mármol, el manote de Cunduacán, refiriome por conducto de su materia y los espíritus que lo aconsejaban, que cada ciertos milenios era costumbre cortar cráneos a los hombres notables,

por eso las cabezas olmecas, las cabecitas mayas, las cabezas de narcotraficantes en plena ciudad como si fueran torrejitas de yuca o merengues en hojitas de limón. Supe también que la riqueza de estas tierras son sus hombres y mujeres. Los primeros porque son votos en elecciones amañadas, mano de obra barata, alumnos en universidades que no enseñan nada, bullicio, escándalo y más escándalo. No piensan o lo hacen poco. Las mujeres son buenas paridoras de hombres ilustres, héroes y poblaciones de esclavos o sumisos o carne de todo: de cañón, de cañales, de marchas en protesta o emancipación de alguna fe. Otras riquezas además de los naturales, es el árbol de maderas preciosas extinguido con la rapidez de la peste europea (cualquiera que elija el lector) y el combustible que suple al carbón, denominado por acá como petróleo. Este energético se localiza en los campos agrícolas de la Chontalpa y en la región del hule; con solo lanzar el sombrero sobre una superficie de pantano, ahí se identificaban las burbujas de los gases que lo caracterizan, la disciplina del carbono.

Como sucedió en otro tiempo, como nos gustó sobre manera el tipo de personas, sus giros verbales, sus costumbres indígenas y mestizas, sus mujeres poderosas para el coito, sus ceremonias en la plaza y sus densos sueños de porvenir, decidimos quedarnos por estos lares y quemamos la nave. Los pocos tripulantes también estaban de acuerdo y decidimos incrementar la hacienda local. Fue la noche de un san Juan Bautista con hombres vestidos de blanco y paliacates, con mujeres de amplias polleras y tulipanes en la cabeza, con marimbas de natural y agradable sonido cuando encendimos la popa donde antes se habían colocado algunos costales de carbón y brea. El fuego empezó con un hilillo de humo y como si también el navío celebrase el acontecimiento, ardió como un festejo de sí, dispensándonos miles de bendiciones por la decisión tomada. En determinado momento el fuego sobre el río era una alucinación de quién sabe qué festejo, y decenas de hombres y mujeres veían el espectáculo que Pedro Infante montó a la luz de las llamas.

Cerca del amanecer de quién sabe qué siglo o temporada, entraron decenas de bandidos a la carbonera. Nos golpearon, nos subieron a un vehículo tirado por caballos y fuimos castigados por intento de rebelión y derrocamiento al gobierno en Plaza de

Palimpsestos de Tierra Húmeda

Armas. Desde la cárcel vimos a campesinos flacos, pellejudos, con ropas de miseria; mujeres de ojos famélicos, cabelleras lacias y en tribal ronda alrededor de un cerdo también famélico.

Escapamos en otro amanecer y en cayucos de veinticinco o treinta metros, de oficio mercante, estábamos ya tres de mis compañeros, en plena observancia del mar y sus playas jubilosas. Íbamos a las tierras de Campeche, Yucatán y Guatemala. Nos ocupaban nuestros salvadores en cargar y descargar mercancías de frutas, semillas y animales menores. Le enseñamos cómo ganar en los trueques, pero ellos sabían más y tenían un rudimentario código de honor.

De lo que aconteció en esos viajes será relatado en otro capítulo.

DEL ARRIBO A LA ISLA DE TRIS, CAMPECHE Y HECELHECAM

Nota del editor: No se encontraron los originales por lo que hasta aquí le cortamos...

Epistolario de Dolores

Ruth Pérez Aguirre

Pueblo de Dolores, a 13 de septiembre de 1810.

Querido Ramiro:

Han acontecido nefastos sucesos en casa. Me encuentro muy turbada, llena de desesperación por lo que vaya a ocurrirme en estos días. Mi madre tuvo la impertinencia de registrar mi secreter donde encontró una de tus cartas y después de leerla díjome cosas atroces y me golpeó. Convengo en que se haya molestado mucho, pero no contenta con humillarme de esa manera, me hizo comparecer frente a mi padre y no tuvo reparos en leer en voz alta tu carta, aquella tan tierna que me enviaste llena de pétalos de la azalea de tu casa.

Al leerla hacía hincapié en cada una de tus palabras amorosas, con tal sorna que logró hacer que mi padre estallara en cólera. Al terminar, se sentó en una butaca y se puso a llorar como si yo hubiese muerto, sin dejar de repetir que la familia había sido deshonrada y nuestro apellido ilustre mancillado. Mi querido padre siempre guardó un caudal de cariño para mí, pero en esos momentos lo olvidó todo, cogió la cuarta de caballo y me descargó una andanada de fuetazos. Mi madre, quizá arrepentida, sintió lástima de su hija pecadora y le suplicó que me dejara. Yo estaba desfallecida, esperando que terminase con el castigo.

Por lo demás no excuso decirte que fueron tantos los golpes que caí desmayada. Cuando recobré el conocimiento mi padre pidióme que fuera a mi habitación, pero no pude levantarme; casi a rastras, nuestra querida Emilia, con la ayuda de Jacinta, me llevó

a la cama. Las pobrecillas lloraban al ver mi cuerpo reventado a cuartazos. Me dijeron que no era humano pegar así a las personas, menos a una con la piel tan suave y delicada como la mía. Como ángeles que son aprestáronse a curar mis heridas.

No obstante mi dolor y mi pena, al siguiente día mis padres pidieron a mi tío Miguel, el cura de la parroquia, que de inmediato solicitase una vacante en cualquier convento. Querido mío, ¿puedes imaginar mi angustia? ¿Qué será de mí, de nosotros, del tierno amor que nos une? Yo no quiero perderte, tampoco encerrarme de por vida en un lúgubre lugar donde seguro seré víctima del maltrato y obligada a realizar tareas aberrantes. He sabido tantas cosas horribles que suceden ahí dentro, que de imaginarlo me siento mareada. Apenas tengo quince años, no es justo que por amar tanto deba padecer un destino sombrío y terminar mi vida sepultada a la fuerza en un encierro donde moriría enseguida. No tengo dotes de mártir, no nací para eso sino para ser tuya por siempre.

Se ha dado la circunstancia que mi tío Miguel está tan ocupado en estos días, que sólo por contentar a mi madre accedió a hablar conmigo un momento. En vez de aconsejarme, como su hermana le pidiera, comenzó a hablar de manera incomprensible, sobre algo que están tramando con otros del pueblo. Me aseguró que lo harán, aun a riesgo de perder la vida, y será para beneficio de todos, porque la gente debe vivir libre, romper el yugo opresor que la ha hecho sufrir tanto. Pobre de mi tío, quiera Dios y lo ayude, porque lo vi tan entusiasmado que a ratos me pareció que perdía la razón. Me dijo cosas extrañas, como levantarse en armas y que la virgen de Guadalupe los guiará en esa lucha. Yo no entendí del todo, a veces sentí miedo y se me enchinaba la piel.

Cuando mis padres me preguntaron de qué me había hablado, yo les contesté que me pidió rezar mucho por mí, por él y por la gente del pueblo. Así les dije, porque en realidad, entre otras cosas, también eso me había dicho.

Amor mío, por favor mándame tu respuesta con la pobre de Emilia que nos quiere tanto y se desespera por nuestra felicidad, hazlo lo más pronto posible porque si no sé algo de ti hoy mismo, enloqueceré. Me tienen encerrada en la recámara. Sólo Emilia me

trae la comida; mi madre no quiere ni verme. Ya está empacando lo que debo llevar al convento..., eso me contó llorando.

Te abrazo y te beso con todo mi corazón.

Lupita

P. D. Debajo de mi almohada tengo escondidos los pétalos de la azalea.

Pueblo de Dolores, a 14 de septiembre de 1810.

Lupita, mi querida Lupita:

Quisiera ser invisible y llegar hasta la ventana de tu recámara a consolarte. Ha sido tan doloroso todo esto que me has escrito que he llorado por la impotencia de no poder acercarme a ti. De ninguna manera permitiré que te lleven a un convento, antes me mataría que saberte encerrada de por vida en un lugar donde una niña como tú no puede ni debe estar. Sostengo lo que te he dicho antes: tú y yo estamos hechos para vivir nuestro amor aunque otros traten de impedirlo. Debemos cumplir nuestro juramento bajo cualquier circunstancia. Si a eso nos orillan nuestros padres, no tendremos otra opción que hacer lo acordado.

No desmayes ahora. Yo también sé que algo grande y muy malo pasará en el pueblo, no sé exactamente de qué se trate pero mi padre se encierra en su gabinete a hablar con algunos militares y gente del gobierno. Faltábame decirte algo importante, hace días escuché con turbación, a través de la puerta, que se referían a tu tío Miguel, dijeron que él, junto con otros que lo apoyan, se está preparando para levantarse en contra del gobierno.

Yo pienso que si teme por su vida, debía salir huyendo antes que algo le suceda. Esa gente no se detendrá ante su sotana, están dispuestos a todo. Mencionaron a la esposa del Regidor, a Doña Josefa, dicen que también está implicada en este asunto. Preguntéle a un criado si él sabía algo de lo que se tramaba en casa pero no quiso decir palabra alguna. A nosotros no debe preocuparnos lo que estén haciendo los demás, sino sólo nuestro amor.

Palimpsestos de Tierra Húmeda

Hace unos días hablé con mi madre acerca de ti, le dije que quiero casarme. Ella, al principio, quedóse pensativa, después dijo que por su parte no tendría ningún inconveniente pero que recelaba de mi padre porque tú y yo somos de clases distintas; además mi padre pertenece al partido enemigo del tuyo y por eso nuestro amor es irreconciliable. Me vio tan desesperado que sugirióme que no fuera a hacer una locura contigo porque no saldríamos bien librados. Sus palabras me parecieron de mal agüero.

Tengo diecisiete años, no soy un niño, puedo valerme por mí mismo. Sea, esto es lo que quiero demostrarles. Nos iremos lejos si ellos impiden nuestro noviazgo. No sé si mi madre le haya dicho algo, pero desde ayer hallábase taciturno. Me dijo que quiere enviarme a la capital a estudiar, o por lo menos mandarme con unos familiares mientras pasan estos momentos de inquietud. Yo siempre había querido ir al norte a conocer a mis primos y tíos pero si es a este precio no quiero ni pensarlo. No te abandonaré ni ahora ni nunca, lucharé por tu amor ante cualquier fatalidad.

Lupita, pobre niña mía, mañana, cuando esté bien entrada la noche iré a tu casa; necesito escuchar tu voz, saber de ti, besar tus labios. Estate pendiente cuando escuches una piedrita en tu balcón. Es necesario ultimar detalles, apresurar las cosas porque veo que hay mucha agitación, lo que vaya a suceder no debe perjudicarnos. Desespero de saber que aún faltan muchas horas para la llegada del día de mañana.

Vida mía, te quiero tanto que sin ti no podría vivir, ni respirar siquiera. No dudes de mí, yo te libraré de esa prisión en la que te han confinado. Juntos lograremos lo que deseamos.

Heme aquí con el corazón destrozado por la pena. Te reitero que te amo más que nunca.

Tu Ramiro

P. D. Te llevaré un ramo de azaleas, esas que te gustan tanto.

Pueblo de Dolores, a 15 de septiembre de 1810.

Querido Ramiro:

Mi bien, he llorado toda la noche por la pena de marcharme sin verte de nuevo y sin poder besar tus labios por última vez. Mi madre tiene listos los aprestos; partiremos mañana muy temprano para Celaya, sin importarle que mi tío Miguel le haya pedido que se una a la lucha, pero ella asegura encontrarse en una disyuntiva y está empeñada en llevarme al convento donde se encuentra una prima suya. Por favor, acude con mi tío y pregúntale el nombre de esa prisión, de lo contrario jamás podrás encontrarme. No sabré nada de ti y eso me matará lentamente. Con todo esto veo cernirse sobre nosotros la peor de las desgracias.

La grandeza de nuestro amor quedará sepultada para siempre entre las frías y húmedas paredes de piedra del convento. Te escribiré todos los días aunque sé que no podré enviarte ninguna de mis cartas; con ellas haré constar, a la hora de mi muerte, que el amor que siento por ti no es un capricho de niña tonta, como asegura mi madre, sino un amor verdadero al que están asesinando sin piedad.

Adiós, amor de mi vida. Trata de salvarme de este nefasto destino que no he escogido. Dicen en la casa que hoy, por la noche, todo va a cambiar en el pueblo, no lo sé ni estaré para saberlo porque mi tío Miguel, desde la mañana, hallase como loco yendo de un lado a otro. Dijo que no le importaría morir por la causa, que está harto de tantas injusticias; él quiere un México libre. ¡Pobre tío! Yo lo quiero mucho, pero ya está un poco viejo y creo que sus ocurrencias son propias de su edad. Mira que querer cambiar las cosas, como si fuera tan sencillo. ¿A qué cosas se referirá con exactitud?

Adiós, Ramiro, siempre te llevaré en mi corazón como el único amor de mi vida. Si no pudiéramos encontrarnos nunca más, por favor no hagas una locura, rompamos en este mismo momento el pacto que nos une. Eres muy joven y mereces vivir. Tal vez allá en el norte encuentres a alguien que te quiera, no igual que yo porque eso no volverá a repetirse, pero sí un poco.

Palimpsestos de Tierra Húmeda

Ramiro, Ramiro, ¡cuánto te amo!

Tu Lupita

P. D. Cuando me vaya, deja secar la azalea de tu casa.

Pueblo de Dolores, a 15 de septiembre de 1810.

Lupita, mi amada y tierna Lupita:

Ni siquiera puedo sujetar bien la pluma porque mis dedos tiemblan de rabia. Me tienes confundido con tu carta. Habíamos jurado no romper nuestro pacto de amor y ahora dices que te vas y me dejas para siempre. No puedes hacerme esto, alma mía, el amor tan inmenso que nos tenemos no puede terminar de esta manera tan despiadada. ¡Dios Santo!, qué lejos están aquellos días llenos de felicidad cuando nos amábamos en nuestro refugio y a escondidas de los demás, componíamos dulces sonetos que la pobre de Emilia, siempre afanada por complacernos, se las ingeniaba de tal manera que enseguida nos los hacía llegar.

Urde un plan, amada mía, huye de tu casa y encontrémonos en el lugar de siempre o dile a Emilia que te lleve a su rancho y te esconda mientras llego por ti. Por nada en el mundo querría perderte. No permitas que tus padres nos separen. Yo tampoco le daré gusto a los míos yéndome a ningún lado, nací en este lugar, pertenezco a esta gente. Antes queirme me uniría a la lucha de tu tío Miguel, no sólo para encolerizar a mi padre, sino porque creo que no debo abandonar la tierra donde siempre he vivido. Tu tío y la señora del Corregidor tienen razón, y así mismo todos los que están organizándose para la lucha. No puedo huir justo en el momento que mis compatriotas esperan, cuando Dolores necesita de todos sus hombres; yo soy mestizo, mi deber es ayudar a libertar esta tierra.

Qué dirían nuestros hijos si yo me quedase escondido, si huyese al norte o donde fuera mientras los jóvenes como yo, incluso los criollos, ofrecen su vida por una causa justa, por la libertad. No, no puedo permanecer indiferente después de

Ucronías de la historia de México

escuchar a tu tío, y a los señores Allende y Aldama, arengar en el atrio de la iglesia, exponiéndose a las represalias de cualquier militar que pasara.

Son momentos difíciles, Lupita mía, diría yo que de fatalidad, pero saldremos incólumes de todo esto, ya lo verás. Haz como te digo. Si me es posible, te veré mañana mismo en el rancho de Emilia.

Te amo con frenesí.

Ramiro

P. D. Vete confiada sabiendo que mi corazón, subyugado por el tuyo, te acompañará en este trance.

La corbeta “Saratoga”

Ciprián Aurelio Cabrera Bernat

Yo merecí a esa familia la honra de que me admitiesen en su seno, recibí distinciones del señor Alamán que me hacen grata su memoria, y ante todo, empeña mi gratitud el afecto con que siempre me trató y respetó mis opiniones, no obstante la acritud y suficiencia tonta con que a veces combatí las suyas.

Guillermo Prieto / Memorias de mis tiempos

[Para Alamán] México no tenía por qué liberarse del pasado sino construir a partir de él.

Enrique Krauze / Siglo de caudillos

A pesar de su aguda inteligencia, ni Zavala ni los demás hombres ilustrados pensaron en que había que tomar en cuenta las formas tradicionales de vida de los que constituían a la mayoría del país.

Enrique González Pedrero
País de un solo hombre: el México de Santa Anna

He tenido aquí un éxito sorprendente y, al partir, dejaré un poderoso partido americano y un sentimiento americano donde no encontré sino inclinaciones europeas y principios monárquicos.

Joel R. Poinsett /Carta a Johnson, 22 de febrero de 1828.

En este mismo año [1825] apareció como por encanto el partido yorkino fulminando amenazas, anunciando riesgos, sembrando desconfianzas y pretendiendo cambiar de un golpe al personal de toda la administración pública en la federación y en los estados. Los defensores de este partido, que han sido muchos y entre ellos hombres de un talento no vulgar, hasta ahora no han podido presentar un motivo racional ni mucho menos patriótico de la creación de un poder tan formidable, que empezó por desencajarlo todo de sus quicios y acabó cubriendo de ruinas la faz de la República, sin haber establecido un solo principio de progreso. Registrando la Constitución, los periódicos, las producciones sueltas y los actos de la marcha del partido yorkino en todo el tiempo que dominó en la Federación y en los Estados, se encuentra un vacío

Palimpsestos de Tierra Húmeda

inmenso cuando se pretende profundizar sus designios en orden a mejorar la marcha de las cosas.

José María Luis Mora / “*Revista política de las diversas administraciones que la República Mexicana ha tenido hasta 1837*”, en *Obras sueltas*.

Don Lucas Alamán murió el 2 de junio de 1853 cuando apenas comenzaba a gobernar junto con Santa Anna, a quien habían hecho venir los conservadores desde Turbaco, Colombia, para presidir la República. Don Lucas le apostó al gallero porque era el único caudillo militar fuerte y también porque tenía mucho ascendiente sobre él: Santa Anna lo respetaba. Murió Alamán cuando se disponía modernizar y fortalecer a México, como lo había intentado desde la década de los 20. Antes de morir tuvo la mayor tristeza de su vida: ver ondear, en Palacio Nacional, la bandera de las barras y las estrellas (septiembre del 47). Ese mismo año había escrito: “perdidos somos sin remedio si la Europa no viene pronto en nuestro auxilio”.

(Para muchos mexicanos, después de los despojos sufridos a partir de 1836, era preferible un protectorado europeo que seguir siendo víctimas de la rapiña de los Estados Unidos. Después del 48, el expansionismo estadounidense continuaba fuerte: los territorios entonces ambicionados eran -y ello no constituía ningún secreto- Sonora, Baja California, el istmo de Tehuantepec y las islas del Caribe, principalmente Cuba.)

Muerto Alamán, Santa Anna extravió el camino: gobernó mal y despóticamente y se produjo un movimiento armado que llevó al poder a los liberales, quienes promulgaron una nueva Constitución. La Constitución de 1857 polarizó a los mexicanos y pronto estalló la que luego fue llamada Guerra de Reforma o Guerra de los Tres Años: 1858, 59 y 60. El año de 1858 fue favorable a los conservadores, sin embargo a partir de cierto momento las cosas cambiaron radicalmente y al final de 1860 fueron arrasados en Calpulalpan. Es en la Guerra de Reforma donde empieza a surgir Juárez como gran figura de la historia de México.

Tres fueron los hombres-época del siglo XIX mexicano, es decir, los que por largo tiempo imprimieron al país ciertas

características: Santa Anna, durante 33 años de inestabilidad nefasta (1822-55); Juárez, durante 14 años, en los cuales se consolidó el Estado mexicano (1858-72), y Porfirio Díaz, durante 35 años (1876-1911), en que se dio a México un gran impulso pero donde la autocomplacencia política desató otra vez la catástrofe en el país.

(Los caudillos mexicanos del siglo XX como Madero, Carranza, Villa, Zapata, Obregón y Calles, no fueron hombres-época. Luego vinieron los presidentes-tlatoani sexenales -a partir de Cárdenas- y el dominio de un partido de Estado bajo el control del presidente en turno, hasta el año 2000. Este partido proporcionó al país, en el siglo XX, la estabilidad y el desarrollo que en el XIX le dieron los gobiernos de Juárez y Díaz.)

Juárez, el perseverante y reservado indio zapoteca, fue lo contrario del inestable y fanfarrón criollo Santa Anna, que -siempre actuando- seducía a la gente y a quien sólo interesaba ser aclamado y glorificado. “Genio volcánico”, “Guerrero inmortal de Zempoala”, el levantisco Santa Anna fue un gran destructor de instituciones y muchos lo imitaron. La nación llegó a la mitad del siglo sin nada consolidado, sin algo desde lo cual empezar a construir. Había en Santa Anna un doble signo nefasto: no quería gobernar (tenía un mal de la época que podríamos llamar “síndrome del temor de parecer un Napoleón tiránico”) y sin embargo era golpista (Juárez en cambio sí quería gobernar y ese fue su mayor mérito).

Sobre Santa Anna pudo haber influido, desde antes de su levantamiento contra Iturbide y a favor de la República de diciembre de 1822, el agente diplomático estadounidense Joel R. Poinsett con quien se entrevistó y cenó cuando éste llegó a Veracruz en octubre del mismo año. Santa Anna era un hombre de acción, no de ideas y Poinsett era un hombre de ideas, muy inteligente, preparado y astuto.

(Santa Anna gustaba mucho de apostar en las peleas de gallos. Era muy pagado de sí mismo a la vez que ostentaba una falsa humildad. Los “pronunciamientos” y la guerra eran para él una especie de juego de alto riesgo, de mayor interés que los gallos y en su imaginación siempre iban acompañados de las ideas de Héroe, Gloria, Patria, etcétera.)

Poinsett fue agente confidencial de los Estados Unidos por un breve tiempo y luego embajador plenipotenciario durante cuatro años, de 1825 a 29. Instruido, sensible, hombre de mundo, convencido de sus ideas, hábil intrigante, ingerencista, sabía bien lo que quería. Traía indicaciones precisas de su gobierno, como la de negociar que se trazara una nueva línea fronteriza que favoreciera territorialmente a su país y mediante la cual México obtendría el beneficio del control de los comanches por parte de los Estados Unidos. En este punto encontró la oposición decidida de Lucas Alamán, ministro de Relaciones Interiores y Exteriores en el gobierno de Guadalupe Victoria, el cual fue separado de su cargo por presiones de los yorquinos en el congreso en septiembre de 1825.

Poinsett hizo un grave daño a México:

- 1) Fundó el yorkismo. Traía un poder de la Gran Logia de Filadelfia y creó en México una Gran Logia (agosto o septiembre de 1825; pronto llegaría a haber 130 logias en el país). Además de las ceremonias del rito, estas logias se dedicaban a la política. Poinsett era una especie de hermano mayor, miembro de la Logia No. 4 “Federación” (las otras cuatro grandes logias yorkinas se llamaban “Independencia”, “Luz Mexicana”, “Rosa Mexicana” y “Tolerancia”). Militantes prominentes fueron Zavala, Alpuche, Ramos Arizpe y Esteva; Vicente Guerrero se hizo yorkino. El “partido americano” de Poinsett empezó a predominar en el Congreso. Los conflictos políticos se radicalizaron.
- 2) La radicalización de los yorkinos contribuyó a la expulsión de los españoles de diciembre de 1827, durante el gobierno de Guadalupe Victoria (luego vendría la segunda expulsión, realizada en marzo de 1829 por Guerrero).
- 3) En 1828 Vicente Guerrero dio un golpe de Estado -el primero del México republicano- para colocarse como presidente de la República (Guadalupe Victoria terminó

normalmente su período de cuatro años. Guerrero no acató el triunfo de Gómez Pedraza en las elecciones de 1828 y llegó al poder por medio de las armas y la violencia. A partir de entonces y durante muchas décadas, los presidentes de la República llegaron al poder, invariablemente, mediante un previo movimiento armado).

A raíz de todo ello, ante la animadversión pública que todo esto generó, el mismo Guerrero no pudo evitar en su carácter de presidente, solicitar la expulsión de su amigo y cofrade yorkino el 1 de julio de 1829.

El país que nos dio nombre (el de “*Estados Unidos Mexicanos*”) y Constitución (la suya fue uno de los modelos de la nuestra de 1824), se aprestaba a devorarnos por la inercia de sus propios intereses y por encima de los buenos deseos de “una gran república a su hermana más joven”, que decía Tayloe, secretario de Poinsett.

Edward Thornton Tayloe escribía a su hermano una carta el 29 de noviembre de 1825, en la que le comentaba sobre el brillante discurso pronunciado por el embajador plenipotenciario al presentar sus credenciales. Escribió: “el efecto de esa interesantísima ocasión fue electrizante..., escuchaban, en su propio idioma [el español], el orgulloso lenguaje de un Pueblo Soberano [Estados Unidos]. Muchos oían hablar por primera vez de los servicios de un país libre a otras naciones que todavía luchan por su libertad, dicho todo no en un tono pretencioso, sino de sencillez y honestidad, tal como puede hablarle una gran república a su hermana más joven... El tono de Mr. Poinsett no impresionó menos que la materia de su discurso..., y dejó impreso en todos los corazones no sesgados y patrióticos el elevado carácter de nuestro país, la *naturaleza desinteresada* [subrayado nuestro] de sus actos y la política de una estrecha unión con nuestra nación. A partir de ese momento nuestro país ha ido ganando ascendiente, como debe de ser”.

Al correr del tiempo tanto liberales como conservadores se fueron radicalizando y se hizo imposible cualquier idea conciliatoria, como las de Morelos o las del Juárez gobernador

de Oaxaca (1847-52). Detrás de esta imposibilidad estuvieron los intereses, poderosos como montañas aunque desiguales, de la Iglesia Católica y los Estados Unidos. México era visto entonces en el ámbito internacional como un país totalmente incapaz de gobernarse a sí mismo.

(Se ha dicho que “la razón histórica” estaba de parte de los liberales. Quienes así piensan consideran que hay que ir “hacia adelante” a toda costa y a toda velocidad. Emular ciegamente a las naciones “más avanzadas”. Hoy esta manera de ver la historia está cambiando y va siendo cada vez más notorio que no se trata de una carrera de velocidad -y menos de imitación ilógica- sino de equilibrio y afianzamiento.

También se ha dicho que unos eran patriotas y los otros traidores. Esta es una simplificación como de “buenos” y “malos” que circula incluso entre académicos con grado de doctor. Pensar en términos de traición sobre conservadores y liberales es equivocado. Ni “mochos” ni “ayancados” fueron traidores, o si se quiere ambos lo fueron. Lo que en realidad había eran opciones con riesgos y ellos las asumieron.

Lo que tal vez sí pueda afirmarse es que la base social del grupo conservador era cada vez más reducida en comparación con la del grupo liberal: el momento de los “criollos” iba pasando y llegaba el de los “mestizos”. Pero *la gran mayoría de la población* no tenía interés en los grupos políticos.)

Después de estas consideraciones generales, voy a referirme al acontecimiento que da pie a mi ucronía.

En el año de 1860, en marzo, Miguel Miramón, “el Macabeo” (llamado así en alusión a un guerrero bíblico), avanza por segunda vez con sus tropas sobre Veracruz para sitiario; pero esta vez el Macabeo (quien por cierto fue uno de los cadetes que combatieron a los estadounidenses en Chapultepec) había previsto que si el sitio no se hace también por mar sería imposible tomar tan precioso puerto (en él se encuentra la redituable aduana), así es que manda comprar y armar dos buques de vapor en Cuba, pero ¡Oh, los hados! -y Juárez, que no dormía- los barcos fueron apresados por la corbeta “Saratoga”, velero de guerra de los Estados Unidos que estaba surto en Veracruz ¿Qué pasó entonces? Que el

sitio del puerto fracasó rotundamente y que los conservadores empezaron a sufrir derrota tras derrota hasta caer abatidos en Calpulalpan.

Nadie podría negar que esta fue una intervención estadounidense en la Guerra de Reforma. Y no hablo de justificaciones, pretextos ni de lo bien que estuvo para los liberales la intervención. Ni de legalidad o ilegalidad. Sólo de que fue una intervención. Una pequeña, quirúrgica, intervención.

Entonces -“lo que diga el poeta”- quitaré la intervención y aquí es donde empieza mi Ucronía (con un epígrafe de la falsa “historia de bronce” liberal)

“Mientras una parte del ejército republicano conquistaba el laurel de la victoria á bordo de la “Saratoga” en las aguas de Antón Lizardo, y rechazaba á los reaccionarios desde los muros de la Ciudad Heróica...”

Juan A. Mateos
“Don Santos Degollado”, en *El libro rojo*.

Tomás Marín fue quien compró y armó los buques. Originario de Campeche, se consideraba un gran hombre de mar y se dispuso a realizar su hazaña. Con sus dos vapores pasó frente a los fondeaderos de barcos ingleses, franceses y españoles, surtos en la isla de Sacrificios como buitres que esperan posados en un árbol a su presa moribunda (o, desde otro punto de vista, que venían a salvar a sus conciudadanos del naufragio de un país con instintos feroces, incapaz de gobernarse a sí mismo). Pasó también frente a la fortaleza de San Juan de Ulúa, situada en un islote en poder de los liberales. No mostró bandera ni nada, no le preocuparon los protocolos marinos en lo más mínimo. Pasó de norte a sur y de barlovento a sotavento y fue a atracar en el fondeadero de Antón Lizardo, unas dos leguas al sur de Veracruz. Toda la tarde estuvieron desembarcando armamento y víveres, que había traído para Miramón.

Al mismo tiempo, Juárez -que no dormía- acompañado por Melchor Ocampo, ministro de Relaciones y por el general Ignacio de la Llave, se entrevistaba urgentemente con el comandante Turner tratando de convencerlo de que atacara los buques y apresara a Marín,

Palimpsestos de Tierra Húmeda

pero no lo logró. Resulta que Turner era contrario al presidente de los Estados Unidos, Buchanan y opuesto al tratado Mc Lane-Ocampo que se intentaba ratificar: era demócrata. Pero les dijo que en caso necesario él los sacaría de Veracruz y los llevaría a un sitio seguro.

Y así ocurrió. Miramón estableció un cerco efectivo y tomó el puerto en 28 días. Juárez y la pléyade liberal escaparon con Turner a Nueva Orleans, donde comenzarían una nueva etapa de su exilio.

Con los Dorados

Guadalupe Azuara Forcelledo

A los héroes anónimos que pelearon en la Batalla del Ébano, S.L.P., tanto villistas como constitucionalistas, porque cada quien luchó por el concepto que tenía de libertad y de patria.

Especialmente a mis abuelos, Leandro Azuara Mazo, caído en esa batalla, y a José Forcelledo e Hilario de la Cruz, muertos trágicamente.

Las fantasmagóricas formas blancas de peces y aves que sobrevuelan el azul, le recuerdan el Puxcatán. Un golpeteo incesante y el regusto salobre llenan sus sentidos y se siente alejado del lugar. Nada era como le habían contado. Las nubes iridiscentes muy cerca del sol traen a su memoria: Iris, su hermanita, Chucho, Ignacio, el caporal Joaquín, la rabia reseca, San Juan Bautista, la “revolufia”. El resabio salado le colma la boca: la libertad, la revolución, la patria, todo lo que le habían dicho cuando se enlistó bajo las órdenes del Coronel Pedro C. Colorado, nunca se imaginó hasta dónde irían a pelear. José Hilario no sabía bien qué era esa libertad de la que tanto hablaban, aunque su vida era libre, corría y jugaba en el rancho, y cuando su tío lo llevaba a Macuspana era libre de correr con la chamacada por las enlodadas calles del poblacho hasta bañarse en las achocolatadas aguas del río Puxcatán, como a tantos la injusticia le rondaba, huérfano a los cuatro, cuando

al padre lo mataron acusado de robarle un cerdo al amo, luego a los ocho, la madre no aguantó la dura vida del rancho y se fue de sirvienta dicen que a San Juan Bautista, nunca más se supo de ella.

La tía Canda discutía con el tío Napo sobre las últimas noticias de San Juan Bautista y del centro del país, escuchadas mientras planchaba la ropa blanca de la patrona doña Meche, en casa de don Julio Cambrano, el terrateniente local, dueño del rancho El Paraíso. Allá muy lejos en el México alzado en armas se escuchaba una sola palabra: revolución. A José Hilario, esta palabra no le decía más que una cosa: aventuras donde él era el héroe y mataba bandidos y ladrones. Con Chucho y Paco, sus mejores amigos, jugaban en las calles del poblado a matar revolucionarios, bandidos y ladrones que robaban muchachas y prendían fuego a las casas.

Un zumbido de balas le picó los oídos —chaquistes hambrientos— cuando se asomó tímidamente de la trinchera. Había una “larga hilada de trincheras, alargados fosos y parapetos con tierra apisonada en los que podían tirar de pie. A un costado, muy cerca de las trincheras, había una serie de tanques repletos de petróleo, que levantaban sus moles circulares de enorme capacidad, sobre recios soportes de cal y canto. Los departamentos de la refinería del petróleo, enfilaban sobre una colina que al deprimirse hacia el frente con suavidad, limitaba con un barranco. A la derecha se extendía una hermosa finca, que algún tiempo sirvió para habitaciones de los empleados, levantándose sobre una llanura que el camino cortaba en dirección de las bombas, instaladas para el servicio de agua potable. La retaguardia constitucionalista quedaba en Chijol, a once kilómetros del Ébano, resguardando el parque general, la impedimenta, el servicio médico y el de teléfonos. La primera línea de las posiciones enemigas quedaba distanciada del citado campo de resistencias como trescientos metros, al grado que los combatientes podían dirigirse la palabra y observar mutuamente sus movimientos”.

Nuevamente ese resabio a cobre y sal refresca su memoria: Ignacio se aprovechaba, como siempre de su estatura, alto para

su edad, robusto y de piel clara, se abalanzaba sobre los recién llegados:

—Indios piojosos, nomás vienen a fregar, dejen de tocar al Palomo, es mío y es muy fino, me lo compró mi padrino; a Chucho por ser el más chico se le abalanzaba a patadas y golpes. Él como era el más grande le entraba al quite sin miedo, los fuetazos del tío Napo le habían hecho correoso el cuero.

—Condenado gachupín, nomás porque tu papá es el dueño del Paraíso, pero conmigo te chingas cabrón; golpes iban y venían hasta que Joaquín, el caporal del Paraíso lo aparta a fuetazos.

—Jijuelagranputa indio cabrón, deja al niño Inacio, ora que vea a seña Canda o a Napoleón se lo via decí, pa' que te den con la cuarta 'e caballo, pinche indio, quítate diaquí. La sangre y el sudor se le meten a la boca, pero no llora. Sus ojos negrísimo relampaguean la rabia contenida y empuja a Chucho por las enlodadas calles, mientras va pensando que decirle a la tía Canda.

En la calle del Paraíso la luz de la palmatoria alumbraba la habitación, pequeña con paredes de jaguacte y piso de tierra. De los horcones del techo cuelga la hamaca, en ella mece —huyendo del calor— su cuerpo adolorido, se puso sebo de vaca en los golpes de la cara, pero sabe que en la mañana cuando lo vean, la regañada va a ser mayúscula, y luego hincado en granos de maíz hasta que pida perdón y prometa no volver a pelearse con el hijo del amo. Cómo lo odiaba, siempre presumiendo, y llegaba fastidiando a la escuelita donde el maestro les enseñaba a leer, y se burlaba de los indios y los pobres, y el maestro nunca le decía nada, sólo retorció las manos y sonreía de manera estúpida hasta que Ignacio acompañado de sus primos y de Joaquín se iba.

En ese momento la granizada de balas lo arranca de los recuerdos, los plomos zumban hambrientos, se agacha un poco mientras un compañero cae gritando tocado en un hombro:

—¡Ayyy! ¡Cabrones! ¡jijueputas cabrones! ¡Ayyy! —aúlla mientras se agarra el hombro herido. Las bombas de las piezas de artillería colocadas atrás de sus líneas los protegen. Se encuentran a la izquierda del campo de batalla con la Brigada Colorado de la que forman parte, allí hay hombres de las Brigadas Larraga, De los Santos, del Batallón Huejutla y la Brigada Mariel.

Son poco más de 3,600 soldados armados, que defienden desde hace más de cincuenta días el estratégico campo petrolífero del Ébano, puerta del camino a Tampico, importante puerto de acceso y abastecimiento, región rica desde el punto de vista agrícola y ganadero, codiciada tanto por villistas como por constitucionalistas. Son un puñado de soldados que lucha incansable contra los más de 15,000 Dorados que Villa ha destacado para apoderarse de esta importante región, dotados de buenos rifles, ametralladoras y 16 cañones de 80 y 75 mm.

Cabrones —piensa José Hilario— son como los chaquistes, así en montón pican hasta que le chupan a uno toda la sangre. Son cientos que se le enredan a uno en el cabello y pican la cabeza, la cara, mientras otros atacan las piernas, los pies y tobillos; son unos desgraciados.

Ya media la tarde, la lucha intensa se jalona con gritos y ayes continuos, olor a pólvora y sangre. “A lo lejos se mira una columna de humo que avanza, es una locomotora, de los trenes militares de Manuel Chaos. La lucha se establece con un nutrido fuego de fusilería que dirigen los villistas sobre el ala derecha de los constitucionalistas, sirviendo de blancos principales las oficinas ferrocarrileras y los tanques de petróleo”. Sin embargo la valentía y bravura de los cuerpos constitucionalistas son ya probadas, han logrado repeler los ataques de la caballería villista, durante un sinnúmero de ocasiones. Su bravura da pie a las historias que circulan en el medio. Ayer conoció a Juan Rivera, soldadito de 11 años, de la escolta del Coronel Navarro, “a pesar de su corta edad es ya un veterano en las campañas, dicen que cuando algún soldado dispara su arma levantando mucho las manos y escondiendo el pecho, el chiquillo lo apostrofa:

—No sean tontos, miren así se tira. Se yergue en la trinchera descubriendo el cuerpo, quedando así expuesto al fuego del enemigo, y sin inmutarse lo más mínimo, toma puntería y no abandona esta postura hasta no haber disparado la carga completa del máuser”.

La lucha ha sido violenta, los villistas han perdido otra vez muchos hombres y caballos, sin embargo al llegar la noche, el ambiente se calma un tanto y se hacen los cambios de guardia. En

el centro del vivac, junto al fuego, José Hilario come unos frijoles que calienta la mujer de Juventino Ruiz, uno de los compañeros de la Columna Navarro, y quien cuenta de Juanito Rivera:

—Es un valiente el chamaco —dice mientras la soldadera les prepara de cena un conejo que agarraron, y prosigue, —hay varios de esos niños, que han nacido en medio de la batalla.

—Yo conocí a otro, cuida el reflector, y tiene una puntería, que ya la quisiera yo pa' mi, onde pone l' ojo pone la bala, el cabroncito —cuenta otro mientras se saca los piojos.

—Si compa, si se acuerda del Mascota, el chamaquito que lo parió la mamá parada en la trinchera en lo más duro de la batalla.

—Si compa nació el mero día que mataron al Capitán Patricio Jones cuando estuvo re dura la granizada, —tercia otra voz.

Al compás de: *“La cucaracha la cucaracha, ya no quiere caminar...”*, José Hilario observa la oscuridad que se traga todo. A lo lejos se oyen detonaciones aisladas mezcladas con el croar de sapos y el zumbiar de jejenes, nada importante. Se limpia la cara del sudor y la sangre que le corre de un corte que se hizo con una piedra.

El calor y la humedad lo trasladan a Macuspana: Ignacio seguido de Joaquín, su perro fiel, se acerca a su hermana Iris, la niña tiene 12 años, y su color moreno contrasta con los ojos verdes que le heredara el padre gachupín, el hijo del patrón se les acerca y sin decir “agua va” prende a Iris por el brazo y lo retuerce obligándola a hincarse, Joaquín ríe enseñando los dientes blancos, y a José Hilario se le retuercen las tripas; acompañado de Chucho se le abalanza a Ignacio, tirándolo violentamente contra la escarpa, en esa parte no es muy alta y el muchacho al caer se parte la rodilla con una piedra de la calle. Mientras el chamaco llora y su sirviente lo auxilia, entre las amenazas y maldiciones correspondientes, José Hilario corre hasta perderse en un acagual cercano, con el corazón latiéndole —tambor de batalla—. Allí sin pensarlo mucho decide esperar el anochecer se roba un cayuco pequeño, y se desliza con sigilo por las enlodadas aguas del Puxcatán. Noche tras noche, rema mientras la corriente

lo impulsa. Duerme de día, esperando el atardecer para acercarse a las orillas y agarrar algo con el anzuelo que se trajo. El miedo a la venganza del patrón lo hace seguir adelante. En Tepetitán escucha que en San Juan Bautista están incorporando hombres a las filas de los federales, para combatir a los revolucionarios. Sin pensarlo mucho decide ofrecerse al patrón del barco que pasa por allí comerciando y se va con él. Una vez allí busca al ejército para incorporarse a él. No tiene 15 cumplidos, pero es buen tirador, y usa el machete bastante bien, monta a caballo y la cuarta del tío Napo le ha hecho correoso el cuero.

En medio de la duermevela oye las explosiones y despierta de golpe. La mañana está llena con el bramar de la batalla que sigue sin pausa. Las tropas de Urbina pelean sin descanso. A pesar de sus repetidas bajas llegan como las oleadas del chapulín que la tía Canda le contaba llegó en el novecientos uno y arrasó con cuanto cultivo había, plátano, coco, maíz, los pequeños sembradíos de yuca y camote, la yerba de las gallinas y guajolotes, todo se acabó. La fatiga y el desaliento hacen presa de ambos bandos. Las niguas, el jején, el pinolillo y las serpientes de la zona, y la escasez de agua, contribuyen a estragar a los combatientes

Sin embargo, la flama heroica del valor que se aviva sin cesar en ambos bandos los hace capaces de actos que pueden calificarse como de absoluto desprecio a la vida, o de valor inigualable. Hay valor suicida en las huestes villistas que se arrojan sin cesar sobre las líneas federales, y en la de los constitucionalistas que repelen con tesón cada ataque, como aquel niño, anónimo héroe que cuidaba el reflector del Ébano, que le dice al General Treviño: “— Hoy maté dos villistas, mi General, y con gran desplante le pide prestados los anteojos de campaña, que aplicó al campo enemigo en muy seria actitud observadora, agregando: —necesito gemelos mejores que estos. Voy a ver si ajusto siquiera media docena de traidores”.

José Hilario ha escuchado estas historias, y aunque su valor no llega al desprecio de la vida, el odio que siente por quienes le han dañado desde niño se le desborda, y ataca con furia.

En medio del atardecer que llena de sombras el lugar, sale de su trinchera, el parque se ha terminado, y un trago aunque

sea de aguardiente, apagará esa sed quemante. Al regresar, entre las crecientes sombras divisa al enemigo, las cabezas cubiertas de abundante pelo negro y sombreros, le avivan las ansias en la mente. Prepara el máuser y dispara mientras carga sobre las trincheras enemigas, sigue corriendo hasta que una bala se le incrusta en el costado y cae muy cerca de los otros. La noche se cierra.

En las trincheras villistas los soldados arden de cólera y sed, los reniegos y juramentos de los soldados y jefes son el reflejo de la ira de Tomás Urbina, comandante general del asalto al Ébano. La furia y la desazón invaden a los combatientes por igual. Sesenta y tantos días de combate tras combate desgastan el ánimo de quienes han triunfado en Ojinaja o Ciudad Juárez, gracias a su ya legendario valor. Vislumbrando la situación redoblan sus esfuerzos, cambian la táctica de la artillería y atacan feroces al enemigo.

Leandro es un soldado de Villa. Combate desde los más de sesenta días que van desde el 21 de marzo cuando atacaron esa posición. Ha presenciado la muerte de muchos amigos y conocidos, y hazañas como la del encargado del cañón de la derecha que de un certero disparo tapó la boca del cañón constitucionalista. Se enlistó en el bando de Villa por la fama de los Dorados y la búsqueda de igualdad para él y los suyos. Siendo campesino ha sufrido los embates que el destino en ese México porfiriano reserva a los pobres. Crecido en un jacal a la vega del río, sin más vestido que un astroso calzón de manta, quinto de una familia de once, la *bola* le han dado la oportunidad de obtener algo más que hambre y miseria: al Negro, un retinto algo mañoso, su máuser y la oportunidad de aprender a leer. Entre batalla y batalla, al calor de la hoguera del vivac, Terencio Ramírez, un antiguo maestro metido a revolucionario le ha enseñado, ya deletrea su nombre y su mayor anhelo es ir a la escuela, tener una parcela que sea suya, gallina, chivos y ¿por qué no?, su propia vaca. No ha conocido mujer, a pesar de sus ventipocos no puede permitirse el lujo de mantener familia. Cuando pasó Tomás Urbina por la Huasteca se enlistó en sus filas. Ahora pelean aquí por la suerte de este jirón de una patria de la que apenas conoce el nombre: México, al compás

de la balacera y de canciones que le endulzan oído y corazón “Y si Adelita quisiera ser mi esposa, y si Adelita fuera mi mujer, le compraría un vestido de seda para llevarla a bailar al cuartel”.

Llueve metralla sobre las posiciones enemigas cuando Leandro ve a un jovencito que corre hacia sus líneas, rifle al hombro tirando mientras grita quien sabe qué; solamente oye el ruido de los disparos y el canto ronco de unos compañeros, el chiquillo cae muy cerca de ellos, y se lleva las manos al costado gritando maldiciones. Está caído y lleno de polvo, logra ver su cara contraída por el dolor y oye sus lloros mientras sangra, Leandro piensa en sus hermanos, uno de ellos de la edad del federal. Se apresta a rematarlo de un balazo para que no lo martiricen sus compañeros, muchos Dorados son feroces, a espejo de Urbina hacen un festín con los federales, sin compasión rematan los heridos o cautivos. Desde que los carranclanes se convirtieran en enemigos, luego de la Convención de Aguascalientes y todo eso, las luchas entre carrancistas y villistas son feroces. Es increíble que ambos bandos que han luchado por el mismo ideal revolucionario ahora se ataquen como lobos. Aquí mismo ha escuchado que en el Cerro de la Pez quemar vivos a los prisioneros federales para no tenerlos cautivos.

Ha oído que Villa se separó de Carranza porque el viejo es un obstinado que no quiere hacer caso de la Convención, montado en su macho dicen que no quiere dejar la Presidencia—Nomás eso quería el cabrón. ¡Pero ora verán los carranclanes quién es su padre!, nomás que el meritito Villa, verdá de Dios—. Y se escucha por las filas de los Dorados “Con las barbas de Carranza voy a hacer una toquilla, pa’ ponérsela al sombrero de su padre Pancho Villa”.

La noche llena de sombras el lugar, casi no se ve nada, los gritos del chamaco le taladran los oídos, ha visto caer a muchos pero algo en esa voz lo hace salir de su lobera y al amparo de la oscuridad llegar al cuerpo gimiente y jalar hasta quitarlo de la línea de fuego. La violencia del ataque ha bajado el tono. A Leandro, el chamaco le recuerda a sus hermanos Jesús y Arturo, se conduele de su dolor y le ofrece aguardiente. El chamaco se bebe de un tirón media botella, y se queda gimiendo. El corazón

le palpita, el olor a pólvora y sangre costura el aire con los cuerpos gimientes y el bramar de la batalla.

En la oscuridad rasgada por los incendios y las detonaciones se escuchó una violenta explosión que iluminó la noche ensordeciendo a todos, un tanque de petróleo ubicado a un costado de las filas constitucionalistas acaba de reventar. Gritos de espanto y maldiciones elevan su tono hasta semejar el coro de una antigua tragedia. Los federales corren buscando refugiarse del río de fuego que invade las trincheras de esa ala. Los villistas ante esto redoblan sus esfuerzos quebrando las líneas enemigas. El caos y el horror invaden el lado federal. Toda la noche se escucharon gritos y maldiciones. Los cañones de 80 milímetros villistas masacran el bando contrario.

Leandro que carga al muchacho gimiente buscó el refugio de los matorrales para salir de la línea de fuego. Caminó con su carga hasta que brazos y piernas no le responden. Leandro se da cuenta que ha desertado cuando la mortecina luz anuncia el alba. Aturdido, sin saber qué hacer se orienta para meterse en la montaña. Sabía la suerte de los desertores, y más en la División del Norte. Pensó en su madre y en sus hermanos.

Dejó al muchacho en el suelo y se recostó agotado sobre una raíz máuser en mano. Cuando despertó el sol brillaba sobre sus cabezas. Por primera vez en muchas horas el hambre lo atenazó. El jovencito ardía en fiebre; al examinarlo se dio cuenta que la bala entrando en sedal, había traspasado el costado. Le bañó la herida con aguardiente y la vendó rasgando la camisa.

Con un demonio, carajo —piensa— Ya me llevó la chingada. Si me descubren me crimiran luego, luego. Tengo que llegar al río Pánuco, por allá vive el compadre Pedro. Voy a ver si no anda en la bola pa' que me ayude. Y ora este chamaco que junté nomás porque me dio lástima y porque se parece a Arturo. El diablo me lo puso, pero ora ya ni modo, si lo dejo aquí se lo come el tigre o se muere solito, ora me lo tengo que llevar, a ver si aguanta.

Aunque cansado y con el estómago rugiendo, se levantó despacio, buscó en el monte algunas yerbas y se las puso en la herida. El chamaco había recuperado la conciencia y al darse cuenta que un villista le había salvado la vida, callaba. Al anochecer

buscaron un árbol con ramazón tupida y con muchas dificultades se subieron a él. Así comiendo fruta del monte y dando rodeos por veredas oculta llegaron a la laguna del Cerro de la Pez, la rodearon y siguieron al sur hasta el Pánuco, hasta encontrar el rancho de un conocido de Leandro.

José Hilario, flaco y ojeroso, había sobrevivido la odisea. En su mente los recuerdos de las penurias sufridas se mezclaban. ¡Qué lejano le parecía todo! ¡su Tabasco lleno de agua y sol, sus tíos, su hermana! Sólo recordaba con claridad el olor a sangre y pólvora, la intensidad de la batalla y un río de fuego que todo lo arrasaba.

Leandro y él habían comenzado a conocerse, poco a poco se habían hecho confidencias y sabían algo más del otro, los dos peleaban en bandos distintos y sin embargo eran tan iguales, nacidos en el desamparo de ese México sin voz para los pobres, sin educación ni oportunidades, donde el látigo del caporal era la ley, y la voz del amo la palabra de Dios. Madero, Villa, Carranza, Zapata, Obregón, nombres para forjar un destino, esa patria tan lejana a sus expectativas. Unidos por ese destino común siguieron hasta topar con el ranchito de Leandro, allá en lo más recóndito de la Huasteca Potosina, donde sobrevive el más fuerte o el más sagaz.

Habían pasado varios meses, y al llegar se enteraron del sino de la batalla del Ébano, las tropas villistas arrasando con las federales avanzaron hacia Tampico con sus trenes militares, una vez allí pudieron repeler lo que quedaba de las fuerzas carrancistas después de la batalla de Celaya y nombrado a Eulalio Gutiérrez Presidente de la República, y a Pancho Villa su Ministro de Guerra. Zapata concertaba una alianza con Eulalio Gutiérrez y Villa, mientras Obregón se rebelaba en el Norte. Carranza había logrado huir al puerto de Veracruz, exiliándose luego en los Estados Unidos.

La suerte de México estaba echada. Leandro y José Hilario empezaban de nuevo, encontrándose en la frontera de un nuevo destino.

Las armas del sueño

Pedro Luis Hernández Gil

Cuando llego al café, Él se encuentra ebrio. En el café no venden licor; entonces deduzco que antes, Él, ha estado en El Submarino. Entonces, Él me dice con cierto laconismo: “Joven, un poeta no es aquél que anda con una capa o un abrigo negro paseándose por los cementerios, ni el que dice de memoria todo lo que los académicos le han enseñado, mucho menos el que presume cuántos libros ha leído esta semana y en cuántos idiomas; un poeta no es aquél que posa con el político para la foto ni el que escribe una “bonita poesía” –si es que existe algo semejante– a la hija del diputado para los XV años, no. Un poeta conversa con el gato y le pregunta por su salud, es alguien que habla con plantas, árboles y les dice: “resistan, no se mueran”; un poeta es el que disfruta más la plática de vagabundos, obreros y taxistas que la de sus amigos intelectualoides que todo lo saben; un poeta es un jardín de niños en el recreo pero sobre todo, joven, un poeta es...” Entonces, Él cierra los ojos y se queda dormido. “Maestro, despierte”, repito la frase una vez más pero Él no despierta.

San Juan Bautista, 25 de marzo de 1906, altas horas de la noche. Acelero el paso al recorrer polvorosas calles. Dejo la hoja suelta “Alerta” casa por casa, por las ventanas o por debajo de las puertas. Un obsequio a los nocturnos paseantes; algunos no la aceptan. La hoja suelta “Alerta” responsabiliza al gobierno del general Abraham Bandala de cualquier atentado o accidente que pudiera sufrir el poeta Manuel Mestre Ghigliazza, uno de los principales críticos del gobierno de Don Porfirio Díaz y del general Bandala en el Estado. La hoja la firman “varios obreros” que en realidad son los poetas de “La Revista

de Tabasco.” Yo me les he unido, aunque no soy un gran poeta como ellos, creo en la palabra revolucionaria. Es un honor repartir esta hoja como si fuera nauyaca escurridiza por la noche.

Termino mi americano con tranquilidad; no tengo prisa por saber lo que es un poeta sobre todas las cosas. Mis ojos se concentran en la pasarela de la calle Juárez donde habita el café. Ir y venir de adolescentes con uniforme escolar o simples mujeres de civil sacando a pasear sus tropicales cuerpos de ceiba dura. “Sollencas” me dijo el maestro que se les debe decir.

Por fin, Él se incorpora. “Joven—me dice—, ¿puede invitarme en esta noche acaecida algo de tomar?” “Sí maestro, con gusto” le contesto. Pago el americano y nos dirigimos a El Submarino. Ahí se encuentran unos amigos que también les da por la poesía. No conocen al maestro así que se los presento. Sentados con ellos un extraño silencio se apodera de la mesa. Un bolero sirve de música de fondo para contrarrestar la incomodidad. Para abrir boca les digo a mis compañeros: “Aquí el maestro me estaba diciendo cómo debe ser un poeta”. Mis compañeros hacen muecas. Él se ha vuelto a dormir.

San Juan Bautista, 28 de marzo de 1906, altas horas de la noche. Orillas del río Grijalva. Estoy con Andrés González Aguilera. Él no es poeta, es un comerciante tabasqueño y cree en el movimiento armado que se está gestando. Con sus contactos y rutas donde ejerce su negocio contrabandeamos armas y consignas revolucionarias. Repartimos las armas a los campesinos, a los mozos que se han escapado un segundo del patrón, a la gente esclavizada que necesita esta revolución inminente. González Aguilera me pregunta si también soy poeta. Le digo que sí pero no tan bueno como los son Justo Cecilio Santa Anna, Mestre Ghigliazza o Domingo Borrego.

Cuando Él abre los ojos mis amigos poetas siguen en la mesa. Uno de ellos con tono burlón le dice: “Maestro, díganos por favor cómo debe ser un poeta”. Él se nos queda viendo un rato, toma un sorbo del vaso de cerveza, contempla por unos segundos el mural “Heredarás El Submarino” obra del parroquiano VIP del lugar y artista plástico Gutenberg Rivero. Tiene el mural de frente. Y por fin dice: “Jóvenes, un poeta es alguien comprometido con la palabra combativa; un poeta es la conciencia del pueblo y

como tal debe denunciar lo injusto.” “¿Y qué es lo injusto en estos tiempos, maestro?” pregunta otro de mis colegas. “Lo mismo de todos los tiempos, la corrupción en el gobierno, el desmadre y el jineteo de este país que se lo está llevando el carajo...” “¿Entonces usted cree que debemos armar una revolución?” Interrumpe con su pregunta el que le ha dirigido primero la palabra creyendo adivinar por donde iba el maestro. “Por supuesto —Él responde—, ustedes tienen la mejor arma que es la poesía; dejen de escribir versos para la novia, eviten hablar del amor; la poesía no sólo se hizo para acostar mujeres. Hablen de los políticos que se embarran con el narcotráfico, del narcotráfico que se embarra de sangre de inocentes; hablen de los cuernos de chivo que matan a los más desprotegidos... No sé si ustedes lo saben jóvenes, pero José María Pino Suárez escribió una vez:

*No más versos de amor y desencanto;/ que ni al doliente corazón
acallan,/ ni esforzados se yerguen y batallan/ contra la dura pena y el
quebranto./ Broten, de hoy más, en el rebelde canto/ las tempestades
que en el alma estallan/ y del poder hacia las cumbres vayan/ las voces
del derecho sacrosanto.”*

Al término de la declamación de los versos de Pino, otro pregunta: “¿José María Pino Suárez era poeta?” “Era poeta, era tabasqueño, fue vicepresidente de este país y mártir de la revolución mexicana.” Él baja la cabeza y se queda dormido de nuevo.

San Juan Bautista, 2 de abril de 1906, primeras horas de la noche. Hay un motín contra “La Revista de Tabasco”, hay una cacería de poetas rebeldes. El gobierno sabe que el cuerpo de redacción es el mismo que hizo la hoja suelta “Alerta”. Saben que se imprimió en los talleres de la revista. A estas horas el lugar debe estar totalmente saqueado. El general Abraham Bandala no soporta más las críticas de sus constantes reelecciones y ordena a un teniente coronel a capturar a los autores de la hoja suelta. Tengo miedo. Me escondo. Yo no firmé la hoja. Sólo soy un triste aprendiz del soneto y un asustado voceador.

La actitud de mis amigos ha cambiado. Él duerme o sólo tiene los ojos cerrados. No lo sabemos. La plática gira sobre los que acabamos de escuchar. Un amigo cuenta las vocales con sus dedos de los versos que recordamos y descubre que es un soneto,

o al menos la mitad de uno. Nadie sabe nada sobre los primeros poetas que pisaron estas calurosas tierras. Cuando Él se incorpora enseguida toma su vaso de cerveza que ya está caliente y bebe de un jalón. Uno de nosotros de inmediato le llena otra vez el recipiente. “Maestro –le digo– ¿qué más nos puede decir sobre Pino Suárez o de otros poetas de esa época?” Él toma de la fría de un golpe; le volvemos a servir. Él sonríe y luego nos comenta: “José María Pino Suárez fue tabasqueño pero vivió la mayor parte de su vida en Mérida. Sin embargo tuvo contactos con los poetas de Tabasco y esos versos que les recité fueron como un llamado a sus paisanos para tomar conciencia y rebelarse en contra de la dictadura de Porfirio Díaz y por consiguiente del general Abraham Bandala que en ese tiempo era el gobernador de Tabasco. Lo mismo hacia Pino Suárez en Mérida pero con el gobernador de Yucatán, Olegario Molina, otro de los títeres de don Porfirio...” “¿Y quiénes eran los poetas de ese entonces en Tabasco?” Pregunto ya con mucha curiosidad. “Los más importantes y los que se rebelaron en contra de la dictadura de Porfirio Díaz en el país y del mangoneo en el estado del general Bandala fueron: Manuel Mestre Ghigliazza, ¡presente! Domingo Borrego, ¡presente! Lorenzo Casanova, ¡presente! Andrés Calcáneo Díaz, ¡presente! Pedro Lavalle Avilés, ¡presente! Filiberto Vargas que era profesor, ¡presente! y los correligionarios Juan Lara Severino, ¡presente!, y Andrés González Aguilera, ¡presente!”

El último “¡presente!”, lo grita más fuerte que los anteriores y don Pepe, dueño, administrador y cantinero del “Restaurante-bar” El Submarino, protesta con un “¡Shó coño!” desde el fondo de la segunda barra del área de “bar.” El aludido suelta una risilla de ebrio.

Unos minutos largos son en donde Él no dice nada. Tomamos en otro extraño silencio. También se intenta adivinar el nombre del tango que pone don Pepe en su equipo de sonido. Por fin Él nos dice: “Jóvenes, antes de que ustedes empezaran a llegar al Sub, había un baño en medio de los baños de dama y caballero que decía: baño unisex; ahora es sólo de caballeros.” Dicho esto se levanta; con paso lento y bamboleante se dirige al WC.

Uno de nosotros ha apuntado en una libreta los nombres de los poetas. “¿Quién será el mejor?” Pregunta otro. “Debe ser Pino Suárez”, pienso. Pedimos otra ronda de caguamas. Él se tarda una eternidad en el baño; sospechamos que se ha vuelto a dormir. Por supuesto, nunca adivinamos el nombre del tango y por pena o por pendejos no le preguntamos a don Pepe.

7 de abril de 1906. San Juan Bautista. Horas de la tarde. Yo no sé si sea un verdadero poeta. Lo que sí sé es que no soy tan valiente como el poeta Domingo Borrego, por citar un buen ejemplo. Creí, pobre iluso, que empezando a juntarme con los poetas en su taller se me pegaría algo. Pensé que ayudándolos como repartidor de consignas y señales de Alerta me contagiaria de la valiente pluma. Soy un pobre chisquete.

Hace unos años el compañero Domingo Borrego publicó, anónimamente, en “El Hijo del Ahuizote”, un soneto donde parodia aquellos versos del poeta español que uno de ellos me dio a leer, Francisco de Quevedo: “Érase un hombre a una nariz pegado”:

“Érase un hombre a la Nación pegado/ érase un gavilán superlativo,/ érase un aguilucho fiero y vivo,/ érase un pez-espada muy barbado./ Era, contra la ley, mal encarado/ contra los escritores, vengativo,/ y al pueblo le aplicaba un vomitivo,/ para sacarle más que había sacado...”

Mi pluma no está en posición de firme en mi mano. No soy tan valiente como lo pensaba. Siento haber fallado al llamado de la revolución. Soy un cobarde y me escondo. Ya capturaron a todos. ¿Sabrán de mí? ¿Me habrán delatado? Claro que no. Si el cobarde soy yo. Pienso que si las huestes del general Bandala me hubieran atrapado primero en estos momentos sería un soplón y traidor al movimiento.

Don Pepe nos informa que ya no hay caguama Superior, únicamente Sol. Ha, sí, también dice que el maestro se encuentra “jetón”, sentado en la taza. Un compañero y un servidor lo vamos a buscar. Lo traemos abrazado, hombro con hombro. “Es mejor embarcarlo en un taxi”, dice mi amigo. “No te preocupes, lo llevo hasta su casa”; me despido de los compañeros y subo a un taxi con Él.

No recuerdo el nombre de la calle pero existe una referencia: “Por donde están Las Turcas”, le digo al taxista y no

me dice nada, sabe llegar hasta con los ojos cerrados. Bajamos del coche y subimos dos pisos, vive en un cuartucho maloliente. Adentro sólo hay centenares de libros regados por todo el suelo, hojas sueltas garabateadas por doquier, envases de cerveza vacíos. Dejo al maestro en un catre sucio, cubierto con una sábana amarillenta que en buenos tiempos fue blanca.

Cuando quiero retirarme sin hacer ruido, sin tropezar con ningún envase, él lanza una sugerencia etílica con ojos cerrados: “Joven, lo que ustedes deberían hacer es sacar una revista o una hoja suelta.” “¿Cómo es eso último?”, le pregunto. “Pues una hoja suelta donde publiquen un poema cada uno en contra de esta inseguridad, de la ineficacia de las autoridades, del secuestro de la ciudad por la delincuencia organizada; ahora es más fácil; ustedes, jóvenes, ya no necesitan refugiarse en un taller, en una imprenta, ya no se manchan de tinta y no saben de linotipos. Ahora sólo necesitan una laptop y un buen programa de diseño, la llevan en esos tubitos que llaman memoria y la imprimen, después unas fotocopias para abaratar el producto y listo, a regarla por la ciudad y por Internet. Sólo es cuestión de que ustedes se den cuenta... Podrían llamar a la hoja: “Alerta” o algo parecido; la gente hoy en día sigue reaccionando con títulos escandalosos...”

“No sería mala idea y la palabra “Alerta” no me desagrada. ¿Usted nos apoyaría con un poema de su autoría?”, no me responde. Él, se ha vuelto a dormir o se hace el dormido para no contestar. Cierro la puerta después de salir. Me dirijo a casa, ya es de madrugada.

San Juan Bautista, 15 de abril de 1906. Primeras horas de la tarde. Salgo de mi escondite. El hambre me saca. Nadie parece reconocerme. Voy directo al Mercado “Porfirio Díaz”, tengo conocidos que me dan fiado. Es ahí donde uno se entera de todo.

No parecen relacionarme con lo sucedido. También hay cierto silencio en la gente del mercado. Quizás no quieren meterse en problemas. Parece un día normal, los olores de siempre, rostros de costumbre.

Espero que los poetas no estén pasando hambres. Si tienen sus libros supongo que el hambre les importará muy poco. Tengo la idea de escribir un soneto para los poetas en prisión, si no puedo conseguir

imprensa pues a manuscrito haré varias copias. Lo firmaré como “Anónimo”.

El problema es que sólo tengo un verso escrito: “Érase un sueño al destino pegado...” Lo demás son puros garabatos. No se me ocurre otra cosa. Estoy en blanco y si quiero continuar los versos no son de mi agrado, no me concentro. ¿Por el miedo? ¿Por el hambre? ¿Por la expectativa? No sé. Insisto en que sólo soy un asustado voceador, un aprendiz del soneto de triste chisguete...

En previsión de males mayores

Soledad Arellano

Quiero dejar esta carta porque creo que es mi última oportunidad de explicar el terrible acto que acabo de cometer para evitar los grandes males que podrían afectar a nuestra patria.

Antes de hablar de mi crimen, me parece necesario hacer una recapitulación para esclarecer los hechos y analizar cómo el destino de un humilde clérigo, como yo, pudo verse afectado por los conflictos que conmovieron al viejo continente durante los últimos años del siglo XVIII y los principios de este XIX.

La repercusión de las grandes batallas libradas en Europa llegó hasta América, donde generó avances pero también conflictos sociales que truncaron la vida de hombres brillantes que mucho hicieron y más podrían haber hecho por su provincia, como don José Eduardo de Cárdenas y Romero quien fue más que un padre para mí desde que quedé huérfano.

Pero regreso a los antecedentes. Como muchos saben, la invasión de España por las tropas de Napoleón Bonaparte aunada al secuestro del rey Carlos III y su hijo Fernando VII para obligarlos a abdicar a favor de José Bonaparte, provocaron un terrible caos en ambos lados del océano. Sin embargo, pocos hubieran podido predecir los resultados de estos graves sucesos. Mientras en el centro de la Nueva España hubo nuevas expectativas de independencia y un rápido levantamiento armado, en otras provincias como Tabasco, tan alejado de las autoridades virreinales como de los grupos insurgentes, sólo dio lugar a la celebración de misas y actos solemnes para jurar fidelidad y brindar apoyo a los Borbones cautivos.

Hubo, desde luego, una reacción en contra del usurpador francés, y se aceptó con beneplácito la noticia de que en España las regiones libres formaron una Junta Central para convocar la celebración de Cortes Extraordinarias y elaborar la Constitución que daría sustento a una nueva monarquía consensuada. En especial, resultó grata la invitación para que en dichas Cortes participaran representantes de los territorios americanos y de Filipinas.

Estas inéditas circunstancias permitieron que el presbítero José de Cárdenas, como intelectual con profundos conocimientos de nuestra tierra y sacerdote de alta honorabilidad, fuera nombrado diputado por Tabasco a las Cortes de Cádiz, y que yo tuviera la fortuna de acompañarlo como su asistente y secretario. Después de innumerables preparativos, iniciamos el viaje que fue largo, difícil y lleno de tribulaciones, sobre todo para gente, como nosotros, que no está acostumbrada a cruzar el océano soportando las obligadas privaciones y el constante movimiento, cuando no las tormentas que nos llevaban a duplicar las oraciones cotidianas. De hecho, durante la travesía de Veracruz a La Habana, tuvimos que lamentar la muerte de don Sebastián Esponda, un clérigo que viajaba comisionado para representar a Chiapas.

Necesito comentar que la asistencia de los diputados procedentes de América para contribuir a la creación de un nuevo sistema monárquico, resultaba sumamente paradójica, pues ahora sé que en las mismas fechas que nuestra nave se acercaba a las costas ibéricas, para ser más exactos el 16 de septiembre de 1810, en la Nueva España el cura Miguel Hidalgo iniciaba una revuelta contra las autoridades virreinales y daba inicio al movimiento armado que concluyó con la Independencia.

Ajenos a esto, el 24 de septiembre de 1810, en la Isla de León se celebraba la apertura de las Cortes que después se trasladaron a Cádiz en un verdadero maremagnum, ya que había 308 diputados representantes de las juntas provinciales y de los territorios colonizados, de los cuales 90 eran clérigos, y todos querían exponer sus conceptos y hacer valer sus opiniones, ya fuera en total defensa del régimen monárquico o bien a favor de un liberalismo que iba de moderado a extremo.

El hecho es que en tales reuniones pude constatar el aprecio y la buena voluntad que despertaba don José Eduardo de Cárdenas entre los diversos representantes. Día con día, me impresionaban más su conocimiento sobre Tabasco y su profundo amor a la región y a su gente. La verdad es que pasamos horas revisando y puliendo el documento que había titulado Memoria a favor de la provincia de Tabasco y mediante el cual daría a conocer las características y necesidades de esta tierra. La intención era que el texto llegara a manos del rey Fernando VII a fin de que éste pudiera dar a nuestra región la ayuda necesaria para aprovechar su enorme riqueza natural.

No miento al decir que a través de la Memoria, que fue leída en las Cortes el 24 de julio de 1811, pude conocer más de mi tierra natal que durante todos los años que viví en ella. Después de una breve introducción, el Dr. De Cárdenas había establecido con precisión la coordenadas de Tabasco y hablaba, en minuciosa secuencia, sobre las condiciones de la población; la estructura y organización de las autoridades, las funciones y graves necesidades de los pocos clérigos que residen en la provincia; los escasos medios de transporte y las tremendas dificultades que implica moverse en esta feraz tierra, donde el agua decide el destino, las actividades, la fortuna y los infortunios del pueblo.

Hizo, mi buen señor, una detallada descripción de los elementales medios de cultivo y de la escasa industria que existe a pesar de la fertilidad de la tierra y la abundancia que hay de materias primas para desempeñar muchas de las artes y oficios que son necesarios.

Entre sus más encarecidas solicitudes al monarca, mi maestro mencionaba la educación y la cultura que tanta falta hacen a nuestro pueblo y pedía que se le concediera el título de muy noble y leal ciudad a Tabasco, lugar donde se fundó el primer templo. En fin, no quiero extenderme y prefiero recomendar a todos la lectura de tan valioso y singular documento, mientras yo sigo con mi relato.

Al finalizar las agitadas reuniones, iniciamos el soñado regreso a Tabasco, un retorno que muy pronto se convirtió en cruel decepción. Nos encontramos con un país en plena revuelta y en lugar del cálido recibimiento que esperábamos, nos vimos

tachados de traidores, en especial después de que mi maestro logró la publicación de la Constitución de Cádiz.

Para un hombre como él, que siempre se había preciado de trabajar por el progreso de su provincia y el bienestar de los demás, esta situación fue terrible y cayó tan enfermo que sus pocos amigos decidimos ocultarlo para alejarlo de la maledicencia. Fue entonces cuando corrió el rumor de que Eduardo de Cárdenas y Romero había muerto el 23 de enero de 1821, y nosotros dejamos que así se creyera para protegerlo de mayores agresiones.

El 31 de agosto de ese mismo año, por órdenes del teniente coronel a cargo de la 11^a División, hizo su entrada a San Juan Bautista de Villa-hermosa, el Ejército Triguarante bajo el mando del capitán Juan Nepomuceno Fernández. Unos cuantos días después, el 7 de septiembre, se proclamó en Tabasco la Independencia y nuestra provincia quedó unida a México después de jurar el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba bajo las tres garantías de Religión, Independencia y Unión. Como lamentablemente sucede después de cada lucha, los triunfadores necesitaban afirmar su autoridad mediante el uso de la fuerza, y en este caso encontraron la manera de hacerlo mediante el juicio de quienes supuestamente fueron enemigos de sus ideas. En tal escenario, no faltó quienes, tratando de hacer méritos, informaran a las nuevas autoridades que el presbítero De Cárdenas seguía vivo, y enseguida se dio la orden de buscarlo para enviarlo a presidio y con toda seguridad sentenciarlo a pena de muerte.

Creo que fue entonces cuando empezó el peor calvario para mi maestro, pues más que conservar la vida, le importaba limpiar su nombre para salir de su encierro y, sobre todo, para no pasar a la historia como un traidor, de modo que sus allegados tomamos la decisión de hablar con el capitán Juan N. Fernández para que revisara los méritos de don Eduardo, y tomara en cuenta que dedicó gran parte de su vida a la provincia de Tabasco e incluso donó sus propiedades para fundar la población de San Antonio de Los Naranjos como él dijo: “para el ensanche y extensión del pueblo”. El capitán respondió que eran las órdenes que había recibido y que nada podía hacer aparte de continuar su búsqueda, incluso nos amenazó para que dijéramos en dónde se hallaba nuestro amigo.

Esto nos motivó a formar una comisión para hablar con el superior del capitán Fernández, y con esta intención nos trasladamos a Veracruz.

También fue en balde este esfuerzo, el teniente coronel nos mantuvo haciendo antesalas y cuando se dignaba recibirnos era sólo para hacernos escuchar sus proezas y grandes planes, pero sin poner atención ni dar respuesta concreta a nuestra legítima solicitud. Aunque el resto de la comitiva fue desistiendo y uno a uno regresaron a Tabasco, yo me mantuve firme en mis súplicas. De tal forma, pude conocer a este hombre que en un primer momento me había causado buena impresión, pues su personalidad extrovertida hacía fácil juzgarlo en forma equivocada. Sin embargo, mientras pasaba horas y más horas esperándolo, se reveló ante mí su verdadera personalidad. Fui testigo del trato despótico que daba a sus subalternos y pude percatarme del carácter voluble y lleno de contradicciones de ese personaje oscuro y malintencionado. Ya que su soberbia le impedía ser discreto, tuve oportunidad de escuchar sus planes para apoyar a uno u otro de los militares y jefes políticos, según le convenía en ese momento, o bien para traicionarlos porque así le beneficiaba o, lo que es peor, para cobrarles supuestos desprecios a su persona o críticas a sus estrategias. Desde ese momento estuve convencido de que este personaje habría de alcanzar un elevado puesto y siempre iba a utilizar su autoridad en provecho personal, sin pensar nunca en lo que podría ser mejor para la patria.

En esta situación, me llegaron noticias sobre la gravedad de Don Eduardo y aunque me trasladé inmediatamente, llegué a su lado cuando ya había muerto.

Su deceso fue un golpe terrible para todos los que habíamos conocido su labor, y de manera especial para mí, pues, como dije al principio de esta carta, lo quería y respetaba más que si hubiera sido mi padre. Fue entonces cuando tomé la decisión de vengar su muerte y, al mismo tiempo, librar al pueblo de un hombre que muy bien podría llegar a los más altos mandos con nefastas consecuencias.

No fue difícil introducirme en su despacho, sus subordinados me conocían y mi talante tranquilo no despertó sospechas, así que no tuve dificultades ni reparo para acercarme

Palimpsestos de Tierra Húmeda

lo suficiente y hundir mi puñal en el pérfido corazón de Antonio
López de Santa Anna.

Espectro Sun Tzu

Luis Gámez

El piso está húmedo. Le tiraron agua. Eso es bueno porque desperté toda la noche ensopado en sudor. Chinto. Mande. Ven a tomar tus alimentos. Voy. Te moviste toda la noche, ¿sigues viendo a tu amigo? Sí. Pero si es tu amigo por qué te mortifica tanto. Son las pesadillas, a él lo veo al despertar, en la luz, cuando está oscuro o cierro los ojos. Ya te he contado de eso. Sí, me has dicho cómo es, del tamaño de una moneda, con muchos puntos. Sin rostro, pero muy conversador. Debe de ser todo esto a causa de los gobiernos en guerra. No sé. Sueño que me corretean, corro y no puedo avanzar, me canso, es entonces que comienzo a gritar. Con él no es así, de niño lo vi por primera vez a los cuatro años, una noche durmiendo al lado de mi madre la fiebre me mataba, apreté los ojos, apareció redondo, cundido de puntos, sin nariz ni boca ni ojos, me fui apaciguando, siguió ahí en la oscuridad, moviéndose de un lado a otro, vigilando mi temperatura, abrí los ojos, siguió ahí, me reí y se movió a otra parte del cuarto, volví a reír, de nuevo se movió, cerré los ojos, seguí viéndolo, zarandearse de un lado a otro, disminuyó la fiebre y me dormí. Eso no me lo habías contado. Fue a mi otra mujer. Eso pienso. Al otro día en la mañana desperté y lo primero que vi fue a él, luego desapareció porque se aclaró mi vista, mi madre me bañó y me dio mis alimentos, ya no tenía fiebre, fui a jugar por los naranjales, me encandiló la luz del sol, apareció de nuevo, al ir caminando se manifestó, le dije hola, comenzó a moverse, ahí estuvo conmigo toda la mañana, jugaba con mis amigos matando pijijes, de repente cerraba los ojos, lo veía más claro, redondito. No dije nada a mis amigos para que no me tomaran a loco, pero

ahí estaba quitado de la pena, viéndonos no sé a qué distancia, lo veo cerca pero no podría decirte con exactitud si a un metro, medio metro, porque se mueve seguido, se acerca y se aleja, al cerrar los ojos lo veo cerquita, al abrirlos lo miro más alejado aunque se sacude más.

Cociné tamales, ven a comer. Fui tomando confianza, de regreso a mi casa caminé solo, platicando con él sobre los pijijes que había matado. La sed aumentaba. Llegué a casa a beber y a echarme agua en la cabeza de la pileta. Lo vi moviéndose en el agua al ritmo de las olas que se hacían. No le dije nada a mamá de mi amigo. No fuera a pensar que estaba yo enloqueciendo por las fiebres. Toma tu café, se pondrá tibio. Me familiaricé con él platicándole sobre todas mis actividades. Pero se esfumaba cuando me reunía con los amigos a jugar. Entonces lo olvidaba por un momento, hasta que al recordarlo de nuevo, a solas aparecía. Era concentración. A mi otra mujer le conté lo que te estoy diciendo y me tiró a loco. Yo no pienso eso Chinto, nos tenemos confianza, estamos juntos, sin hijos si tú quieres, pero tenemos nuestra tierra, el ganado y aparte nos queremos. Lo sé vieja, ya olvídale. ¿Vino Reyes? Sí, ayer. Te dejó ese libro. Se lo dio Andrés Sánchez Magallanes. ¡Qué libro ni que nada!, quieren que junte a la gente para ir a Cárdenas. Con un libro no ganamos la guerra, y yo necesito más ganado para esa pobre gente. ¿Trae recado el librito? No, me dijo Reyes que te movieras a Río Seco y ahí te lo dejó, es una constitución. Dice que con ésta nos ordenaremos y seremos libres como país. ¡Papeles y libros!, y cuájense a balazos sin tener balas. Pero Reyes así le entra. A él lo que le está entrando como a todos es lo de mandar. Ser político. Quitamos uno y viene otro. Ahí está también el Coronel Gregorio Méndez. Quiere gobernar. Ya está prometiendo mandos y dinero. Pero mi gente sólo quiere ganado y paz. Bueno, no les mientas entonces ni te separes de ellos. Ve a buscar a Reyes. Iré después de la comida. Antes quiero arreglar las herraduras y los fierros; y pensar en lo que me ha dicho mi amigo. ¿Qué te dijo? Me confesó cómo guerrear. Dice que la guerra es un asunto de nación, de vida o muerte. Siempre debo tener en cuenta cinco cosas. Primeramente a la política. Es la que hacen Sánchez Magallanes, el coronel Gregorio Méndez

y su hermano Pedro. Y me dijo que yo también puedo hacer política. Lo segundo es el clima, que aquí está para cocinarse con tremendo calor. Lo tercero es el terreno. Y estos rumbos hasta Cunduacán me lo conozco a ojos cerrados. Más de noche cuando hemos arreado ganado de otros ranchos. El cuarto es tener un comandante que sabemos es Gregorio Méndez. Finalmente, el quinto es tener una doctrina que pienso es esa constitución que me enviaron. No sé leer pero ojalá no sea como la biblia. Me dio más consejos, ya van dos días que lo hace. Debo saber interpretar bien esos cinco puntos. Ves, te digo que el libro ha de servir para algo, voy a leerte, te querrán más de lo que te quieren Jacinto. No, yo no quiero engañar a mi gente y tú con trabajo sabes escribir tu nombre. Yo ni eso. Engañaríamos también a los dueños del ganado, y a Méndez porque esta guerra ni me interesa. Pero si de engañar se trata, voy a decirles que debemos hacer creer a los invasores que el coronel Goyo está en diferentes lugares al mismo tiempo. No sería mala idea. Les diré, vístanse como él para que se lo crean y lleguen mensajes haciéndoles creer que están en cierto lado. Me recordó mucho cuando de niño yo buscaba iguanas y armadillos. Él me guiaba por dónde ir. Aunque a veces de repente me perdía y perdía también a la presa. Anoche, durante el comienzo de la fiebre me hizo siete preguntas. ¿Cuáles? ¿Qué dirigente es más sabio y capaz? Pues ha de ser Goyo Méndez que es el que trae la gente y los fusiles. ¿Después? ¿Qué comandante posee el mayor talento? Mmm, no sabría decirte, con eso de que andan de alzados. En cualquier rato aparece otro queriendo dirigir. Pues tú, pero aún no eres comandante. ¿Qué otra te hizo? ¿Qué ejército obtiene ventajas de la naturaleza y el terreno? Esa está fácil, conocemos más porque son nuestros rumbos. La otra era creo, ¿en qué ejército se observan mejor las regulaciones y las instrucciones? Mi gente me hace caso pero lo nuestro son las reses. Estamos ordenados, salimos de noche y no andamos de chismosos. Eso sí es cierto. La otra me parece era, ¿qué tropas son más fuertes? En cuanto a fusil traen más ellos, pero en lo que respecta a maña y fuerza, ya veremos. Luego era, deja recuerdo..., ¿qué ejército tiene oficiales y tropas mejor entrenadas? Estamos algo desordenados pero aguantamos el trote mejor que cualquier

soldado. Somos del campo. De las últimas, sí me acuerdo muy bien porque fue cuando me comenzó ese dolor, la de las punzadas en la cabeza. ¿Qué ejército administra recompensas y castigos de forma más justa? Con esa no tienes problemas, tus muchachos te quieren Chinto. Yo he visto que se reparten al parejo los animales robados que traen. Y el dinero también vieja. Vamos a llevar a vender unas reses a Cunduacán. Por eso mismo no los voy a llevar al matadero. Tengo que hablar muy claro con Reyes. Prepárame mis cosas porque estoy por irme. Tardaré unos días. Muy bien, te pondré el libro entre tus cosas. Hazles esas preguntas a ellos para que los impresiones. No, porque me tomarían a loco. Eso solamente es algo entre mi amigo y yo. Él también ya se contagió con toda esta guerra. Cuida la montura Chinto, toma este morral, lleva comida. ¡Te veré en unos días! ¡Dios te bendiga!

Vámonos ya pues a Cunduacán, es hora. ¿Midieron bien el terreno Bibiano? Sí, ya tenemos sondeado por donde sacar el ganado. Chinto, ¿qué tienes?, te noto nervioso... Anoche tuviste pesadillas y ya no pude seguir diciéndote cómo ganar la guerra. Sí, me sentí muy mal, sígueme diciendo, quiero saber. Un general inteligente hace que sus tropas se aprovisionen del enemigo, pues una medida de provisiones enemigas es equivalente a veinte de las propias y una medida de la comida del enemigo equivale a veinte de las propias. No soy general. Bueno, cuatrero o lo que seas, por ejemplo, en una lucha de carros de combate en la que diez carros enemigos han sido capturados, recompensa al que ha tomado el primero, reemplaza las banderas enemigas con las propias, mezcla los carros capturados con los tuyos y móntalos. Trata bien a los prisioneros de guerra, cuida de ellos. A esto se le llama: vencer una batalla y salir reforzado... Qué cuidar ni que nada. Los amarran, y los amenazamos para que no digan nada al dueño del ganado... Hazme caso. Bueno sigue. Por todo esto, y dado que lo único valioso en la guerra es la victoria, no prolongues las operaciones, y el general que comprende cómo emplear las tropas, es el árbitro del destino de la nación. Sí, ese es Méndez que quiere gobernar, te dejo, debo hablar con mi gente.

Ya todos hablaron directamente con Sánchez Magallanes o con Goyo Méndez, entonces, ¿estamos o no estamos? El que se

quiera ir a pelear junto con ellos lo puede hacer, pero que cierre el pico sobre nuestro negocio del ganado robado. A nadie creo le va mal hasta ahorita. Lo sabemos Chinto, Lupe Cartas se fue pero tiene claro el no decir nada. Eso espero, bueno, yo no les miento, aunque eso sí, si Lupe habla, se muere. Después, vamos y nos quedamos con todo su ganado. La cosa es que en la guerra se va a matar o a que nos maten. Nos está tratando de invadir otro país o no sé qué gente es la que quiere venir a imponer su gobierno. Pero por lo que luchamos es para que nadie nos venga a mandar y estar libres con los nuestros y con lo nuestro. Ignoro lo que les dijo Méndez, hasta ahora se ha mantenido a raya pero ese viejo es cabrón, no dejen su dignidad en manos de cualquiera, primero midan. Lo sabemos Chinto, nosotros estamos contigo. Tenemos que aprovechar la guerra para agenciarnos todo el ganado posible y por partes iguales.

¿Ya vamos por Pueblo Nuevo amigo? Sí. ¿Te vas a reunir con la demás gente para marchar con Méndez? Claro que no. Voy a desvalijar reses a los vecinos para venderlas. Tengo un cliente. Oye, mi mujer me dio un libro que dice es una constitución. Son ordenamientos legales de los países, pero lo que yo te estoy diciendo es anterior a esas constituciones, mucho muy viejo, siglos antes de que aparecieran esas constituciones, además no te servirá de mucho, están en guerra, primero era, es y será lo que te aconsejo y luego viene ese librito que traes. No estoy muy convencido de que por medio de esa constitución entremos en orden. La paz viene después de la guerra Chinto López, necesitas tácticas con tu aliado Méndez como para con los invasores. Qué invasores, yo le paso su cuota a Goyo del ganado que él dice “recuperado”. A mí que me dejen trabajar, porque sino los patriotas se quedan sin recursos. Él que se las arregle con el tal Arévalo. Y luego la estrategia no la puedes deslindar de la táctica. No te entiendo, explica un poco pero que sea aplicable a las vacas. Simple, la táctica es cada paso que das para ir por el ganado, me refiero a ese ingenio constante que tienes para escabullirte en la noche, para que no te vean ni te sientan en la oscuridad. La estrategia es el plan completo que tienes para tu negocio siguiendo paso a paso cada táctica. Ya entiendo, pero yo quiero saber cómo sacar más ganancias a la

hora de vender el ganado, quiero darle unas cuentas a Méndez y otras a los que compran el ganado. Debes de conocer primero muy bien a ambas partes. Ya los conozco, te digo que Goyo se hace de la vista gorda y el ganado de un municipio lo arriamos para otro lugar, así le doy su porcentaje, pero quiero darle menos y yo sacar más ganancia porque yo soy el del riesgo. A lo que me refiero es que debes conocer perfectamente sus movimientos, saber sus gustos, conoce a tu enemigo y conócete a ti mismo; en cien batallas, nunca saldrás derrotado, si eres ignorante de tu enemigo pero te conoces a ti mismo, tus oportunidades de ganar o perder son las mismas, si eres ignorante de tu enemigo y de ti mismo, puedes estar seguro de ser derrotado en cada batalla. Ya te entendí, quieres que entre en intimidad con ellos, eres astuto amigo, aunque raro con esto del enemigo y la batalla, lo que me dices se adapta perfecto a mis negocios, contactaré a Lupe Cartas para que me diga los negocios de los patriotas. Le voy a decir a Bibiano para que hable con Lupe y pare bien la oreja, ya voy entendiendo esto más claro amigo, mañana es Día de Muertos. Veo a la gente alebrestada por las balaceras. A Goyo Méndez también lo andan siguiendo, creen que no lo sé, debemos aprovechar para llevarle un regalo, unas botellas de alcohol, comida o chamacas, ¿verdad?, para quedar bien. Podría ser. Claro, pero después que me paguen las reses, vamos a cenar aquí por Cárdenas y nos vamos. Te sigo diciendo entonces, ya que vas entendiendo esto, te faltan las disposiciones, preparar muchas cosas; los elementos del arte de la guerra son: primero, la medida del espacio; segundo, la estimación de las cantidades; tercero, los cálculos; cuarto, las comparaciones; y quinto, las posibilidades de victoria. La medida del espacio deriva del terreno, las comparaciones se hacen a partir de las cantidades y los cálculos y se determina la victoria según estas comparaciones. Así pues, un ejército victorioso equivale a un saco en equilibrio contra un grano de arroz y un ejército derrotado es como un grano de arroz en equilibrio contra un saco. Se trata entonces de no aventarse a lo loco, por eso voy enviar a Bibiano, ¡Bibiano! Mira, ve a buscar a Lupe Cartas, debe de estar acampando por ahí por donde están los Méndez y Sánchez Magallanes, sé discreto, queremos averiguar los gustos de comida

o algún vicio que tenga el coronel, para nosotros enviárselo, ¿me entiendes? Y bueno todo lo que puedas averiguar cómo van con ese Arévalo y los franceses. ¿Así voy bien amigo? Que sea lo más discreto posible. Y a este Bibiano, ¿le confías? Claro, su hermana tiene un chamaco con mi hermano. Te lo pregunto para saber la actitud del ejército, que es otra enseñanza, tú no sabes a ciencia cierta quién ganará, si los franceses o tu aliado Méndez, ni sabes hasta cuándo te seguirá apoyando con esto del ganado. Déjame ver, trato de aplicar lo que me has dicho, si gana Arévalo no me conoce, me puedo escabullir, ni idea tienen de cuántos andan en la alzada. Si gana Gregorio Méndez y se hace gobernador, podría pedirle autoridad para estos rumbos. Así pues, el que es capaz de hacer moverse al enemigo, lo hace creando una situación, de acuerdo con la cual el enemigo actuará. Tienta al enemigo con algo que desea alcanzar, mantenle en movimiento sosteniendo ese algo fuera de su alcance y, entonces, atácale con tropas escogidas. Amigo todo esto de la guerra se te metió en serio, pero tus consejos se me hacen de lo mejor, porque no me interesan los gobiernos pero sí mi dicha. Si gana Arévalo, puedo negociar beneficios, y si gana Méndez mucho mejor, pero para esto debo de conocer cómo piensan. Vamos bien.

¡Bibiano!, ¿qué pasó? Jefe, hablé con Lupe, dice que al coronel le gusta la música y cierto licor. Me dirá mañana. ¿Qué estaban haciendo? Dándole al convivio. Al coronel Méndez no lo vi, solamente a su hermano Pedro que se encerró con una chamaca. Bueno, tendremos buena noche para pasar el ganado, ¿andan regados en grupos verdad? Yo creo, porque no estaban todos los jefes. Entonces a lo nuestro, a ver a don Clemente que nos va a comprar las vacas. Bibiano, saca la botella de caña. Aquí está. Dame un poco para no dormirme. A darle que se nos hace tarde. Yo les aviso dónde dejar un rato el ganado.

Vas interpretando lo que te voy diciendo Jacinto, obviamente para tu conveniencia de eso se trata, pero busca más aplicarlo a tu vida diaria. Por eso en mi negocio, esto lo hago diario, no trasladamos ganado todos los días pero si debemos sondear el terreno, ver quiénes son los dueños y cosas así. No dejar huellas. Para eso necesitas del vacío y actualidad, generalmente, el que

ocupa primero el campo de batalla y espera al enemigo puede descansar, y aquel que llega más tarde a escena y se precipita a la lucha, comienza cansado, de este modo, el que es experto en la guerra atrae al enemigo al campo de batalla, y no se deja llevar allí por el enemigo. Claro, yo quiero llegar antes que don Clemente y descansar un rato cuidando al ganado. Pero a ver, ¿qué harías si se aparece Arévalo? ¿Quién dices?, ¿el que anda siguiendo a Méndez? Ah, pues me hago el desentendido y le decimos que nosotros somos campesinos. ¿Y te lo creerá con estos hombres y ese ganado, en la madrugada? Tienes razón, le explico que voy a la propiedad de don Clemente Plata. Este viejo ahora que recuerdo tiene contactos con eso de la política allá en México. Podría salvarme el pellejo en un momento dado. Mucho mejor, ¿comprendes? No es de escuchar por escuchar, sino de interpretar lo que te digo.

Bibiano, vamos a descansar en esos jahuactes en lo que llega don Clemente. Saquen otra botella de caña, no sean envidiosos. Amigo, aquí recostado puedo verte tranquilamente mientras tomo de esta botella. Mira qué tantos años y ahora si me sorprendes con tanta enseñanza. Pero la pinta no te cambia, redondo y con puntos, sin color. Ahora tendré más labia para el negocio éste. Los patriotas y a los que les dicen los afrancesados que se baleen entre ellos. ¡Eso es Chinto!, sutil e insustancial, el experto no deja huella, tan divinamente misterioso que es inaudible, así es el dueño del destino del enemigo, su ofensiva será irresistible si la lanza contra las posiciones débiles del contrario, no puede ser sobrepasado cuando se retira, si se mueve rápidamente, cuando yo decido presentar batalla, mi enemigo, incluso protegido por altos muros y profundos fosos, no puede evitar enfrentarse a mí, pues ataco una posición que debe defender, cuando yo deseo evitar la batalla, puedo defenderme simplemente trazando una línea en el suelo: el enemigo será incapaz de atacarme, pues he hecho que se desplazase a un lugar distinto del que él deseaba. ¿Qué pasó?, no jodan. ¿Cuál es el alboroto?, ¿quién está vigilando? Chepe, dice que por allá vio unas sombras de gente. No sirven para vigilar, voy a ver sino es la gente de don Clemente o Méndez que quiere joder. Acompañame Bibiano, si chiflo sueltas el ganado.

Pero si es el mismísimo Lupe Cartas, ¿qué pasó? Te fue a ver Bibiano, ¿por qué me miras así Lupe? Suelta esa pistola. Vengo a llevarme el ganado Jacinto, me lo ordenó Méndez. Cuidado amigo recuerda las tácticas, escucha. Como siempre, después que me paguen paso con él para hacer cuentas. Ya no hay trato. Lupe suelta esa pistola o te vuelo la cabeza de un machetazo. No te queda de otra, para qué chiflas. Te lo advertí.

Jacinto, estás ahí tirado en el suelo. Las vacas te pasarán encima. No creo que las sientas. Sé que me miras todavía porque siento latir tu corazón. La bala entró por tu ojo izquierdo, la vi pasar a un lado de mí y entró a reventarte el cerebro. Te dije que me escucharas. Lupe Cartas vino a quitarte el ganado y a deshacerse de ti, por órdenes de Méndez. El ejército contrario viene por él. Están saliendo espantados como estas vacas que te aplastan. En estos instantes Chinto López, era cuando quería decirte que todo el arte de la guerra y su enseñanza principal, según, se basaba en el engaño.

Volver a la historia

María Eugenia Torres Arias

Patricia deja una caja sobre la mesa y Sean la ve alejarse en silencio. Apaga en el cenicero el cigarrillo a medio consumir y desempaqueta unos manuscritos protegidos en bolsas especiales. Analiza las cartas, crónicas y documentos oficiales pero no le interesan, esa información la consigue en hemerotecas o puede leerlas después; está buscando otra cosa. Despliega una bandera descolorida y dañada por los años y la vuelve a guardar en su estuche. Llama su atención, una libreta de piel gastada por el uso, es el diario de su tataratío, el capitán John Raily, historia que sí le concierne; el relato familiar comentado como anécdota de sobremesa. El pariente que salió un día de Irlanda hacia América y nunca regresó. Toma la libreta y sale al intenso calor del trópico. Lleva una semana en Santa Lucía y aún no se acostumbra al intenso calor tropical.

Ya conoce la propiedad. Los cocales y el procesamiento de la copra a la orilla del mar. Los plantíos de pimienta y café en las laderas de los pequeños altozanos, que le parecen de juguete comparadas con las altas y agrestes montañas, cubiertas de nieve, de su país. Pero cada día se impacienta más al no saber qué está haciendo en este rincón de México.

—He cumplido mi promesa y espero que encuentres lo que buscas. Cuando termines me avisas para entregar los documentos al museo.

El seco comentario de Patricia al abandonar el comedor, dio fin a la silenciosa cena. Sean no comprende el malestar de la joven, y no quiere dejar pasar más tiempo sin hablar con ella porque considera que le debe una explicación.

Sale a la terraza con una taza de café en la mano y la ve sentada en la banca de hierro forjado junto a la fuente, con la barbilla entre las manos contemplando la nada. La luna danza con los chorros del agua, las luciérnagas coreografían el susurro de los árboles esparciendo el aroma de los frutales en flor, jazmines de Arabia y galanes de noche.

—Por favor, no te vayas, en algún momento tenemos que hablar —le dice al sentarse junto a ella, y la sujeta por un brazo cuando intenta levantarse—. He hecho un largo viaje para estar con ustedes y lo mínimo que pido es un poco de consideración. Dime, ¿por qué era tan necesaria la presencia de mi familia?

—¡Me asustaste! —exclamó Patricia enojada—, mi abuelita fue la que mandó la carta y ella es la que debería estar aquí; como no sabíamos si vendrían, salió de viaje..., lo cual me molesta porque tampoco sé cuándo volverá. —Se contuvo a tiempo de decirle lo que le desagradaba su presencia. Percibe la ansiedad de Sean y lo piensa mejor, efectivamente, este intruso merece una explicación. Más tranquila continúa:

—Cuando examinamos el contenido del cofre, se decidió la conveniencia que un representante de ustedes estuviera presente para la donación al museo de su contenido; como muestra de agradecimiento. En realidad, yo no encuentro una sola razón para que te quedes, así como tampoco ningún inconveniente si te quieres ir.

—¿Qué sabes tú de esta historia? —Sean corta por lo sano el discurso porque le queda bien claro que no es bienvenido en la hacienda Santa Lucía.

—Lo que mi abuelita comentó. Ya sabes, historias que se cuentan en los días de lluvia. —Patricia busca los ojos y le da la razón. Es de risa su actitud. Que no le fuera simpático es una cosa, pero tenerlo por días sin saber por qué había venido a un lugar tan alejado de su país, era patético, y sonrió.

—Te ves hermosa cuando sonríes. ¿Por qué no lo haces más a menudo?

—Hablares de lo que te trajo aquí y de nada más..., o me voy.

—¡No! Por supuesto que platicaremos de lo que tú digas, pero no te vayas.

—¡Está bien! entonces te diré lo que sé —concluye ocultando la cara para evitar que viera la maliciosa mueca al notar su ansiedad.

—En la época de esta historia, la hambruna se había desatado en Europa y tu país no se escapó. Los jóvenes irlandeses fueron reclutados por el ejército americano que les ofreció la ciudadanía, tierras, un salario y esa fue la solución de muchos; venir a América.

—Eso lo sé, lo que no entiendo, es cómo terminaron en el ejército mexicano —Sean se acomoda en la banca, para gozar a plenitud el espectáculo de las delicadas facciones de la joven sombreadas por la luna, y el brillo de los ojos imitando las lejanas estrellas que parpadean indiscretas.

—No seas impaciente —Patricia vuelve a sonreír y continúa—: El descontento en las tropas se inició cuando los americanos no cumplieron lo prometido pero, además, les prohibieron practicar su religión.

—¿Qué tenía que ver una cosa con la otra? La premisa en América era y es, precisamente, la libertad de culto.

—Simple; en la iglesia católica se obedece al Papa, Roma es un país extranjero, diferente bandera, lenguaje, intereses y eso equivalió a traición. El castigo fue la cárcel y el flagelo. Tú antepasado rescató a su pelotón del calabozo y la tortura, y para evitar ser arrestados de nuevo, cruzaron la frontera con México; tenían que llegar al puerto de Veracruz, el único lugar en donde podían embarcar para regresar a su país.

—Me queda claro la razón de estar en México. ¿Pero por qué en el ejército? ¿Por qué no regresaron a Estados Unidos?

—Se había declarado la guerra entre los dos países y era evidente que serían juzgados como desertores si regresaban, y entenderás que un pelotón de soldados enemigos no podía atravesar nuestro país impunemente.

—Entonces no tuvieron alternativa más que ingresar al ejército mexicano.

—Correcto; se integraron como el Quinto batallón de San Patricio comandados por el Sargento John Raily..., tu tataratío. Estoy segura que en el diario encontrarás la explicación de lo que

en realidad pasó y entonces tú me lo contarás a mí. Está escrito en un idioma antiguo y no lo entendí, la verdad me dio un poco de pereza y lo pospuse para después. Te dejo, ya es tarde y en una hacienda no se puede descansar nunca.

John logra besar la mano que alcanza en el aire; Patricia la rescata porque siente brazas en la piel y sube corriendo las escaleras. A Sean no le gusta la actitud de su anfitriona, porque se siente abandonado en un lugar desconocido en donde no fue bien recibido, sin embargo, los bizarros sentimientos que lo atormentan en las noches de insomnio, son extraños; como si regresara a un lugar mítico y muy querido para él, con sus colores y exuberante vegetación tropical, la deliciosa comida, la zona arqueológica que visitó, la alegría y el sentido de humor de los habitantes del lugar que le parecen tan familiares.

Esa mañana, después de nadar en las tibias aguas del mar, equivoca el camino y llega a un bosque de cedros y ceibas. Los escandalosos monos saraguatos brincotean de rama en rama. Un cervatillo pasa dando pequeños saltitos. Es en un mundo inédito para él, pero fascinante. El Nuevo Mundo, un terreno desconocido en todos los aspectos, es el Edén y ha encontrado a una Eva que no puede descifrar. Escucha la caída de agua. Sube una pendiente y se topa con la cascada que baña las abruptas piedras del acantilado, perdiéndose en el caudaloso río que zigzaguea entre la arboleda.

Patricia, tendida sobre el suave pasto, se seca al sol. La empapada y delgada camisola se pega al sugerente cuerpo como una segunda piel. Había nadado en el estanque y Sean se pregunta, si estuviera en la misma disyuntiva que John Raily, Sargento del quinto Regimiento del Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica, que por salvaguardar a su pelotón torturado y humillado lo rescata de la cárcel y se encuentra siendo un apátrida en México, frente a una mujer como Patricia, ¿tomaría la misma decisión que él? No lo pensó mucho, por supuesto que se quedaría con todo el amor de su corazón.

—¡Ahora no te marchas! —Le impide levantarse cuando ella hace el intento y se sienta junto—. Sé por qué te llamas así —continúa tratando de no fijar la mirada en el esbelto cuerpo semidesnudo junto a él—, por el nombre del batallón de John

Raily..., el St. Patrick Batallion. También encontré documentos que prueban la intolerancia, la mentira y el abuso a que fueron sometidos, además, siendo esclavistas, quisieron tratarlos de igual manera y no lo soportaron, a eso se debió la gran desertión de los europeos del ejército americano. También descubrí otra de las razones, para mí la principal por la que John se quedó, y fue el profundo amor por María, tu tataratía, la valerosa mujer que peleó codo con codo por su patria. La que confeccionó la bandera y fue la responsable del rescate, seguridad y atención de los sobrevivientes del St. Patrick Batallion,

—¿Y vienes a reclamar tu herencia?

—¿De qué hablas?

—Mi madre dice que te pertenece parte de la hacienda. ¿Todavía no llegas ahí? ¿O estás conociéndola para ver qué parte te conviene más? Por mi puedes quedarte con todo, no me interesa salvo por el bienestar de mi madre y mi abuela. Yo tengo, por méritos propios y el trabajo que he desempeñado independientemente de la finca, manera de vivir holgadamente. Cuándo lo hayas decidido me avisas.

Sean nuevamente la sujeta e impide que se levante y la besa. En aquel momento, Sean desahoga su enojo por su frialdad que raya en la insolencia, los deseos de poder expresarle su amor, y no sabe cuántos sentimientos se mezclaron en esos momentos en su interior.

—Perdóname, soy un bruto pero vas a escucharme. Desde mi llegada me has evitado. No me conoces, ni sabes por qué vine. Tampoco preguntes qué pasó cuando pisé Santa Lucía porque no lo sé. Lo que sí sé es que encontré lo que había estado buscado durante toda mi vida. Desde el primer instante, cuando se cruzaron nuestras miradas, supe que eras la mujer para mí, y en estos pocos días te has convertido en alguien imprescindible en mi vida.

—No sé cómo puedo ser imprescindible en tu vida si como dices, me acabas de conocer. — No pudo abofetearlo por el beso robado porque la tenía sujeta por los brazos; sus manos le abrasaban la piel; conforme lo escuchaba su enojo se desvanecía—. Tengo frío, me voy a cambiar, luego platicamos. No voltees.

Sean no puede creer en su buena suerte. Ha logrado romper la coraza de la mujer que lo arrinconó en un lugar frío y solitario y ahora lo invita a compartir su intimidad. Sonríe tendiéndose en el pasto. El sonido de la cascada golpea sus oídos calmando su corazón y su mente. Tiene que ser muy cuidadoso con ella porque detrás de la inmovible armadura hay una sensible y vulnerable mujer. Abre los ojos al sentirla junto. Los pantalones vaqueros parecen ser su guardarropa preferido pero siempre será la hermosa mujer que lo tiene loco.

—¿Por qué viniste?

Antes de contestar, Sean le toma las manos y escudriña los ojos azules; quiere descubrir lo más recóndito de su alma y valorar si decirle la verdad o la fantasía que ha vivido desde que abordó el avión en Dublín. La placidez de los rasgos y la familiaridad cómo se abandona para verlo de frente y seguir secándose el pelo lo decidieron, sería la verdad.

—Soy periodista y acabo de publicar mi primer libro. Una novela. Para los críticos; lo bueno que tengo como periodista lo tengo de malo como escritor —a Patricia le sorprende escuchar su risa y le agrada que lo haga de sí mismo—. En mi país, lo habitual es que todas las tardes vayamos a los pubs a tomar cerveza, convivir con amigos, hacer vida social y empecé a tener problemas con el alcohol. Demasiado tarde comprendí el porqué mi mujer pidió el divorcio, yo veía las cosas tan naturales hasta que un día terminé tirado en..., bueno no tiene caso decir más. Tomé un programa de rehabilitación, pero el ambiente me hacía muy difícil mantenerme sobrio y fue cuando recibí la extraña carta de doña Aurora, tu abuelita. Por lo visto el reino celestial no me quiere todavía en sus dominios, así que empaqué y aquí estoy. ¿Y tú?

—¿Yo? Tuve problemas con mi esposo —le sorprende verla retraerse como gatito amenazado abrazándose las piernas—. El capital que hicimos durante nuestro matrimonio lo perdió en el juego, me golpeaba cada vez que no quería firmar los papeles para hipotecar la hacienda, y por último me vendió en una juerga. Mi madre se enteró, movió sus influencias rescatándome porque prácticamente me tenía secuestrada. Creo que los acreedores lo

asesinaron porque un día lo encontraron muerto en un callejón. Vendí el negocio y regresé a la hacienda.

¿Qué la hizo confiar en este desconocido? No lo sabía y en realidad no le importaba. Era la primera vez que hablaba del tema con alguien. Cuando lo vio cruzar la puerta de la hacienda, lo rechazó porque le movió lo que con tanto cuidado había escondido bajo la coraza de indiferencia hacia el sexo opuesto, pero ahora y por primera vez en muchos años se siente una mujer viva. Levanta la cara y busca sus labios, entre lágrimas, acepta su amor por este irlandés pelirrojo y arrogante.

En la terraza de la finca, después de la cena, Sean la abraza y juntos contemplan el firmamento. La luna llena resplandece todo lo que toca y le da el toque mágico a esta maravillosa noche del encuentro.

—¿Terminaste el diario?

—Sí amor, y es más o menos lo que me contaste. ¿Sabías que una de las razones por las que mis paisanos se quedaron a luchar fue por la desigualdad en los ejércitos? Los del norte tenían armamento moderno y ustedes, todo su remanente que les vendían a precios exorbitantes. Mi tío relata la admiración que sintieron por la envidia de los compañeros de armas, quienes suplían la falta de un sofisticado entrenamiento militar, con la valentía de sus corazones aunque no fue suficiente para evitar la derrota, así como su sencillez al preguntarse por qué querían quitarles sus tierras.

—Eso no es novedad. Hasta la fecha es lo que tratan de hacer, pero ahora de diferente manera. Manipulan la economía para obligarnos a vender lo poco que nos han dejado. Cuando vayamos a México te llevaré a Churubusco.

—¿Para qué?

—Porque ahí se llevó a cabo la última batalla.

—Y la última derrota. También narra como Winfield Scott, comandante de las tropas americanas y para hacer un escarmiento por la cantidad de desertiones que tenía, ordenó que a todo el batallón irlandés fuera eliminado.

—Mixcoac es otro lugar que te enseñaré, ahí levantaron el cadalso en donde fueron ejecutados. —comentó Patricia en voz baja acariciando el brazo alrededor de sus hombros.

—El gobierno de México ¿no hizo nada por salvarlos?

—Por supuesto. Enviaron correspondencia a todos los países pidiendo su intervención para evitar semejante genocidio; pero fue inútil, y aunque se demostró que no eran ciudadanos norteamericanos puesto que nunca les dieron la nacionalidad y el pelotón lo conformaban alemanes e ingleses que se habían unido al batallón, la orden no se revocó. Cómo lo veas, fue una masacre tolerada por las naciones, quienes no hicieron nada por defender a sus ciudadanos. Y pensar que sólo eran jóvenes dirigiéndose a Veracruz para embarcar a su patria. —Sean le limpia una lágrima del rostro.

—Hablando de lograr ¿Cómo llegó John tan al sur? —preguntó después de un momento de silencio.

—Pienso que no nada más al sur. Los habitantes de los lugares en donde se libraban las batallas, rescataban a los heridos escondiéndolos en sus casas. En la ciudad de México hicieron lo mismo, así, tu tataratío llegó hasta aquí.

—Lo que tampoco aclara es cómo terminó la guerra, ya que él estuvo muy enfermo y alejado de la capital.

—Si como ejército nos derrotaron, en la ciudad se organizaron las guerrillas para defenderla. Se peleó con tal furia, que tan pronto como los norteamericanos izaron la bandera, la bajaron y se fueron. ¿Qué más dice el diario?

—Evidente, también habla de su amor por María, eso fue en realidad lo que más pesó en su ánimo para quedarse. Menciona los nombres de sus amigos que lograron sobrevivir y nada más.

—Entonces, si te parece, donaremos la bandera que confeccionó artesanalmente su amada María junto con los demás documentos, pero el diario..., pienso que es muy personal, familiar diría yo y no sé si sea conveniente dar a conocer los nombres...

—Una historia de amor siempre es familiar. ¡Quedémonos con él! — La sonrisa cómplice fue inevitable y en ese momento supieron que la historia se había vuelto a repetir.

Mariposas en el tiempo

Flor de Líz Pérez Morales

Bastón, sombrero y huarache

Su cuerpo se apoyaba en el viejo escaño con un bastón de palo en forma de T donde colocaba sus dos manos al frente. Los ojos casi apagados se veían perdidos como si ya no existiera en el tiempo. 1975 había hecho silencioso sus ochenta y ocho años y mostraba al viejo patriarca de la familia Valenzuela sentado en el corredor de la casa de madera cuyo frente daba a la terraza central del pueblo que ahora llevaba el nombre de Carlos Greene, en honor al general revolucionario combatiente en la Región de la Chontalpa tabasqueña. Se le veía todavía vestido con la camisa y calzón de manta, huaraches de cuero cortado con inexactitud al ras del sus pies blancos y cascados; unas veces se ponía el sombrero de punta que hacía verlo más adusto.

Lo que más atemorizaba del anciano eran quizás las historias que se contaban alrededor de él. Papa Justo le decían todos aquellos que se sentían ligados por la sangre o la admiración y contaban con orgullo los relatos que revoloteaban en el tiempo y con ellos se alimentaban mis propias historias infantiles...

La venia

-Don Justo, dicen que hoy llega el gobernador del estado pa' que dé usted la venia al nuevo candidato y lo apoye. A las 12 del día llegará la avioneta allá por el rancho de usted, en los cerros de la

entrada a Poza Redonda. ¡Oiga don Justo!... ¿es verdad que ya autorizó que le cambien el nombre de Ribera de Agua Negra a Ranchería Carlos Greene? ¿Pues quién fue ese?... Sabe que ayer se murió don Heliodoro Sánchez, el que tuvo hijas bien chulas, todas bien casadas mi coronel. A propósito, dice la hija de usted que hoy se molestó con ella porque alguien vino a verlo y no le besó la mano. ¿Está bravo don Justo o 'ta cansado? No..., si a sus más de setenta años le faltará muy poco pa' que le ronde la mariposa negra..., faltará muy poco...

La escondida...

La voz del padre se escuchó en la cocina donde se encontraban, alrededor del fogón, las cinco mujeres. Cuatro de ellas eran ya señaladas por su juvenil belleza; la piel blanca era herencia de la madre y la delgadez se le acreditaba al padre. Lucía, Soledad, Amalia y Sílfida, escondían en los amplios faldones estampados las estrechas figuras que ya empezaban a atraer a los hombres de la comunidad de Aguas Negras.

Ese era el temor de don Heliodoro y de doña Irene, que alguna de las muchachas cayera en manos del coronel Justo Valenzuela, el hombre que a sus treinta y siete años tomaba las mujeres más bonitas. Muchas de ellas quedaron tiradas, lo peor del caso era cuando quedaban embarazadas. Podían enfrentar cualquier cosa, menos que deshonraran a sus hijas. Ya habían oído que el coronel Valenzuela estaba cerca. Sin mostrar sus temores, don Heliodoro gritó:

-¡Hijas, corran al pozo! ¡Ya saben qué hacer! –a la voz del hombre doña Irene empezó a llorar, intuía lo que podía venir. El marido la vio y le gritó también –Tú deja de llorar y ocúpate de la cocina. ¡No pasa! ¡Nada! Yo soy el hombre que cuidará de ellas hasta el último momento. ¡No dejaré que ese desgraciado acabe conmigo como lo hizo con mi padre! ¡Antes que corte mi lengua, lo veré morir!– Esto fue lo último que alcanzó a escuchar Lucía, la mayor de la mujeres.

Las tres jovencitas se reunieron alrededor de la primogénita; con la escalera bajaron al hueco de cuatro metros de profundidad

que ya tenía preparado el padre, lo taparon como pudieron con ramas de árboles. El miedo de las muchachas se conjugaba con la angustia de Lucía. Sabía la preocupación de sus padres, su madre le había contado la historia de su prima y lo que le habían hecho los revolucionarios diez años atrás, cuando se oía de las tropas del General Carlos Greene.

Al unísono se quedaron orando suavemente como les había enseñado la madre.

-¡Alzaré mis ojos a los montes, de dónde vendrá mi socorro...! Con los labios Lucía decía la letanía, pero en su mente se apilaban otros miedos...

La mariposa negra

El dolor en las entrañas era agudo, como si le pasaran el cuchillo en el abdomen, el duro miembro del hombre se le enterraba entre los muslos donde sentía el cuerpo pegado a ella. Él apestaba a tabaco y aguardiente con mezcla de sudor, el hedor repugnante era tan fuerte como los espasmos producidos por el asco que percibía su cuerpo. Nadie oía sus gritos. Sentía que le estallaba la sangre, que sus pechos eran apretados sin piedad, hasta arrancarle los chillidos. Vio que una mancha de sangre de entre sus piernas se pegaba a su falda, pegó un alarido que al momento fue acallado con un golpe, no se daba cuenta de que el puño lanzado a su cara dolía menos que la otra mano que le apretaba el vientre.

Mientras sus muñecas buscaban fuerzas, sus ojos alcanzaron a ver una mariposa negra, lo que le recordó el agüero que decía su madre de ella:

-Cuando veas una mariposa negra, hija, es que la muerte te ronda para llevarse algo muy querido.

Ese día murió el cuerpo de ella. Fue enterrado en los pastizales de la ribera. La mirada de la gente le anunciaba que ya no estaba viva, que sus gritos eran ahora un silencio.

Puesta al sol

1910. Veintitrés años tiene Justo Valenzuela Hernández y ya se dicen cosas de él. Su figura alta y delgada se acompaña de un historial amenazador. Está claro que sirve a las huestes de la revolución y que ha mostrado su valor acabando con el enemigo de manera ejemplar: cuelga los cuerpos de los hombres en cualquier árbol y corta sus lenguas. Con un cuchillo delgado rebana en filetes muy finos los pequeños y ásperos músculos que enseguida son pasados por el montón de sal que mantiene a un costado de la tabla; después coloca los trozos fileteados en una cuerda para que les dé el sol hasta secarse.

Tantos hombres han muerto en sus manos que difícilmente se acordará de ellos, uno joven si lo recordará a él; Heliodoro con las manos atadas en la espalda ve como el cuerpo de su padre es colgado en la mata de mango de su propia casa.

Azotes

El sudor escurre por mi cuerpo, bueno sería que me sentara un rato debajo del mango que da sombra al pozo. Tengo hambre y los frutos aquí se ven buenos. ¿Y si me tardo un poco con el agua...? No, no. Seguro mi Ma gritará ¡Justo!... me dirá que soy un burro que no entiendo de razones y me dará una azotaina con el mismo fuste del toro con el que mi Pa le pega a ella.

Yo la he visto. Sus ojos me buscan cuando siente los golpes que recibe, las carnes de sus brazos se abren, su cuerpo se encorva como buscando protección, no grita, sé que le duele porque se le escurren las lágrimas; los brazos de mi Pa se endurecen a cada golpe, se ve su fuerza en las venas que le resaltan en las muñecas. Después mi Pa se va y Ma ya no llora más.

Él siempre me dice que no sirvo pa' nada, que nunca tendré porvenir, que nací tonto y arisco con las mujeres, que ya tengo doce años y no aprendo cosas de hombres... Atrás del cerro, allá sí que hay mangos, mosquitos también y muchos matorrales, pero son los mangos más dulces...

Rebeldes del Usumacinta

Edwin Omar Marín Olán

*Del señor gobierno ya no digo nada
porque le vamos a decir a balazos
lo que queremos decirle.*

Juan Rulfo

Llegamos al lugar acordado por el general Zacarías. Habíamos llevado los caballos a comer zacate Elefante a la parcela de don Jerónimo Chán y a la orilla del Usumacinta a beber agua fresca, que según el general no llenaba de bichos a los cuacos.

-Esto es en pago por su apoyo a la revolución -dijo el general Zacarías. Abrió un paliacate lleno de monedas de plata y nos ofreció una a mi primo Ruperto y otra para mí. Estábamos bajo la nobleza de un árbol de tamarindo; el aire era dócil y lamía la negra cabellera del general y la de toda su tropa de rebeldes. Eran morenos y regordetes, con el cuero retostado como iguanas viejas, tiznados por el humo de incendios y pólvora intensa. Fue la última vez que vi sus caras de cerca. Luego desde la apertura de una tabla corroída de mi casa, les vi bañarse y divertirse como niños a la orilla del río; desnudos, comiendo mangos que caían al agua víctimas del hartazgo del árbol que los expulsaba ya cansado de su peso.

-¡Viva Zapata!

-¡Viva Luis Felipe Domínguez!

-Viva la revolución!

-¡Muera Victoriano Huerta!

Palimpsestos de Tierra Húmeda

Así se fueron gritando por todo el ejido de Pomoná Ira sección, trotando a todo galope sus caballos, levantando una mano en señal de poder, de ira, de intranquilidad en su alma.

Yo había nacido en ese ejido hacía 23 años, fueron mis abuelos de los primeros pobladores, llegaron huyendo de la violencia del Petén guatemalteco, cuando compañías madereras usurparon la tierra en busca de cedro y caoba, producto muy cotizado en Inglaterra según cuenta mi padre. La palabra revolución me era familiar. ¿Dónde había escuchado esa palabra? ¿Zapata? ¿Luis Felipe Domínguez? ¿Huerta? Parecía recordar esos nombres.

Para ese entonces, contábamos con una población de 115 habitantes, todos dedicados a la cosecha del chile, calabaza, tomate, frijol y maíz principalmente. Saulo, mi abuelo, se levantaba y me levantaba a las 4 de mañana. Preparaba café con piloncillo, esperaba media hora antes de lavarse la cara con jabón, gustaba decir que al levantarse los ojos estaban calientes, por ello necesitaban refrescarse para evitar enfermedades. Luego me hacía ensillar el caballo, preparar el pozol e irnos a la milpa donde las jornadas de trabajo se extendían hasta las 12 del día. Era un trayecto pesado, había que atravesar pantanos y jahuactales densos, era común encontrar en el camino pochitoques, guaos y lagartos. De vez en vez descendía del cuaco para meter uno en el morral, la experiencia me enseñó que los lagartos son expertos excavadores, el jagüey entonces jamás se someterá a la sequía.

Fue justo esa mañana cuando supe de la revolución desde la perspectiva de los insurrectos. Muchos de ellos eran perseguidos por los federales, acusados de crímenes que según ellos no cometieron, estaban cansados de la injusticia, del hambre que había dejado don Porfirio, un hombre viejo pero correoso, de cara dura y valerosa.

-El plan está así- dijo don Fulgencio-. Acamparemos desde Boca del Cerro, iremos a caballo haciendo ruido y sometiendo a los que no quieran luchar por una causa justa, pasaremos La Isla y El recreo hasta llegar a Cabecera, incendiaremos casas a como lo hace el general Villa, quieran o no vendrán con nosotros esos hijos de la tiznada, ya verán quién es el capitán Fulgencio Robles.

El abuelo me miraba atónito mientras acariciaba la crin de su caballo.

-Supongo que no querrás llevarte a mi nieto-, dijo mi abuelo Saulo.

-Cuántos años tiene pues este diablo de chamaco -preguntó con sonora voz el capitán.

-Apenas 23 Fulgencio -, es muy joven.

-¡Joven ni qué méndigo! Tome esta pistola y dispare a todo aquél contrario a la revolución, hay que hacer pagar al traidor Huerta a como dé lugar, hay gente en la capital que espera nuestros refuerzos, ¡Ande cabrón! Escupa todas las balas que pueda.

Por vez primera tuve una pistola entre mis manos, confieso que sentí una fuerza superior, como si fuese una extensión más de mi cuerpo. Desde entonces comenzó mi lucha en la revolución, quizá efímera pero intensa, guerreando violentamente pero sin odio, echando balas para asustar a los que se resistían a la causa, a nuestra revolución, que por vida de Dios hasta ahora no sé para quién peleaba.

Apenas unos tímidos y enclencles rayos de luz me despertaron, el capitán Fulgencio y la bola de rebeldes peinaban la crin de los caballos y colocaban la silla en la espalda de sus elegantes cuacos que raras veces se veían en el ejido, de raza dizque Cuarto de milla y Pura sangre. Mi abuelo sentado entre la maleza limpiaba el cañón de su Winchester 30-30, absorto en su melancolía.

-¡Qué estamos esperando canijos huevones! ¡Larguémonos a darle guerra a esos pinches federales jijos de la guayaba! -La voz del capitán era dura y cavernosa, su timbre llamaba a la obediencia casi voluntaria. Salimos a todo galope rumbo a La Isla, el poblado más próximo, el objetivo era reclutar voluntaria e involuntariamente a más rebeldes dispuestos a vender su vidas caras para honrar la memoria del señor Madero y nuestro paisano el licenciado Pino Suárez, un hombre flaco y enjuto al que casi todos en el pueblo admiraban, excepto por unos cuantos hombres de letras que se dedicaron a propagar algunos errores de él, dizque hubiesen sido fundamentales para la guerra.

-Ustedes me conocen y saben que peco de hombre y de honesto con mi gente -dijo el capitán-. Esta vez el país los necesita, la revolución necesita de su gente para acabar con el hambre y la injusticia, para acabar con el jijo de su madre usurpador Huerta. Si no es por la buena pos será por la mala, junten lo que tengan, rifles, pistolas, machetes o palos y larguémonos a El recreo a buscar más calzonudos.

La gente comenzó a huir gritando: ¡Amarren a ese loco! ¡Amarren al loco que perjudica la revolución! La población entera cerró sus puertas, no era un pueblo violento hasta donde se sabía, más bien tenían fama de gente noble dedicada a la agricultura y a la ganadería.

El capitán Fulgencio comenzó a disparar con odio hacia el aire como para atemorizar a la población: ¡Salgan jijos de su mal dormir! ¡Ha muerto el señor Madero! ¡Peleen bola de cobardes! No pudimos ni quisimos esta vez asesinar a nadie, ya bastante sangre inocente se había derramado en la revolución. Salimos a toda prisa hacia El recreo, un pueblo a 5 kilómetros de distancia, mi abuelo enarbolaba la bandera de nuestro país y la resguardaba celosamente. Un polvo denso y bermejo se formó al trote violento y raudo de los cuacos, no dejaba distinguir el verde esmeralda que asiste al Usumacinta en época de seca, con eso y más obstáculos seguimos trotando a todo galope, enalteciendo el nombre del señor Zapata, del licenciado Francisco I. Madero. Por mi cabeza se cruzaban recuerdos de una guerra semejante, violenta, sin orden, una guerra donde el único propósito era derrocar al cacique de la localidad que gozaba de infinitos privilegios, dueño de casi todas las tierras fértiles, con arroyos que parecían eternos y del que dependían nuestras cosechas. Por fin pude recordar algo; eso era la revolución, una revolución que se generalizaba; una guerra absurdamente cínica, pero que a mi parecer era como un hormiguero que se agita sin orden ni objetivo, donde una masa amorfa busca una figura inútilmente; sólo los calzonudos de mi general Zapata parecían ordenados y con un objetivo: "La tierra es de quien la trabaja", rezaban algunos estandartes. Si así fuera, los caciques no tendrían tierras; jamás vi a don Eulalio Pérez enterrar una coa en la panza de la tierra para echar granos de frijol. Pero

no había otra opción, dicen que se hace la guerra para encontrar la paz. Después de tanto grito y disparos al aire llegamos a El recreo, allí sometimos por fuerza de metralla a 8 calzonudos, incendiamos paja y robamos un poco de dinero que había dentro de las chozas. La resistencia fue tenue, sólo tuvimos que asesinar a 3 intrusos que dizque no había revolución, que eso fue en épocas pasadas, pero mi capitán Fulgencio sólo obedecía órdenes de mi general Zacarías, quien ya nos esperaba en Cabecera para tomar por asalto al Vapor Del Carmen y de allí en dos días llegar a la capital, donde otro grupo de revolucionarios nos llevarían con el general Domínguez y la Brigada del Usumacinta. Allí haríamos justicia a la muerte del señor Madero y Pino Suárez, que por pendejos verdá de Dios se los tronaron, mira que nombrar el hijo de la tiznada de Huerta jefe de las armas.

Eran mis momentos más gloriosos, la revolución era justicia plena y nada más. Nos fundimos sin parar a Cabecera, trotando por orillas del Usumacinta; vaya que nunca había disfrutado tanto el paisaje del río, pese a vivir 23 míseros años a sus orillas. Pero era la gloria de la revolución, el corazón mismo de la gente del pueblo que aplastaba los restos del señor Porfirio, y qué digo sólo de don Porfirio, también de toda su tajada de secuaces y de su falsa modernidad, porque acá ni pa'l aceite del quinqué nos alcanzaba verdá de Dios. Ah, pero él sí que fue un indio culto, méndigo mixteco que hablaba en perfecto francés. Pero la plebe que se joda, todavía recuerdo esa entrevista con el infeliz gringo ese, donde rezaba que México estaba preparado, pero no concluyó el desdichado que preparado para los balazos, preparado para romperle su madre a él mismo y expulsarlo del país.

Vaya que los trompazos nos dejaron menso, me detuve a meditar y observar el majestuoso Vapor del Carmen que solemne navegaba por las aguas bravas del Usumacinta, con mantas gigantes en apoyo al pinche cacique de don Tomás Garrido, ahora Secretario de Agricultura el muy bandido, y dizque sus maestros racionalistas que, con pompa iban a recibir próximamente a mi general Lázaro Cárdenas para mostrarle el desarrollo de Tabasco, desarrollo la cresta de su madre, me había expulsado de La Liga

Palimpsestos de Tierra Húmeda

el muy desgraciado. Creo que la revolución sólo habitaba en el recuerdo de los míos, que por vida de Dios, ese año, era el año de nuestro señor, 1935.

Tras mis pasos, cuervos

Gloria Margarita Dávila Espinoza

—No nos verán más arrodillarnos —gritó Emiliano, dio tres giros con su caballo y partió sin rumbo.

La caballeriza estaría pendiente de su caminar, después de todo, los amigos de éste habían partido la noche anterior porque no deseaban saber más sobre humillaciones. El asunto estaba zanjado, había que arremeter con fuego y más fuego. Al partir le habían dejado un mensaje —*Emiliano, ahora o nunca, tú sabes a que nos referimos*—. Cuando estaba por llegar a la casa de Rodolfo, alguien lo detuvo y Emiliano Zapata gritó:

—¡La tierra es de quien la trabaja! Conseguiremos nuestro propósito, tendremos éxito pues apenas comienza la revolución y es mayo de 1911, por ahora todo está a favor de nosotros. Mientras hablaba, alguien le salió al encuentro.

—¡Alto ahí!

—¿Quién te envía?, ¿por qué me detienes? —Respondió Zapata completamente enervado.

—¡Alto...! ¿No oyó...?

—A Emiliano nadie puede detenerlo...

—No, no hemos venido a detenerte, sino a decirte que es menester que sepas las ambiciones de un amigo tuyo a quién le has dado todo tu corazón. Deja un momento tu andar, sabemos que te dedicas con alma vida y corazón a las fuerzas revolucionarias pero sería inútil luchar con un enemigo al costado porque al final te verías sólo..., y...

Palimpsestos de Tierra Húmeda

—Yo camino por mi pueblo que es lo que nos beneficia, mi vivir acá, y no hay más enemigos que aquellos que usurpan nuestras tierras.

—¡Ya lo oíste Emiliano... Ahora debes ir a casa de Carmela.
—Gritó otro compañero.

—¿Cómo?, pero si acabo de volver de Morelos y ella...

—Sí, eso mismo Emiliano, te quería prevenir de eso, debes confiar en nosotros y en lo que te decimos, ve a casa de Carmela, allá te aguardan muchas noticias.

—No entiendo lo que pretenden decirme.

—Emiliano, ni tu sangre derramada será capaz de servir..., antes bien, debes alistar tu vida para lo que viene. ¡Sabes que la revolución sin Zapata no es revolución!

Antes de retirarse le ofrecieron alimento y una alforja más con varias cajas de municiones.

—¡Tome mi general, una copa de licor!, lo necesitará ahora mucho más que antes.

Uno de los jóvenes que acompañaba a Emiliano tomó la delantera para apearse en la caballeriza de la familia Urrutia. Llevaba en su alforja una botella de tequila que uno de los campesinos le habían ofrecido y la que estaba destinada para el General Zapata, ignorando que este era abstemio.

—Díganle que él no debe confiar en aquella mujer. Comentaban entre ellos.

—No es posible conseguir lo que piden, él la ama tanto como ama a la revolución, hasta ha pensado en casarse con Carmela cuando todo esto acabe.

Cuando conversaban entró Emiliano y preguntó:

—No entendí lo que dicen..., pero sucede debo tomar mis provisiones y continuar mi camino, tengo que llegar a Cuereavaca, ustedes saben bien que el camino es largo y los campesinos querrán verme antes de las siguientes incursiones.

Ninguno dijo nada más y el ambiente se tornó tenso, era más que imposible abrir la boca. No querían herir a su líder de la revolución, pero temían por su vida. Los federales eran capaces de todo, sino ¿por qué enamorarían a la Carmela?

Después de casi dos horas de beber, Emiliano deseó continuar. Sus hombres eran peones de la antigua hacienda en donde él había nacido y no encontraban la manera de detenerlo. Le sugirieron que era mejor quedarse y proteger las armas que llevaba de la tormenta que se había desatado y reposar un poco. La jornada sería muy pesada y podía seguir su viaje antes del amanecer.

Al rayar el alba, los muchachos le prepararon una pequeña alforja más en la que pusieron provisiones para el largo viaje que le tocaba hacer y poder ver a su amada. Aunque el año anterior sus ojos habían estado prendados de Isabelita la hija de un campesino, hoy el corazón le latía por Carmela, la joven muchacha que perdió a su padre en la última incursión.

—Compañero, debe ya levantarse, que los gallos pronto empiezan con sus cantos y será difícil avanzar.

—¡Oh perdona!, me había quedado profundamente dormido, creo que es el cansancio y es que llevo tantas noches sin poder dormir.

—¿Quién duerme cuando monta guardia?

—Eso, precisamente eso es lo que pensaba decir, me quitaste la palabra de la boca.

Al atardecer y cuando la luna había salido y pincelaba el amor de par en par, llegó hasta la puerta de Carmelita; tocó una y otra vez y nadie contestó a su llamado.

—Señora Catalina, ¿no ha visto a mi Carmela?

—Emiliano...

—¿Dígame que ha pasado?, ¿por qué me mira como si fuera a ver a un fantasma?

—Y...

—¿Y?

—Es que hace más de doce lunas que no venía. No lo habíamos visto por acá.

—Pero ya hoy lo está haciendo, ¿no ha visto a mi Carmela? Cuando estuvo por continuar, se acercó a él otro más y dijo:

—Alguien más desea verte...

—¿Y a dónde ha ido ahora?

—Aún está en el pueblo y no sabemos cuándo venga, pero le dejó este rebozo y dijo que tú sabes lo que significa.

Emiliano bajó del caballo y lo tomó. ¿Cómo iba a olvidarlo? Aquel rebozo le traía hermosos recuerdos.

—¿Cuándo la podré ver?

—Perdona, pero no hay más que decir..., y ahora ¿nos podemos retirar?

Mientras Emiliano restregaba el rebozo de seda entre sus dedos los recuerdos se arremolinaron en su memoria y sus pensamientos hacia la Casa Hacienda de los Cárdenas y cuando estaba por entrar hacia aquel recinto, el graznido de cuervos al acecho le volvió a la realidad.

Emiliano estaba atrapado entre los amores de Isabelita, Carmela y la revolución y si tuviera que partirse entre ellos prefería la revolución, porque no había olvidado la forma cómo creció sufriendo los vejámenes de quien era el dueño de la Hacienda y que debía, de todos modos, entregar la tierra a quién las trabajaba.

—Esta noche debe aguardar a los campesinos porque estaban hartos de tantos engaños y humillaciones de sus patrones.

—A mí se me hace que no va a venir. Se me hace que son puros engaños. —El comentario asombró a los demás pero no les extrañó, Jacinto siempre se quejaba de todo.

—No, no puedes decirme que son engaños, nuestras luchas son y tienen un derrotero, nadie está errado, es para obtener lo que desde hace tiempo deseamos.

Se incorporó y a pesar de que el tono de su voz fuese otro y no el de siempre, su mirada rasgaba un brillo no acostumbrado. Emiliano Zapata jamás había mostrado tristeza. El profesor Emilio Vera le había dicho una vez que: Los hombres se diferencian de las mujeres en eso, precisamente en eso de no llorar. —Le dolía la desesperanza de su gente y era lo último que deseaba, que perdieran el entusiasmo y la credibilidad en la revolución. Se incorporó y mostró hidalguía.

Emiliano estaba próximo a ser elegido presidente de la junta de defensa de las tierras de Anenecuilco, y como estaba dentro de la jurisdicción de Morelos podría casarse con Carmela, aunque era muy caprichosa mientras que Isabelita, no pedía sino simple y llanamente ser la madre de sus hijos y eso era mucho pedir.

Efectivamente sólo distaba 10 kilómetros desde donde pernoctaron, Carmela se llevaría la sorpresa de su vida. Al llegar hasta la casita, la luz de la habitación de Carmela tenía una luz intermitente por eso pensó en darle una sorpresa. Entró por la puerta trasera porque deseaba producirle asombro. Aquella jamás sabría que después de partir volviera tan pronto.

Al entrar a la habitación quedó hecho trizas, parecía que la lucha no tuviera más sentido. Su alma había dejado de ser la suya, su memoria le trajo hasta el lugar imágenes atiborradas de las tardes en las que él y Carmela habían contado sus hazañas y por la que juntos lucharían, y era precisamente por ella que alineó sus pies hacia la revolución, porque había sido trabajadora de la hacienda e hija de un peón. Cuando pensaba proferir palabra alguna, Carmela dio vuelta. Ambos se quedaron mirando, ella jamás habría imaginado ese instante.

—¡Emiliano...!

—No, no digas nada Carmela, ya veo qué prefieres a otro hombre. Ya no tiene caso. Debo continuar con mi lucha.

—Es que no quiero que...

—Ya te dije mujer, sigue con lo tuyo, que lo mío es realmente la lucha porque nuestro pueblo consiga sus reivindicaciones y...

Emiliano acarició sus balas, aquellas que se encontraban de par en par entre la camisa que en cruz se alzaban, tomó su arma y también la acarició.

No fue por eso

Sergio RAM

Señor, cómo saberlo, si de niña mi pueblo era San Juan y ahora es una ciudad grandota y nada santa. Nací en medio de una vida tranquila, a pesar de las revueltas que sucedían por todos lados. Aunque mi padre alegaba que eso que llamaban revolución por aquí no había, sólo mandaban al que mandaba y ya, como siempre, en la casa y en todo lugar. Yo nunca viví la revolución. En cambio, experimenté en carne propia la persecución religiosa y el acoso a las mujeres. Pero no fue por eso que dejé de creer.

Los problemas para la familia comenzaron cuando llegó de gobernador “el Camarada”, como le llamaba mi padrino. Recuerdo que en la sobremesa, degustando una exquisita copa de coñac, según traída como lastre en un barco francés, él conversaba con mi padre sobre este hecho. Le decía que Obregón había enviado a don “Ése” a controlar la delicada situación política del estado. Mi padrino aseguraba que era necesario terminar con los levantamientos en el país. “Control de mierda”, respondió mi padre. Nunca me enteré qué iba a controlar don “Ése”, ni supe lo que quería decir “campaña desfanatizadora”, aunque supongo los motivos de la pleitesía de mi padrino, quien, por si fuera poco su servilismo, me pidió que nunca más le volviera a decir “padrino”, sino tutor.

Al cabo de unos meses, en el colmo de la aversión religiosa, el gobernador mandó a quemar unas pinturas sacras de San Juan Bautista y de la Virgen de la Purísima Concepción en la iglesia de

la Conchita. Junto con ellas ardieron estampas con oraciones y varios milagritos. Entonces quedo el silencio roto: “Les echaron leña en la explanada”, “Virgen del Carmen, ampáranos Gran Señora”, gritaba la gente alarmada por las calles: “El apocalipsis llegó”, “el infierno está aquí”. El bullicio fue enorme, el corredero parecía no tener fin, unos se envalentonaron con palos y piedras, pero el estruendo de los fusiles y uno que otro herido metieron el orden. La ya pequeña multitud se aconchó a las paredes llorando con los ojos pelones su desgracia. En la ciudad el escándalo acalló. Al parroco Pioquinto por arengar en contra del sacrilegio se lo llevaron sabrás Tú dónde.

Comentaron que a mi padre, ejemplo de valentía, no le fue tan mal en el borlote porque sólo lo metieron en la cárcel. Afortunadamente nada más estuvo unos cuantos días, pues mi padrino lo sacó de allí. Horas más tarde, abandonamos la ciudad porque lo andaban azorando unos hombres mal encarados. Toda la familia huimos, a pesar de la resistencia de papá.

Antes de salir de casa dejamos a mis hermanas con el tío Polo. A mí me llevaron en la fuga envuelta en una sábana blanca. Entre mi espalda y el lienzo iba escondida una imagen de la Virgen de Guadalupe. En las afueras de la ciudad un grupo de gendarmes detuvo nuestra marcha. Nos dejaron pasar al ver que yo estaba picada de viruelas, marcas hechas delicadamente con un trozo de carbón. Muchos pasos más adelante, ya con el sol enfurecido sobre nuestras cabezas, llegamos a una ermita guarecida en una barranca de Atasta y de allí nos dirigimos a Pichucalco, donde el gobernador no tenía influencia, con unos parientes también comerciantes como papá.

Volvimos a casa un par de años después, cuando ya no gobernaba don “Ése”, pero aún era el Mandamás. A quien no le llamó por su nombre porque le puso el Tuyo a un perro; por cierto, este animal fue al único ser que trató amorosamente. Pero te sigo contando. Al regresar mi padre me llevó salvando veredas intrincadas a la todavía clandestina ermita. Me causó un gran espanto la caverna convertida en capilla. Al fondo había un altar diminuto cuajado de palmas secas de donde colgaban tétricas imágenes de santos. Allí estaban San Joseíto y Nuestra Señora

del Perpetuo Socorro. A un costado de la entrada se encontraba una figura de San Juan Bautista pintada con colores ocres y, enfrente, una hermosa cruz de macuilí, cuyas vetas le daban un aspecto varicoso. El olor a cera quemada me hizo sentir que tenía chamuscado el pelo. No, no huelen igual, pero a la sazón eso se me figuraba.

La sensación repugnante me duró varios días, se me quitó cuando vi a mi primo con otros ojos. Ya no era el Mateo de los juegos, era *un algo* que me provocaba inquietud. Sin saberlo, veía en él, en *ese algo*, lo que yo quería ver: incitación en sus brazos de musculatura incipiente y una promesa en su pecho. Me reía de sus bigotes de borra y él se enojaba, lo que me daba más risa. No sabía bien a bien la causa de mi sonrisa, aunque me regocijaba su inexplicable nerviosismo. Después comprendí aquello que me provocó desasosiego.

Años más tarde, cuando volvió a ser gobernador, vi al don “Ése”, entonces me desvincijé. Él se mostraba imponente ante mis ojos. Su traje de charro negro con botonadura de plata brillante me causaba turbación en las entrañas. Los bigotes cortos, parejos y abundantes, debían producir chispas como el pedernal. Las exuberantes cejas abrazaban sus ojos profundos y bordeaban el abismo de su mirada. De piernas largas como las de un charro de cromo. Traía en la cintura una enorme pistola. Era el diablo, y su trinche tan desproporcionadamente grande como su maldad. Pero yo no lo sabía en aquel momento.

Nada más con advertirlo me dio comezón en el cuerpo, una presión extraña se concentró en mi seno y sentí que de mis huesos salían humores que se concentraban en el bajo vientre. No por eso le tuve simpatía, al contrario, la iglesia me inculcó miedo a todo lo que sonara demoníaco, eso es lo que manda la ley de Dios.

A ese hombre lo acogió Lucifer aún antes de morir. Una vez, al doblar la esquina, junto con mis hermanas le escuché decir que, para ser libres, era necesario destruir las raíces del virus religioso. “¿Cómo es posible que una persona en su sano juicio pueda leer la historia sin llegar a la conclusión de que la religión y el alcohol han sido las maldiciones más grandes de la humanidad?” Pronunció en voz alta al vernos, el muy canalla.

A pesar de que el miedo nos hizo cruzar la calle, alcancé a oír cómo su respiración se detuvo y cómo al instante lanzó un estruendoso bufido. Lo sentí casi en mi nuca, me lo figuré quemándome la ropa con su mirada y rayando mi espalda con sus bigotes. Todas aceleramos el paso. Al dar la vuelta, pegamos la carrera y no paramos hasta la casa. A nadie le contamos la experiencia por temor a una reprimenda, pero ya nunca salimos solas porque nada más de recordarlo nos temblaban las canillas.

Por aquel tiempo se organizaba un baile con motivo de las fiestas en honor a San Juan Bautista, a pesar del “Mandamás”, como se le decía al gobernador, y de que la ciudad ya tenía otro nombre: Villahermosa. Tenía mucha ilusión por asistir a mi primer sarao. Ya me hacía meciendo el cuerpo al candor de la noche con una falda blanca y una blusa bordada con flores. No sabía bailar, pero rápido aprendí con las amigas, allá en casa de mi madrina Rosa, ella era buena para el baile. Siempre nos decía: “Cuidadito muchachas con los hombres, esos sólo nos quieren fregar y después hacen como que la virgen les habla. Estén alerta cuando les pongan la mano en la cintura y las jalen hacia ellos, cuidado, allí está el trinche del diablo.”

Por la tarde llegó bravísimo papá. Quién sabe quién le contó al mandamás de estas tierras que nos estábamos alistando para un baile. Por ello, ordenó a mi padrino decirle que baile sano sí habría, que él organizaría uno bien grande “nomás para que las chulas de sus hijas le dieran gusto al cuerpo”, y de eso le habló. Por supuesto papá se negó, pero su compadre le aconsejó que asistiéramos. No, y no, fue su respuesta.

Al día siguiente se anunció con gran revuelo el dichoso baile. Ante el peligro que corríamos sus hijas nos íbamos a ir todos a Pichucalco con el resguardo de la noche. Sin embargo, al atardecer unos hombres con camisa roja se apostaron en los alrededores de la casa y en la bodega de papá. Recuerdo que jugaban tiro al blanco con unos tambos.

Al cabo de una semana llegó mi padrino con la invitación personal para que yo compitiera en un concurso de belleza y talento. Papá le pidió hasta la saciedad que interviniera ante el Mandamás para que ninguna de sus hijas participara en el evento.

Quizá un rasguño de compasión acogió a mi padrino, porque ya no volvió hablar de ello. Pero no fue por eso que calló, el muy sinvergüenza traía su cuento.

Yo estaba contrariada por la actitud de papá; pues cómo no, si ya casi estaba listo mi vestido para el baile de San Juan, que igual era útil para el del estado. Las tripas se me arremolinaron de coraje. Ya me veía con mi corona de flores y aclamada por todos, que era lo único que me importaba. Tanto, que a escondidas le comenté a mi padrino que a mí sí me cuadraba participar. Él alcanzó a balbucear: “Ay mi’jita”, y se tumbó en el sillón.

Papá no tuvo otra opción que llevarnos a la celebración, aunque no participé en el concurso. Cosa más grande el baile de coronación de “La Flor más bella”. “Diantres”, decía yo repetidamente. Pensar en que podría ser yo la aplaudida, me provocó un enorme enojo. A pesar de ni siquiera estar entre las participantes, los ojos del Mandamás estaban allí, agazapados, tocándome. Ya iniciado el baile, me pidió la primera pieza y no a la joven momentos antes premiada. A la familia se nos aceleró el corazón cuando el Mandamás solicitó permiso para bailar conmigo, pero no a papá que le respondió: “no es mi voluntad, es la de usted”. Qué podría hacer si la familia estaba en la mira.

Ya en el baile hice caso omiso de las enseñanzas de mi madrina Rosa, sólo ensoñaba. Sentí al diablo. A la par de la música yo trazaba figuras en el piso e ilusiones en la cabeza. Terminó la pieza y el Licenciado Mandamás me susurró: “Leoncita, “El Esfuerzo” es tuyo”. Yo no tenía manera de comprender sus palabras. No había modo.

Al llegar a mi asiento mi madre arrojó sin tapujos: Viejo sinvergüenza, coquetear delante de su esposa. Mis alas se quemaron instantáneamente como moscos en la lumbre. Papá permaneció muy nervioso y clavado en la silla. De momento se lo atribuí a su forzada abstinencia ética, más tarde intuí la razón.

El hombre amo y señor no sólo estaba empeñado en eliminar la religión o el alcohol, sino también obsesionado conmigo. Mi padrino con cautela me entregó una carta. En ella, el Mandamás me felicitaba por haber sido escogida como la representante de la juventud revolucionaria de Tabasco. Trataba de convencerme para

que me tomaran unas fotos, dizque para la propaganda del estado y mi “tutor” se prestó desinteresadamente a ser el conducto.

Además me dijo que para no darle un disgusto a papá lo acompañara sin decirle nada a nadie. Me cuenteó sobre la inmortalidad de mi belleza en las fotos y sobre el favor que le haría al estado accediendo a tan alto honor. Mi tonta vanidad se impuso a la cordura ¿pero qué se le puede pedir a una muchacha encerrada en cuatro paredes y como techo el miedo?

Con sigilo me subió en una lancha. Fui conducida río arriba durante horas. Me acompañaban cuatro remeros y una señora de aspecto espeluznante, quien al adivinar mis intenciones de escaparme carraspeó: “Machete, no te estás en tu vaina y ya vas a ver.” Supliqué, lloré, maldije. Nadie movió un dedo por mí. Raspé la inocencia de mis ojos a fuerza de arañazos.

Al cabo de un largo tiempo atracamos. Anduvimos un buen trecho hasta que al fin llegamos a una casa. Allí la mujer aquella de horrible aspecto dispuso para mí un baño de tina, aderezado con pétalos de jazmín. Me ordenó desvestirme todita, pues me iba a revisar entera. Me senté a llorar a grito pelado, era la única defensa que conocía. De nada valió, otras señoras me quitaron la ropa con violencia, me metieron en la tina, sujetaron mis brazos y piernas, mientras la desgraciada me auscultaba y toqueteaba mis intimidades.

Se dirigió a la puerta y algo le cuchicheó a alguien. Regresó y me hizo tragar unos polvos con una infusión de sabe qué. Sólo recuerdo que casi perdí la conciencia, tengo vagas imágenes de todo lo que me hizo. Todavía siento cómo me restregaba los pétalos en el cuerpo. En el pelo, otra señora me echaba sabe qué aceite. Permanecí un buen tiempo sola dentro del agua. Pasado un largo rato regresó nuevamente el ataque. Me tumbaron en una cama y la señora me repetía que ya era la hembra del patrón, que me dispusiera a dar gozo.

Aún siento sus manos rasposas en mi piel, aunque de sus instrucciones no tanto. Su insistencia era que yo debía sentir. Varias veces colocó sus dedos en mi intimidad y luego los restregaba en mis senos. Cuando me puse tensa me gritó que imitara a la culebra. En medio de la confusión, recuerdo que me

dijo: “Cuando sientas que tu hombre se tensa, aprieta todo tu cuerpo, sube tus piernas, abrázalo con tus piernas.” Una de las mujeres se trepó encima de mí mientras ella me jalaba las piernas hacia su cintura. Gritó: “¡Aprieta, aprieta!” Entonces me friccionó insistentemente entre las piernas. “¡Aprieta, aprieta, si no quieres morirte! Ahora, nomás acaricia agradeciendo el pan. ¡Acaricia!”, volvió a gritar. Me dieron un baño otra vez y me llevaron a una lujosa recámara. Dormí.

Me despertó el rostro embelesado de un hombre. Se me echó encima. En medio de la penumbra pude ver a un bruto, mis ojos se acostumbraron a la poca luz. Sentí cómo recorría cada espacio de mi piel. Besaba con furor mis pies, alisaba mi cabello. Me desprendía poco a poco de cada una de mis prendas. Sorbía mis senos, pellizcaba mis nalgas, retiraba mi aliento con su boca. Sus bigotes abultados cosquillaban mis entrañas. Lloré. Me hizo sus cosas bufando. De forma instintiva apreté cuando debía y volví a llorar. Resoplaba el hombre de tanto calor, decía yo, porque, ah cómo sudaba ese hombre. Posteriormente, no sé la razón, lo acaricié.

Señor, cómo podía saber lo que hacía. Perdón. Pero la bestia esa sí lo sabía, quizá por eso le resultaba deleitable. Su placer no era la satisfacción del instinto, sino el saber que causaba dolor. Creo que eso le daba poder, producir miedo le dio poder. Señor, no lo perdones, sabes lo que hizo.

El beso forzado me dejó su sabor interminablemente. Mi asco fue tan grande que me dio por escupir. Escupía y escupía todo el tiempo. Tanto me quedó la maña que hasta dormida alguna vez le escupí a la bestia. El hombre aquel era tan bestia como un buey, lo era en todo. Comía y embestía como un buey.

Al día siguiente, él me dio trato de reina. Pero yo quería irme con mi familia, estaba preocupada por papá. Salí sola al jardín y lloré. Lo maldije todo. Me sentí sucia a pesar de que él siempre expresó admiración por mi piel sedosa de tinto tierno. Durante horas y horas la acariciaba sin descanso. Bosquejaba arabescos en mis muslos. Sus labios humedecían mi espalda. Las yemas de sus dedos se paseaban por la selva hirsuta. Sorbía con ansiedad. Cuando yo era una culebra acicalada, él montaba con

brusquedad. Jadeaba y se extasiaba con mis lamentos. Terminaba como tormenta de verano. Encendía un cigarro de hoja y aspiraba profundamente, mientras yo le acariciaba el animal yacido.

Viví cautiva varios años. Alguna vez llevó a sus amigos para una velada. Leían poemas contra la religión. El Mandamás decía que quería erradicar el “fanatismo” y entronizar el “racionalismo” en la mente del pueblo. Ellos manifestaban buscar la libertad. Sin embargo, yo entendía perfectamente que se suprimía injustamente esa libertad que tanto invocaban. Lo leí en los ojos de los jóvenes irascibles de camisa carmesí que lo seguían como a un dios.

Hacia el Mandamás siempre sentí odio, pero le tuve miedo. Por eso tontamente hacía todo lo que decía la vieja bruja. En alguna ocasión me enteré de la Feria y quise ir con mi señor, pero ella me paró en seco, señaló que mi obligación era tenerlo bien comido y bien cogido, “por eso eres la ama de este lugar”, sentenció. Entonces me negué a seguir sirviéndole, nada más dejaba que se me echara encima. A la mañana siguiente la bruja me espetó: “No, Chelita, no eres la señora del señor, esa está en la ciudad, y sirve para tener hijos y para las cosas de sociedad; por eso ella no debe de moverse ni en la cama. Pero tú, mi’jita, no; tú eres la hembra.” Limpié el sueño de mis ojos.

Algunas mañanas, acicalé al Mandamás. Llegué a afeitarlo. La hoja de la navaja era fría. Pero no pude dejársela ir en su garganta, no éramos de la misma calaña. Ese día me dijo que lo habían ascendido a Secretario de Estado con el presidente Lázaro Cárdenas, que ya no estaría frecuentemente conmigo, pero que era tan buena que en cuanto pudiera iba a mandar por mí. Ya no lo volví a ver. Pero no fue por eso.

Hasta ese momento me aterró el futuro. Caminando por entre el montazal me encontré un cuerpo ensangrentado, estaba siendo atendido a escondidas por unos lugareños. Se trataba de un hombre a medio morir que llevaba aferrado entre sus brazos el conocido Cristo de macuilí. Los labriegos me dijeron que era un sacerdote de nombre Fidel. Aproveché que ni la bruja ni sus secuaces se encontraban en la casa para esconderlo en la troje. Lo curamos como pudimos. Los chocos agradecieron mi gesto y guardamos celosamente el secreto.

En un par de semanas, el cura se restableció de la paliza que le dieron. Una noche la pasamos en vela platicando a pesar de mis súplicas para que descansara. Le cambié el vendaje mientras me ponía al tanto de las maldades del Mandamás. Entonces supe de la muerte de papá. La gente dice que murió en la cárcel de una borrachera, pero asegura el padre que fue por su bendita obstinación a renunciar a su fe, por eso le llenaron la panza de licor hasta reventarlo.

Más que por la fe, quizá papá murió por su testarudez, fue su necedad a no dejarse dominar lo que me heredó a mí. Eso creo yo, porque qué le costaba seguir a escondidas con el culto, si con eso iba a seguir manteniendo la fe en los demás, y finalmente eso es lo más importante. No, el orgullo es más grande que cualquier razón. Volví entonces a llorar. También dicen que mamá murió de tisis, pero yo sé bien que ha de haber sido de tristeza o lo más seguro que de coraje. Mis hermanas se casaron y se fueron a vivir lejos. En cuanto a mí, ya ves, nunca regresé a casa, me quedé a vivir sola y vituperada en Chiapas. Entonces me sostuve tejiendo chambritas para los hijos que nunca parí. Las penas me curtieron de las picaduras de nauyaca.

En mi lamento estaba, cuando nos sorprendió la bruja. De puta no me bajó y mandó a encerrarme en un cuarto. Ordenó que al padre lo metieran a la cárcel, por tomar lo que era del Licenciado, creo que la vieja no lo reconoció como cura. Pero uno de esos de camisa roja sí y se le echó encima denunciándolo. Logró zafarse en la confusión y corrió a la maleza, entonces lo persiguieron. Yo me solté de mis captoras y salí huyendo tras él. En un cruce, unos chocos nos dieron unos caballos del establo, una bola de pozol y le dimos duro para la sierra.

Ya lejos, llegamos a una chocita, dejamos los caballos y abordamos un cayuco con la esperanza de salir del estado por el río. Al amanecer del siguiente día atracamos y descansamos en un poblado que según ya era Chiapas. “Nos escapamos” celebramos ambos con un abrazo efusivo. Comimos hasta saciarnos. Vi una guitarra vieja y rasgué unos sonidos aprendidos cuando niña, canté para sacar los nervios. La guitarra no sonaba tan mal, incluso como que tenía un sonido semejante al agua dulce contra la roca

en época de estiaje. Sí, un poco como el lamento del Espíritu Santo en Sodoma.

De pronto llegaron los lugareños a pedirle al padre sus servicios porque había un hombre moribundo. Fidel rápido se dirigió a dar la extremaunción. Desde la lejanía vi que veladoras y varios cacharros con incienso abundaban en aquel lugar. Al tiempo que la luz agonizante danzaba con perturbación, escuché oraciones exaltadas, entonces de la casucha pringaron clamores de congoja. Sombras rezaban y le lloraban al, por fin, muerto. El olor a incienso que se escapaba de la casa del difunto era penetrante.

Mi compañero de aventura regresó exhausto. Me acerqué a confortarlo y nos dispusimos a dormir. Pero en medio de la noche el calor no me lo permitía. En el petate de la choza algo me inquietaba. Fui por agua. El ruido tal vez despertó a Fidel. Quedamos cara a cara respirando agitadamente. Yo no resistí y lo abracé con fuerza, los besos sucedieron espontáneamente, uno tras otro. Su ansiedad me desconcertó, la mía más. Parecía que la abstinencia había sido larga, muy larga. El deseo a fuego blanco trepana cualquier pasión y exalta el amor. Los cuerpos chasquearon en cada abrazo. Estábamos embebidos de incienso. Él era un remolino y yo un torrente que se rehundían en medio de la humareda del incienso. Nos fundimos y nos fundimos hasta perdernos en el éxtasis.

El despertar fue una dura caída libre. Las miradas se volvieron esquivas y las palabras hicieron mutis. Durante todo el día se aposentó el silencio entre los dos. Sabíamos de nuestro desliz, pero no nos decidimos a reconocernos como distintos a ayer, ni tampoco a expiar. De nuestro marasmo nos sacó una partida de soldados que buscaban a un cura y a una prostituta. “¡El Cristo!”, exclamó con alarma el padre. Metimos el crucifijo de madera dentro de la guitarra. Huimos con la cruz escondida en las alas del canto de los cenizontes.

Durante el trayecto le sugerí a Fidel escaparnos a un lugar desconocido. Le exigí reconocer que me amaba tanto como yo a él. Le rogué que nos fuéramos para Tuxtla o para Guatemala a hacer una nueva vida. No volvió a pronunciar una palabra. Alcanzamos Pichucalco sin más sobresaltos. Él colgó los hábitos y se marchó.

Nadie jamás supo de él. Yo quedé perturbada. Fui a buscarlo a la iglesia, pero un sacerdote me dio con la puerta en la nariz. Mas no fue por eso que dejé de ir a misa. Tampoco dejé de ir porque colmé mis oscuras soledades con destellos espontáneos. No, no fue por nada de eso, sino porque cada vez que huelo el incienso de las iglesias, el recuerdo me avasalla. Pero afortunadamente me apropié del Cristo de macuilí para no perder la fe.

En la mañana de hoy, o de ayer, no sé, menuda niebla hacía confusa la claridad que empezaba. Un cierto olor conocido trastocó mi nariz con fragmentos de evocaciones persistentes. Unas leves gotas de agua golpearon el cristal de la ventana, fijé mi vista y noté el rostro de Fidel. Me acerqué a contemplarlo. Lentamente arrimé mi rostro mientras él hacía lo mismo. Mis labios temblaban. Deposité uno de mis besos más tiernos. Un trueno impreciso me obligó a abrir los ojos. Vi mi cara. Me aterró hasta la locura. Era yo misma y nada más. Por primera vez miré los pliegues de mi faz, arados con amargura. Al quedarme inmóvil en un rincón comprendí, en la separación del cuerpo y el alma, que nada es como Tú mandas.

Retratos de familia, así como noticias del inquilino de la familia Sotarriva (1920)

Vicente Gómez Montero

La siguiente imagen es en la boda de Lola y Juvencio. Allí está, murmura mi madre un poco más tranquila mientras se la muestra a mi padre. Papá siempre dijo que mi madre exageraba. Pero en esta ocasión no. Ahí está. Se lo ve, se lo distingue por entre el grupo de invitados cercanos a la pareja. Allí, como vigilándonos, a los otros. Como si supiera desde una memoria ancestral, que la familia Sotarriva iba a unirse a los Bretón en algún instante. Aunque no era este instante. Lola y Juvencio se casaron un atardecer de enero, hace ya muchos años, todavía por la época en que los caudillos peleaban un poder malhabido. Juvencio trabajó toda su vida en el ferrocarril, abarcaba lugares y momentos trasladándose de una ciudad a otra. Era bonito estar a la medianoche en Veracruz y a la mañana siguiente en ciudad de México. Era como si en la duermevela las cosas cambiaran de lugar. Lola se quedaba aguardándolo en compañía de las dos Rosas y su hermana Aurora. La primera Lola ya había muerto así que mi tía Lola, la segunda, era la matriarca de la familia en ese instante, como después lo sería al unirse Alarife, mi padre, a la familia.

Su hermana Aurora y ella fueron muy bellas de jóvenes, pero la pérdida pronta de su madre, el tener que cargar con Rosa la chica, que después, a la muerte de la otra Rosa, sería la única Rosa, las hicieron doblegarse en una vida misteriosa de trabajo y formación a chingadazos. Mi escuela fue el suelo y la universidad el lavaplatos, pues ambos, suelo y platos, tenían que quedar bien

pulidos para cuando la patrona llegase de la comida, el sarao o la ingesta de té, nos decía tía Lola mientras nos obligaba a comernos unas cosas horribles que ella hacía con sus propias manos. Correosa, alta, era una palmera siempre doblada pero jamás caída, Lola pronto se avejentó y se hizo mujer. Apenas una panza se le notaría después cuando los hijos aparecieron en su vida. Apenas unos ojos verdes quedaron de la muchacha quejumbrosa que lavó y pulió los curiosos ladrillos, las elegantes salas, los acolchados sofás de las casas más linajudas de la ciudad. Apenas unas manos llenas de callos con que endulzaba el mole y salaba los pasteles. Al triunfo de la Revolución, fue de las familias de ingresos asegurados y en la historia entresacada de sus pocos momentos de educación formal, poco podía ella hablar, para bien o para mal, del caudillo y aquel gesto generoso cuando le envió un ramo de flores a su madre, la vieja Lola.

Juvencio sí recordaba al caudillo. Muchas veces, entre los recovecos del viaje en tren, lo había visto leyendo el periódico y departiendo con una bola de viejitos. Los malquerientes del caudillo llamaron Científicos a los viejos, no eran otros que sus asesores en materia social, política y económica. Es más, una tarde corrió para llevarle un habano de los que vendían en la estación, pues el caudillo exigía le dieran uno de inmediato. Juvencio se apresuró a cumplir las exigencias del presidente Díaz, le dio el habano, recibió un gruñido malhumorado del anciano y en la tienda de la estación le cobraron el cigarro en cuanto volvió el tren. Nunca nada a los poderosos, se dijo, haciendo de esta su divisa; ésta lo metió en un tremendo conflicto algunos años después.

Era ya la plena etapa de la búsqueda de la reconciliación. Gobernaba un presidente de ralas barbas blancas y lentes oscuros redondos. Era casi tan patriarcal como el poeta Arcadio Zentella pero menos brillante. Motivos electorales hicieron salir de la ciudad de México al nuevo presidente de las barbas patriarcales en un éxodo debiendo ponerse a salvo en Veracruz. Se iba, llevándose el gobierno a cuestas emulando la hazaña de aquel otro presidente, aquel indio de Guelatao, pero en circunstancias muy distintas. El presidente de luengas barbas debía recibir en Veracruz los

auxilios del coronel Guadalupe Sánchez. Éstos consistían en un ejército y pertrechos para el cuidado y guardia del presidente. Juvencio conoció al coronel Sánchez pues éste tomó el tren ordenando tajante: A Puebla. Así lo hicieron pues los tremendos años de la Revolución enseñaron a Juvencio a no discutir con militares, menos con aquellos de cargo. Con los hombres de Villa, de Zapata o de los nuevos militarotes, Obregón y Calles, mejor ni levantar una pestaña. Pero cuando supo que el coronel, a quien por cierto, cuando se ponía nervioso, le daban unos succulentos *tics*, haciéndolo bailar uno de los ritmos de moda, llevaba el tren para salvar al presidente de las barbas y los anteojos, no lo pensó más. Comenzó a retrasarlo siempre con una excusa de carácter técnico –falta de agua, de presión, de maquinista, de porteadores, de gente de la fábrica. Las muecas del coronel no se hicieron esperar. El coronel recurría a excesos fenomenales de contorsión cuando empezaba a desesperarse. Pareciera bailar un *jitterbug*, una zarabanda o un imparable charlestón.

Juvencio se divirtió a más no poder con la danza con que premiara la exactitud y aventurada disposición del coronel Guadalupe Sánchez. Además, cumplía con su divisa a lo pirro y socavaba el ánimo de los poderosos. Por desgracia, al llegar a Paso de ovejas, encontraron a varios soldados del ejército del presidente. Huían del asedio del general González, cuyos esbirros habían matado al presidente de las luengas barbas y los lentes negros y ahora proclamaban al general Obregón presidente del país. Qué forma de correr, pensaba Juvencio viendo huir a los soldados, a otros pasarse al bando contrario y a otros más repetir el curioso baile hipernervioso del coronel Sánchez, sin saber si el bataclán se les daba o no.

Hasta oír el corrido (*Si vas a Tlaxcalantongo,/ procura ponerte chango...*) entendió que el retraso del coronel bailarín había provocado la muerte del viejo presidente. Tener la sospecha de si matamos a alguien es tenebroso, díganlo si no Macbeth y Raskolnikov, pero saber que participamos en su muerte sin deberla ni temerla, es aun más tenebroso pues descubre en nosotros verdaderas dotes de sicario mismas que nos acompañarán toda la vida. Eso le pasó a Juvencio. Llevó con aprensión ese peso muchos

años hasta que, gracias a la lectura de Dostoyevski, ya con tres hijos mayores, lleno de nietos y sobrinos, nosotros, mi hermano y yo, viviendo a pocas casas de la nuestra, Juvencio se decidió a escribir la historia del caudillo, del asesinato del presidente de los anteojos y del coronel danzante. Primero dijo a mi padre: Tengo la oportunidad de usar el cuartito aquel de marras. El mismo donde ahora vive el hombre de las fotos. Y se encerró a escribir durante varios meses.

Lola decía que había enloquecido y mucho más lo creyó cuando Juvencio apareció una mañana con los cabellos revueltos y una rala barba como de quince días, diciéndole que iba a ser tan famoso como el poeta Bastar, o el poeta Pellicer, arrojando un mamotreto de doscientas cincuenta cuartillas a los pies de su esposa. Lola se puso tan furiosa, dando patadas contra todas las puertas, mismas que se abrían apenas veían el pie del visitante. Reclamó a Juvencio su desapego a los problemas de la casa. Mientras escribías tus babosadas, le dijo, Rosa la chica huyó con un marinero norteamericano, Antone Pérez, a quien se dio por perdido durante la guerra. ¿Cuál guerra?, preguntó Juvencio. La última, tonto de capirote, remedaba tía Lola.

Ella y Rosa habían iniciado un curioso estira y afloja pues la comida, con el ya exiguo sueldo de Juvencio, no alcanzaba para todos. O comían nuestros hijos, Berta, Martha y Juve, además de tu sobrinita Felisa, o comían ellos, los hijos de Rosa, Toño y Margot, volvía a decir Lola. Por eso, Rosa se fue, huyó de la casa con sus hijitos pues no pudo aguantar la tremenda presión de doña Lola, dispuesta a defender sobre todo y por todo, a sus vástagos. Rosa se refugió en el trabajo, como buena madre soltera, pues Lola siempre le negó la viudez, siempre habló de mi sobrina la abandonada. Juvencio hacía hasta lo imposible por reunir las nuevamente, pero siempre era peor, pues los sarcasmos de doña Lola eran violentos, succulentos, hijos del rencor o de la envidia. Con el tiempo se reconciliaron aunque fue después del susto mayor que se llevara Lola pues una mañana, con el canto de los gallos y un marido emborronando cuartillas a dos manos, Juvencio era ambidiestro, tocaron a la puerta. Cuando Lola abrió, encontró pintiparado al marinero Antone Pérez.

El grito que dio Lola fue famoso. Famoso porque fue escuchado por seis manzanas a la redonda, porque hizo que Juvencio nos pidiese, a nosotros, mi hermano y yo, que le rogásemos a tía Lola que no gritara tan fuerte, porque hizo que Lola se esmirriase hasta el aplanamiento pertinaz de sus arrugas, porque la vida del barrio se dividió a partir de ese instante en “antes del grito de Lola” y “después del grito de Lola”, según dijeron las vecinas. Y lo más curioso, tía Lola dio el grito porque creyó que veía al fantasma de Antone Pérez, que tantas veces había matado en sus enconadas discusiones con Rosa. El marinero venía, después de un violento ataque amnésico, a buscar a su esposa y a sus hijos. Y claro, él la dejó con tía Lola y con Lola esperaba encontrarla. Cuando supo de la batalla familiar desencadenada a su partida, tomó el asunto con toda filosofía, llevándose con él a Rosa la chica, a Toño y a Margot a dar una vuelta por el mundo alejándolos de nuestra vista con lo que termina la historia de tía Rosa, al menos en estos instantes.

Juvencio, entre tanto, envió su novela a un famoso editor sentándose para esperar, copa de oporto en mano, que la publicasen y se hiciera millonario. Nunca lo fue. Es decir, nunca fue publicada y él jamás se volvió millonario. Culpaba al correo, a la lejanía de Veracruz con el gran mundo literario, a las insidias del poeta Bastar Sasso pero lo cierto es que sus cuitas en la muerte del presidente aquel, nunca fueron editadas.

Ahí volvió a aparecer en nuestra familia para espanto de tía Lola, pues se puso a vivir en el cuarto, el de servicio, pergeñando algunas notas, así como poco antes lo hiciera tío Juvencio. Una mañana, regresó tío Juvencio al cuarto y se molestó enormemente al encontrar un libro de ensayos titulado *Letras panurgas* donde había un capítulo intitulado *El disfraz desnudo. Una aproximación a El rey viejo, de Fernando Benítez*, firmado por un tal Anuario Liberio no sé qué. Juvencio siempre creyó que el ser malvado aquel, traído a la familia por el esposo de su sobrina Felisa, mi madre, era quien había birlado su manuscrito enviándolo a alguna editorial de renombre para la publicación apropiándose de aquella novela suya del momento en que provocó la muerte del presidente en Tlaxcalantongo, plagiando la imaginación

juvenciana. Reclamaba a mi padre con estruendosas voces de vieja herradura cascada. Papá era muy paciente pero le llenó tanto el hígado de piedritas, terminando la fiesta mandándolo a freír espárragos. A ambos, a tío Juvencio y al curioso habitante del cuarto. Por eso, tío Juvencio vio con recelo a mi padre y cobró rencor al saber que ese ser, el del cuarto, venía con generaciones y generaciones de Bretones, de Veracruz a San Monté. Por eso, siempre escuchábamos decir a Juvencio: Ya se nos vino a meter a la casa. En nuestra infancia, mi hermano y yo pensamos que se refería a papá. No fue sino hasta mucho después que supimos que hablaba del misterioso personaje, ya cuando había muerto siendo imposibles las disculpas.

Bajo la sombra del Cristo

Daniel Peralta Guzmán

Bajo un techo de láminas y entre dos gruesas vigas donde el polvo permanece camuflado, cuelga una hamaca descolorida y algo deshilada. En su recurrente meneo hace ¡Ric, rac!, ¡ric, rac!... En ella, una anciana vestida de bata blanca está tendida boca arriba. Sus ojos fijos en la penumbra de lo alto, seguramente ya no distinguen los nidos de telarañas que arriba cuelgan por todos lados. Su corazón quizás lo presiente porque tiene las manos sobre el pecho como si temiera que un bicho horroroso fuera a caerle encima. Tiene la cabeza sobre una almohada. Los dedos de sus pies pálidos se asoman entre los hilos, mostrando en el viaje columpiado unas uñas largas como de gallina vieja. Tiene noventa años según nos ha contado Marcos. Estamos en casa de él.

—¡Es mi abuela! —dice—. Para caminar necesita ayuda. Casi no ve pero cómo oye. Reconoce la voz de mi hermana, la de mi cuñado y la mía, desde luego. Tiene además buena memoria. Por eso habla mucho. Ella ha sufrido varias enfermedades pero nunca ha padecido cansancio de la lengua. Incluso se pone hablar a solas si nadie le hace caso. En el día la hamaca es una lengua que se mece siempre. Afortunadamente por las noches enmudece.

— ¿Y de qué tanto platica la viejita?

—De todo lo que oye. Cuando la ignoramos habla de Tomás Garrido. Entonces la escucho porque admiro a ese hombre. Fue gobernador a comienzos del siglo pasado. Un cabrón.

—¡Maaarco, Maaarco!— El gemido de la anciana interrumpe una vez más la conversación. Marcos baja su cerveza al piso mirándonos con cierto disgusto en el rostro; apoya para

levantarse una mano en cada pierna como si necesitara de un impulso. Después seca sus labios con la palma de la mano izquierda y se aleja despacio de donde estamos acá en lo oscuro. Cada uno se sentó sobre una lata de cargar arena. Desde aquí vemos a Marcos mecer a su abuela. Me resulta extraño verlo metido en estos cuidados familiares. Tal vez porque él es alto, corpulento, tosco, de voz fuerte. Lo débil y lo viejo no parecen ir con su físico y carácter. Tiene 30 años.

Oímos cuchicheos pero no comprendemos ni una palabra. El sonido del ¡Ric, rac!, no lo permite.

—¡Tráete de pasada otras! —grita Chan. Su voz me saca del apendejamiento. Nuestro valedor está de espaldas al refri. Nomás se da media vuelta y saca las chelas. Veo escapar presurosa una luz fría que ilumina el rostro de Marcos. Yo alcanzo a sentir cómo esa frialdad seca su frente.

—Sólo tres porque tu primo el Perrucho ya quedó timbrado —grita de nuevo Chan.

Es cierto. Observo al Perrucho ya no sé si medio sentado o medio acostado, porque está con la cabeza caída, las manos colgadas al suelo y profundamente perdido en alcohol. Como es chaparrito y delgado, parece un muñeco de ventrílocuo que olvidaron encerrar. Me río por unos segundos al verlo así, pero dejo de hacerlo cuando recuerdo su pasado. En verdad tiene una historia de perros. Hace apenas semanas que regresó con los ojos desorbitados de las Islas Marías. Purgó allá una condena de doce años porque una noche azotó contra la pared a su bebé. Unos lenguas largas de la vecindad contaron haber oído el golpe craneal. El Perrucho dijo haberlo hecho porque el niño lloraba en la hamaca con necedad y no lo dejaba pensar. Para su buena suerte tenía tiempo que no distinguía entre libertad y prisión. A cualquiera se le seca el cerebro de tanto oler Resistol 5000. Ahora tiene 33 años, pero un crimen así debe doler en la cabeza toda la vida.

Marcos nos trae las cervezas bien helodias. De inmediato regresa a encender el foco de la cocina. Su pobre luz sólo forma sombras débiles que me deprimen. Con los párpados pesados miro una silueta que se arrastra por debajo de la espalda de

la anciana. Se arrastra y se entrelaza con otra sombra arrojada también en el suelo. Es la silueta ennegrecida de un Cristo de cerámica colgado en la pared. Fijo la mirada en esa figura un instante. Tiene ensangrentada la frente, una costilla, los pies, las manos, y cuelga de los brazos extendidos con la cabeza caída. Todo esto me hace observar de nueva cuenta al Perrucho.

Cervezas más tarde hago mención de que ese Cristo allá arriba nos está mirando con disimulo a cada ratito por si acaso nos vomitamos. Y ellos se ríen de la mamada que digo. Marcos agrega que debe ser porque le tiene miedo a las alturas. Un leve golpe en la pared le bastaría para venirse abajo, dice. Y sonriendo recomienda no tropezarnos con nada en cuanto nos paremos a orinar. Y volvemos a soltar la carcajada.

La puerta trasera de la casa permanece abierta. Se alcanza a ver el patio desde aquí. Al fondo, el blanco inodoro del baño se percibe a pesar de la noche ya sentada sobre él. En el umbral hay un charco de agua que parece brillar. Lame a la derecha un pedazo de madera donde están apilados varios sacos de cemento. Da la impresión que el de arriba fuera a caerse. Los cuento de a balazo y sumo siete. Es entonces que me acuerdo de los sacos desaparecidos en la obra.

Seguimos sentados a la entrada de la casa, entre dos camas que son las únicas de aquí. Justo en medio del pasillo. El piso es de cemento. Por eso la cerveza derramada parece orín. Marcos fue por un trapeador y, para bajarle un poco el fastidio de tener que limpiar, apenas lo veo de vuelta le pregunto:

— ¿Oye, valedor, y tú dónde duermes?

—Allá donde chinga la ruca...

Estaba pensando en la intimidad de la hermana con su esposo pero dejo que mejor interprete la pregunta a su manera.

—En el día la acostamos siempre ahí. En la noche ruega que la llevemos a su cama. La hamaca le provoca pánico. Teme morir en una. Es un miedo que arrastra desde joven... Cuando menciona la palabra arrastra yo volteo a mirar una sombra... Los soldados de Tomás Garrido balacearon en la hamaca a su primera familia. El esposo adormecía sobre su pecho al niño de tres años. Mi abuela se estaba bañando cuando aquéllos entraron. Para

su fortuna, antes los baños se hacían varios metros retirados de la casa. Eso fue lo que salvó a mi abuela. Garrido impuso una educación laica en el estado y suprimió todo culto y fiesta religiosa. Incluso los nombres de todas las escuelas, rancherías y pueblos, pasaron a llevar sólo nombres de héroes patrios y ya no más de santos. El marido de mi abuela fue un católico que practicaba la adoración nocturna... Pero si aquella familia no hubiera muerto yo no estaría aquí con ustedes. Mi abuela me llama hereje porque le he dicho algunas veces que hubiese querido vivir en tiempos de Garrido y haber sido parte de Los Camisas Rojas.

—¿Y esos quiénes fueron? —, pregunto.

—¡No mames, unos hijos de la chingada! Grupos paramilitares de Garrido. Se encargaban de deshacer toda clase de rezo. Quemaban las imágenes de santos. Vaciaban las iglesias. Corrían a los curas. Reprimían cualquier protesta y fiesta religiosa. Además andaban armados por aquello del desmadre.

—¡Maaarco, Maaarco! —Nuestro valedor se pone de pie rápidamente, pero ya no se le mira caminar igual. Mientras mece a su abuela él también se deja llevar del penduleo de la hamaca. Ese ruido lloriqueante del ¡Ric, rac!, llena de sopor el ambiente. Chan como que comprende el asunto y comienza a tararear una canción a ojos cerrados, moviendo la cabeza de un lado a otro. Es una canción a la cual le conozco la tonada pero no la letra. Aún así simulo cantar con él.

El Perrucho sigue bien timbrado. Cuando intento pararme para ir a orinar casi caigo de un sentón. Las piernas ya me pesan. Camino lo más erguido que puedo en dirección al baño. Agacho cabeza y espalda cuando paso debajo del brazo derecho de la hamaca, digo derecho porque si volviera de regreso sería el izquierdo.

—No vayas a moverla con tu cabezota cuando vengas de vuelta. Me dice nuestro valedor, cuando paso justo detrás de él. Con mejor control por la advertencia, llego sin tropiezos. Bajo la cortina y observo que no hay ningún techo. Es sólo el cielo de Villahermosa que cubre el baño. Un aire fresco sopla sobre mi cabeza bajándome el calor que siento dentro de la casa. Y entre que se me baja el calor y se me sube la cerveza comienzo a sentirme mareado. Pero estoy consciente de lo que veo y oigo.

Cuando regreso, Marcos conversa a lo bajito con Chan.

—Le estoy pidiendo a nuestro amigo que nos haga un favor —me dice—. Tú sabes que el velador se lleva mejor con él que con cualquiera de nosotros tres. Si Chan quiere, podríamos seguirla allá en la obra. La abuela me está amenazando con acusarme para que me corran de la casa y no tengo dinero como para rentar un cuarto.

—¿Cuántas quedan en el refrigerador? Pregunta Chan.

—Seis—. Responde Marcos.

Ambos con los ojos rojos buscan una opinión que salga de mis labios a favor o en contra de la propuesta. Yo asiento y los demás comprenden.

Marcos nos dice que lo esperemos afuera, pero Chan me manda a sacar el resto de las cervezas. Al pasar junto a la hamaca escucho claramente a la abuela quejarse bajo la sombra del Cristo:

—Le voy a decir a tu cuñado que te emborrachas en su casa cuando se va de viaje y que además te gastas en trago el dinero que me deja. En tiempo de Garrido no había borrachos... tú eres un alcohólico, un vago, un hereje...

Estoy mirando los ojos de nuestro valedor. Le escurren algunas lágrimas. Deben ser de rabia, ni duda cabe. A Marcos nunca lo he visto llorar por nada. Termino de sacar las cervezas y me alejo. De pasada le doy unas palmaditas en el hombro al verlo con el rostro levantado hacia el techo.

—Nomás duermo bien a la abuela y salgo. Acuesten al Perrucho en cualquier cama y déjenlo allí.

Levantamos al primo fácilmente. No pesa mucho ni estando inflado de tanta cerveza. Lo dejamos acostado boca arriba con las manos extendidas. Después palmeo a Chan dos veces en el hombro apurándolo a salir. Yo miro hacia atrás para ver si olvido algo. Entonces me doy cuenta que la anciana solloza. Marcos le balbucea algo al Cristo. Se lo queda viendo, como orando. Voy saliendo por fin cuando escucho un sonido hueco que retumba por toda la casa. Es un sonido que me recuerda el rumor sobre el pasado violento de Marcos. Me vuelvo y le pregunto a nuestro valedor:

—¿Qué fue eso?

—Se cayó el Cristo.

Echo una mirada hacia el fondo y verdaderamente lo veo sobre el piso, partido en dos. La sangre de sus heridas se ha derramado rápidamente por debajo de la hamaca y forma un charco que brilla ya no sé si por tanta sombra o por tanta luz. Toda esa sangre juntándose me hace recuperar un momento la sobriedad. Además ya nada se balancea igual. Marcos se da cuenta de eso porque de manera tosca me jala los cabellos con una mano y con la otra sujeta mi mandíbula. Me obliga a mirarle los ojos.

Con Chan ya esperándonos afuera, levantamos de aguilita al Perrucho y a prisa lo acostamos en el piso debajo del brazo derecho de la hamaca. Después nos alejamos tan rápido que a mi cuerpo eso le resulta muy extraño. Marcos me da unas palmadas en el hombro izquierdo para que levante la mirada. Entonces comprendo. Su mano me sofoca gravemente con una pesada lealtad.

Bajo la noche ebria de estrellas la gente no quiso mirarnos. Yo juraría que hubiese bastado la mirada de algún desconocido para que todo mi cuerpo se hubiera venido abajo. El alcohol nos acompañó unas horas más y despertamos al mediodía en casa de Chan con las lenguas bien reseca. Desde cuerdas atrás nos llegó la noticia. Pero no fue sino hasta entrada la noche que aparecimos en el lugar del crimen como un grupo de moscas. Ya fue que con el permiso de las autoridades, Marcos y yo descolgamos al Perrucho con todo y hamaca.

Polvo sobre polvo

Luis Acopa

Nadie hubiese creído que en una de las galerías del Instituto Juárez, donde se exponen cuadros de autores relevantes y mediocres, ocurrieran sucesos que el visitante habitual ignorase y que ahora, dado lo acontecido, fueran temas de cafés, pláticas de pasillo, messenger, incluso parte del nuevo atractivo de esta construcción estilo neoclásico tardío, recoveco del ansia europeizante de finales del siglo XIX en México.

El lugar de los extraños sucesos es poco conocido, a pesar de su ubicación en la región sur, a 10 metros del nivel del mar, acompañado de la pertinaz humedad que todo lo enmohece y carcome. El edificio ha conservado su estilo original, incrementado su tamaño, albergando nuevos pasillos, salones, salas, arcos interiores y techos altos que soportan más de un siglo. Ni las persistentes lluvias ni el calor sofocante ni el capricho de administradores con gustos, válgase el eufemismo, “exóticos” han podido derrumbarlo. Mucho antes de ser el espacio de lujo de la universidad del trópico, fue la casa del gobernador en turno, cuando Villahermosa se llamaba aún San Juan Bautista y era un pueblo que podía recorrerse caminando en una tarde.

En esos recónditos tiempos, las casas tenían techos de huano o teja de barro precocido, con largas paredes verticales que ayudaban a mitigar el sofoco producido por la humedad y el calor que durante el mes de mayo se intensifica, llegando a grados de escándalo durante el verano con el canicular. Ya entrado el otoño, las lagunas y ríos que rodeaban al pueblo incrementaban su nivel, saliéndose de su cauce habitual, bañando así las tierras

fértiles, anegando las nuevas construcciones que en la primavera o durante la temporada de secas, se habían instalado. Los sitios altos o lomas, como las llamaban los lugareños, eran pocas. Justo al pie de una de ellas se edificó el inmueble, como testigo de los procesos sociales que cambiarían el pueblo hasta convertirlo en una ciudad, las hileras que suturan el destino son invisibles a los ojos de quien lo vive.

No fue fácil para los habitantes establecerse en ese sitio, después de un tortuoso peregrinar huyendo del hostigamiento de piratas que aprovechaban la cercanía con el río, para robar y destrozar las pocas cosas, ultrajar mujeres, secuestrar niños y hombres como esclavos, convirtiéndolos a la postre en bucaneros bravíos que olvidaban su pasado para vivir la aventura del presente. La diáspora fue continua, estableciéndose momentáneamente en bellas tierras rodeadas de selva, popales y manglares, que hicieron que más de una familia desertara atraída por el embrujo de esos sitios a riesgo de todo. La búsqueda tuvo su primer final un día de San Juan, concluyendo años después con el traslado a una rica zona cruzada por cuatro ríos. Ahí se estableció el pueblo, soportando años después bajo el ansia expansionista una lluvia de hierro de cuatro horas, producto de las desestabilidades del siglo XIX.

El Instituto fue la única muestra palpable de los nuevos tiempos que se vivían en otras realidades, marcadas por el centralismo político y económico, que poco o nada sabían del atraso y el abandono de la provincia. Ahora, en estos tiempos, el edificio está en el centro de la ciudad, rodeado de anuncios luminosos y nuevas construcciones de colores solemnes, que debido a la circulación vial y a la pendiente que comienza trescientos metros atrás, hacen que poca gente le tome la importancia que merece. Por eso al ver en la portada de los diarios reproducida su fachada de color blanco con detalles naranjas, sus balcones, sus amplios ventanales y puertas de madera, muchos de los que leyeron la noticia no atinaban a ubicar el lugar, creyendo que se trataba de una nueva construcción inspirada en el rescate de la arquitectura antigua. Hubo quien fue más allá, especulando que por alguna extraña razón, nunca se había dado libre acceso al interior de

éste y que el hallazgo, no era más que la punta del iceberg del pasado reciente tabasqueño, que algún político con algún oscuro interés, habría tratado de mantener en secreto, sabiendo que no hay mayor mentira que la que se oculta delante de los ojos. Lo cierto fue que la noticia había venido a perturbar la paz de quienes laboraban en ese lugar, teniéndose que implementar el servicio de visitas guiadas por un módico precio. El recorrido consistía en una breve explicación sobre el origen del inmueble, donde no se decía que ésta había sido casa de gobernantes y que el último que la ocupó con tal objeto, fue el mismo que se la vendió al gobierno, que la estableció como “Instituto Literario y Científico”, ese político, que tiempo más tarde, fue declarado como uno de los Beneméritos de Tabasco y al cumplirse 150 años de su nacimiento, fueron depositados sus restos de nueva cuenta en la que fuera su casa, mismos que se encuentran en una urna al final del pasillo central, justo debajo de uno de los cinco bustos que custodian al monolito prehispánico llamado el Juchimán. Restos que más que cenizas son polvo sobre polvo, tal como lo asegura un incrédulo historiador que tuvo a bien abrir la urna, de manera clandestina, para asegurarse de su existencia en un acto de antropofagia tardía, mismo sujeto que con un dedo empapado en saliva comprobó la veracidad de las cenizas del otrora primer mandatario del Estado.

La expedición al lugar consistía en andar por los pasillos, entrando en las galerías, sin mencionar el suceso, aunque siempre algún visitante hacía alguna alusión, a la cual el guía fingía no saber nada, alzando los hombros y poniendo cara de incrédulo. Se entraba en el auditorio, a la sala de libros, a las oficinas administrativas para saludar y se subía al segundo nivel, donde el paseo acababa en la Sala de Rectores, mirando los rostros de las autoridades universitarias y las letras doradas con sus nombres.

Del recorrido habían dos versiones, la oficial donde se contaba la historia del inmueble y de las personalidades ilustres que lo visitaron. La otra versión, que se pagaba aparte, era la ofrecida por alguno de los trabajadores de intendencia, paseo en suma más interesante, pues incluía algunas anécdotas tanto de personajes ilustres, como de trabajadores, directores o

responsables del inmueble. Algunas de esas historias parecían tan inverosímiles, que quien había pagado por escucharlas a veces se sentía defraudado, ya que no alcanzaba a creer que personajes tan distinguidos en la vida pública y académica cometieran tantos excesos, ni que hubiese quien creyera que la estatua olmeca de piedra pudiera levantarse, custodiando el lugar, para protegerlo de los malos espíritus.

Eran más creíble, para la mayoría de los visitantes, aquellas narraciones acerca de los veladores, que hartos de los hijos de los vecinos que arrojaban piedras y rompían cristales o tocaban insistentemente la puerta para después esconderse, buscaran la venganza o el castigo, llegando atrapar a grupos de cinco y tenerlos hincados sobre corcholatas de refresco en medio del patio central a pleno sol o mojarlos a manguerazos, encerrarlos en una galería oscura, para que presas del pánico se arrepintieran de todas sus travesuras o escoltarlos, tomados de las patillas, hasta su casa, donde les contaban a sus tutores de sus fechorías.

Euskadi era el protagonista por excelencia de muchas historias del recorrido, pues desde que comenzó a trabajar en la universidad lo hizo de velador en el Instituto y él mismo presencié varias anécdotas, contándoselas a sus compañeros de trabajo, de forma confidencial al principio, luego como un chisme cualquiera. Euskadi vivió los últimos 24 largos años con sus noches en el Instituto, por eso todos confiaban en la verosimilitud de sus narraciones. La suerte no era algo que lo persiguiera o le tuviera mimos, él pensaba que su mala fortuna había comenzado el año aquel en que despidió al adorador del Juchimán, un joven regordete con calvicie prematura, creyente de los astros, extraterrestres, quien todos los jueves antes de las 8 de la noche encendía una veladora a sus pies, hablándole y mirándolo fijamente, tratando de encontrar en él alguna respuesta. Para Euskadi ahí comenzó la mala racha, su mujer lo abandonó llevándose a sus hijos, pretextando sus ausencias nocturnas y sus mañanas de intenso sueño, la verdad fue otra que su orgullo de hombre no le permitió a nadie contar. Poco a poco la vista le comenzó a fallar impidiéndole ver más allá de dos metros. Aunque hubo quien trató de promover su despido, contó siempre

con la anuencia de jefes de mayor rango. A raíz de tanto desvelo envejeció, siendo casi un anciano a sus 49 años, por ello cuando los compañeros del sindicato le contaron de la nueva reforma que entraba en vigor, sintió que era la cruz de espinas que le coronaba el destino.

Dicha innovación laboral, traía consigo muchos beneficios para los que tenían familia y para la propia institución, pero para la gente sola como Euskadi, a un año de la jubilación, pocas cosas ofrecía. Dentro de muchas innovaciones la que más lo afectó fue la reforma sobre la edad, ya que anteriormente los trabajadores podían solicitar su jubilación a los 25 años de servicio ó 50 años de edad. Ahora, sería hasta los 35 años laborados o 68 cumplidos, quien tuviera menos podía jubilarse de forma escalonada, es decir, con una reducción a su pensión. Tal modificación se había aprobado en junta plenaria por mayoría de votos, la cual seguía la lógica de las reformas a las pensiones y jubilaciones instituidas por el gobierno federal y estatal. Los antiguos empleados deducían que ese cambio se había planeado por lo menos con dos años de anticipación, ya que la contratación de personal eventual joven, con asignaciones laborales por uno o dos días, incrementaron el número de agremiados, llegando hasta la mitad. De esos nuevos trabajadores ninguno tenía conciencia histórica o idea del gremio, eran mansos corderos que azuzados con la promesa de una plaza, alzaron la mano. Nunca imaginaron que obligaron a jubilarse a muchos trabajadores en edad aún productiva y que, algunos como Euskadi, tendrían que decidir si se jubilaban ahora, con un porcentaje menor a la pensión que hubiesen esperado o continuaban laborando hasta cumplir los años de servicio o edad para ello.

Euskadi, aún no decidía qué hacer, tenía dos semanas para pensarlo, de lo contrario, automáticamente se iría a la ampliación, es decir 11 años más de servicio. En las noches en que la oscuridad inundaba los pasillos y algunos murciélagos revoloteaban tratando de encontrar el lugar más oscuro, pensaba en ello. Salir de 60 era casi lo mismo que salir a morir, con los achaques de la edad y con la certeza de que sólo había vivido para el trabajo.

Cuando recién lo contrataron nunca le dijeron de qué se trataba, poco a poco fue aprendiendo que las noches se hacen más largas cuando uno está solo. Los primeros meses, sin avisar, el director del lugar, temeroso de que se repitieran las prácticas de antiguos veladores, llegaba a media noche para tratar de sorprenderlo in fraganti, ya fuese durmiendo o fuera del área laboral, pero él estaba despierto con su linterna y machete en mano. Era de origen chontal, con rasgos indígenas marcados en el rostro, la piel quemada por tanto sol y una manera torva de mirar. Había nacido bajo el signo de capricornio, una mañana en que su padre, siguiendo la tradición, lo nombró en honor de la primer cosa que vio al saber la noticia, por eso se llamaba Euskadi, por el anuncio enmarcado de llantas que al salir del monte con la guía de huano, el machete y la jícara en el morral, miró. La “s” en lugar de “z”, se la debía a una brillante secretaria del registro civil que con dotes de maestra de gramática española, corrigió el nombre que Teófilo, el padre de Euskadi, llevaba apuntado en un papel.

No estudió, con dificultad sabía leer y escribir. Desde muy pequeño comenzó a trabajar en la milpa que el papá lo hacía. Las tierras eran de un abogado de renombre que tenía una notaría en Villahermosa. El notario amparaba atracos y despojos con elegantes argucias legales que lo hacían presumir de una notable eficiencia, gracias a ello, decía la gente, las autoridades en contubernio le ayudaron a adquirir una gran extensión de montazales que alguna vez fueron hogar de grupos indígenas de lengua chontal. Allí se sembraba frijol, calabaza, sandía y maíz que se revendía en el mercado de la capital. La máxima aspiración de Euskadi, en su niñez, fue la de llegar a ser ayudante de la tienda del mercado, pues le parecía admirable cómo andaban vestidos los muchachos que iban por la mercancía, con pantalones largos y camisas con mangas cortas de diferentes colores. Su aspiración nunca se hizo realidad. Entró a trabajar a la universidad cuando un tío ocupó una posición en el sindicato. Al principio no quería dejar la milpa para irse a barrer salones, lavar baños, cortar pasto o hacer mandados, pero al ver al tío, quien había estudiado igual hasta tercer año, y ahora estrenaba una camioneta de medio uso, vestía pantalones largos, camisas de varios colores y sobre todo, tenía acceso a las

mejores muchachas del pueblo, que a escondidas de sus maridos a completaban el sustento económico familiar, trabajando para la matrona Magali. Euskadi cambió el machete y el jornal por la escoba.

En menos de un mes ya estaba de velador en el Instituto. Al año, compró el terreno donde vivía con sus padres, se casó y tuvo su primer hijo. De vez en vez, se daba tiempo para pactar un encuentro con una que otra muchacha furtiva, aunque su mujer insistiera con la cantaleta que el pastor de la iglesia recitaba domingo a domingo, sobre el buen cristiano: formal, trabajador, fiel y abnegado. Lo bueno del trabajo era la paga puntual y las prestaciones, lo malo, las desveladas y aquellas largas noches en que sólo el ruido del aire al mecer las hojas de las plantas en el patio se escuchaba. En ocasiones recordaba viejas historias que los compañeros jubilados le contaban en las juntas, donde se decía que el gobernador Sarlat había enterrado en un lugar del edificio, 50 lingotes de oro y otras cosas de sumo valor, producto del recaudo de impuestos y otro tipo de negociaciones, aunque nadie los había buscado después de Pablo, el Juchiteco. A éste se le ocurrió que ese entierro estaba justo debajo del Juchimán y al tratar de moverlo, este lo miró con sus ojos de piedra y lo desapareció sin que nadie lo viera nunca jamás en forma humana. Ni siquiera cuando tuvieron que reforzar la base en que descansa el monolito, pues debajo de él se encuentra una cisterna de agua potable, los albañiles motivados por el miedo que les provocó la historia que Euskadi contaba, trabajaron con mucha precaución sin encontrar nada. Éste relataba el ansia del Juchiteco y afirmaba, llevándose la mano derecha en forma de cruz a la boca, que él mismo lo había visto en forma de pájaro posando sus dos garras en la cabeza del Juchimán. Fue por aquel tiempo en que Euskadi comenzó a ganar fama entre los trabajadores por las historias que contaba, las cuales le valieron el mote del Brujo, pues quienes las escucharon por primera vez en lugar de no creer en ellas, pensaron que eran tan reales, que fueron productos de encantamientos realizados por él mismo. Tanta fue su fama, que se le atribuyó la desaparición de su esposa y de sus hijos, como un acto sólo comprensible a través de la magia, donde con argucias de brujo

los había ahuyentado sin que estos le pelearan ningún derecho conforme a la ley.

Quienes se habían preocupado por la historia del oro, cayeron en cuenta de que aquello de que estuviera el tesoro abajo del Juchimán era incorrecto, pues cuando don Simón lo enterró, si esto fuera cierto, el monolito no había sido donado por don Policarpio Valenzuela al Instituto, y ese lugar era puro monte. Por aquel tiempo, el Juchimán aún estaba en la selva con las otras dos piezas idénticas, las cuales se dice nacieron iguales después de una explosión de la tierra y fueron separadas mucho tiempo atrás para marcar el lugar que ocupó tal movimiento. El antiguo cacique, seducido por la historia de ese extraño parto de la tierra, después de jugar toda la noche barajas y tomar ron, se hizo a la selva con sus mejores hombres y prometió no descansar hasta tener a las tres piezas juntas, ambición que no consiguió. La primer pieza la hallaron en la zona más austral del territorio, la otra como si nadie nunca la hubiese visto, la encontraron de una manera sencilla, recubierta por la maleza y un poco enmohecida. Siguiendo la lógica de lo relatado por los antiguos lugareños, don Policarpio pensó que la otra pieza debería de estar en uno de los extremos posteriores. Ahí comenzó un recorrido que no terminaría hasta aquella mañana en que al tratar de cruzar el río Grijalva una de las piezas se soltó de las amarras y se fue hasta el fondo de éste, no sin antes haber cobrado la vida de más de trece trabajadores que habían custodiado el recorrido y el traslado de las moles de piedra. La otra pieza a punto estuvo de tener el mismo destino, pero fue salvada gracias a la destreza del mismo Policarpio. Al ver cómo se sumergía uno de los Juchimanes, de inmediato pidió que apretaran las amarras y se separaran lo más que pudiesen del hundimiento. Llegando a la otra orilla donde estaba un playón ocupado por cayucos de sembradores y pescadores que ofrecían sus productos. Estos ayudaron a poner la pieza a salvo, más la fuerza de la tierra, como se contaba, no la dejó ir tan fácil, haciendo que se resalara y una de sus manos se fuera al fondo del río. Al ponerla en pie una vez más, Valenzuela sabedor de creencias y maldiciones, puso fin a su interés donando la pieza al edificio que apenas se levantaba a los pies de la loma del Antiguo Señor de

Esquipulas. Pasaron algunos meses para que esta ocupara su lugar en la residencia actual, hay cosas que se cuentan sobre los años en que estuvo al pie del Grijalva, mas esas son historias que nada tienen que ver con esta.

La creencia de la existencia de un tesoro en el interior del Instituto, cobraba fuerza si se detenía uno a pensar que de haberlo, éste debería de estar en la parte derecha del inmueble, por ser la más antigua del edificio. Aunque a decir verdad, cien años habían pasado ya y nada de oro ni ninguna pista de cualquier otro hallazgo. Quienes sabían, pensaban que era un invento heredado de velador en velador. Euskadi llegó a creer algunas veces que a lo mejor eso del oro no era verdad.

Justo al comenzar su octavo recorrido en la madrugada, al caminar por una de las galerías de la parte derecha, escuchó con atención cómo crujía el piso al sentir su peso, fue hasta el interruptor de luz y lo oprimió. Miró cómo el mosaico se había levantado del suelo, haciendo la apariencia de una ola. No le tomó tanta importancia, hasta cerciorarse de que era el único lugar, de todo el edificio, que tenía esa protuberancia en el suelo. Pensó en reportarlo con el director a la mañana siguiente. Eran las 3 de la madrugada, justo la hora en que uno se duerme o deja de hacerlo esperando el alba, fue entonces que recordó la historia de aquel viejo velador que lo había precedido, en la cual nunca creyó y nunca contó a nadie. Se trataba de una vieja creencia que se basaba en el levantamiento de la tierra: “lo que no es de la tierra la tierra lo devuelve y lo que suyo es, suyo volverá a ser –decía aquel anciano-. Por eso sí oro hay, tendrá que brotar un día.” Euskadi sabía ahora que ese día había llegado. Entusiasta y excitado regresó a la galería, se recostó en el piso y miró cómo los mosaicos se levantaban en forma de ola, la tierra estaba devolviendo lo que no era suyo, justo a él, ahora en que aún podía disfrutar de esos lingotes de oro y demás cosas extrañas.

¿Reportarlo? ¿Dejar ir la gran oportunidad que la suerte le ofrecía? ¿No era acaso justo que si ese oro se pronunciaba delante de sus ojos, él fuera el único que debiera aprovecharlo? Todas esas dudas pasaron en fracciones de segundo por la cabeza de Euskadi, aunque él ya tenía una decisión tomada. Fue hasta la

bodega, que se encontraba en la parte final del Instituto y sacó de ahí una vieja pala. Arrancó en menos de diez minutos todos los mosaicos. Cavó 2 horas sin encontrar nada, los rayos del sol aún no se hacían presentes pero era más constante el sonido de carros pasando por la calle. 23 minutos después la pala chocó contra una placa de cobre, retumbó en el interior de la galería un sonido agudo que provocó una lágrima de felicidad en el rostro de Euskadi. En 1 hora con 37 minutos tuvo que desenterrar el cofre, esconderlo y de inmediato rellenar el hueco, dejando la ola de mosaicos igual a lo que había encontrado. Tuvo que hacer esto en este tiempo, ya que justo a las 7 en punto comenzaban a llegar sus compañeros del turno matutino.

Es impresionante cómo trabaja el cerebro humano, cuando desea conseguir algo, como si hubiese planeado ese día con anterioridad, Euskadi fue realizando paso por paso el desentierro, con una minuciosidad capaz de sorprender al más exhaustivo observador. No hubo detalle que no previese ni rastro que pudiera delatarlo. Aprovechándose de tener una muda de ropa en el Instituto, pudo verse impecable a la llegada de sus compañeros, con el cabello sedoso y de tan buen humor que a nadie le causó sorpresa su anuncio casi descuidado de que en la galería el suelo se había alzado, pero que ya él lo había revisado, despegando los mosaicos y no era otra cosa que la humedad. Nadie encontró ni un rastro de lo que había pasado y nadie lo encontró porque tampoco nadie lo andaba buscando. El cofre estuvo todo un día en uno de los salones de arriba, los pocos que alcanzaron a verlo, no le tomaron ninguna importancia, creyendo que era parte de unas viejas armaduras que se encontraban en una bodega, las cuales a punto estuvieron de costarle la cabeza a un trabajador, no porque fuesen a despedirlo, sino literalmente su cabeza quedó atrapada en un casco por seis horas, aunque esa era una aventura que se contaba durante el recorrido. Volviendo al cofre, éste estuvo en la parte superior sin que nadie reparara en ello. Incluso hubo quien pasó al lado del mismo creyendo haberlo visto siempre ahí. Euskadi lo sacó en la madrugada, tuvo que convencer a un taxista de que lo llevara hasta su casa. Le pagó lo que éste quiso, sin que hiciera ninguna pregunta. Se aseguró

de dejar el cofre lo más escondido que pudo en su propia casa, a pesar de vivir solo. Regresó al trabajo en el mismo taxi y le dio al chofer una jugosa propina, asegurándose que por lo menos el secreto duraría algunas horas.

En la mañana no se fue de inmediato como de costumbre, esperó la llegada del director y le informó sobre su decisión de jubilarse. Fue hasta el sindicato e hizo lo propio. No abrió el cofre sino hasta 26 días después, justo el día en que había ido por su jubilación, pensó que si había esperado tanto para ser rico, nada pasaría con esperar otro poco.

Ya en casa, seguro de que no había ningún testigo y que nadie había notado nada acerca del hallazgo, trato de abrir el cofre hasta conseguirlo con mucho esfuerzo hasta casi a la media noche. En el interior nada había de deslumbrante, polvo sobre polvo, casi en el fondo, estaban apiladas 50 monedas de cobre, roídas por el sarro; al lado unos espejuelos, guantes, tres sombreros de copa y diez pliegos de papel. A Euskadi, que nunca había padecido diabetes, la contrajo casi de forma inmediata provocándole un principio de infarto. Ya muy entrada la madrugada revisó los papeles, con el llanto que produce el coraje de la impotencia. El contenido de estos no le ofreció ningún interés, ni a pesar de que en un legajo se encontraba la rúbrica de Hernán Cortés, con la fecha y ubicación exacta de la primer alcabala en la Nueva España, atribuida a Santa María de la Victoria. Abatido por el cansancio más que por el deseo de dormir, se echó en su cama, no sin antes prenderle fuego y dejar arder todo lo hallado en el baúl hasta que se convirtiera en cenizas. Pensó en la suerte, en su ex mujer, en el diablo y cayó dormido. A la mañana siguiente despertó pensando que aún dormía, quiso ponerse de pie y no pudo, todo le pareció tan extraño, tan diferente, tan enorme, que al querer llevarse las manos a los ojos sólo alcanzó a ver unas alas extendidas con un plumaje negro aperlado.

Semanas después en varios periódicos se dejaba leer la nota: “EX VELADOR DEL INSTITUTO JUÁREZ DESAPARECIDO. SE PRESUME QUE FUE ULTRAJADO EL MISMO DÍA QUE COBRÓ SU JUBILACIÓN. TRABAJADORES CONSTERNADOS. TEMEN SER VÍCTIMAS AL ESTAR PRÓXIMO EL PAGO DE AGUINALDO.”

La cola del diablo

Bruno Estañol

El anónimo redactor, editor e impresor del único número de *El Zoquete Ilustrado* —no se sabe si era ilustrado por las figuritas que desplegaba o si el oxímoron aludía a la extraña posibilidad de que los zoquetes se ilustren— pergeñó la siguiente nota necrológica, exornada de fotografías borrosas color sepia:

...en el año del catorce murió don Polo Valentino hecho una desgracia; en los últimos meses apenas se podía mover, lo tenían que bañar, alimentar y atender de sus más elementales necesidades (sic), ponerle babero y pañales, se había convertido en un babienco; lejanos quedaron los días en que don Polo presumía que era un garañón, semental y verraco engendrador, a lo largo de los pueblos de Tabasco, Chiapas, Campeche y Guatemala, de más de ciento cincuenta hijos; él decía que no era exageración ya que llevaba cuenta exacta en el mango de madera de una daga Sölingen que siempre llevaba al cinto, y que no era su culpa, si, como a todos los grandes machucadores, a veces le enjaretaban hijos de otros machucantes competidores; sea como fuere, don Polo pasaba por los pueblos y reconocía a los crios por un defecto en la oreja izquierda, que la tenían más baja y más arrugada, y por cierta marca azul cerca del culo; rasgos que declaraban a voces su impronta; don Polo no discriminaba y preñaba ecuménicamente a criollas, indias y mestizas, y sobre todo a casadas y viudas porque a las solteras las perdonaba de vez en cuando, para agarrarlas cuando ya estaban casadas; en una libretita anotaba la fecha de la encaramada inseminatoria, y después, dejaba, con discreción, en la mesa de la cocina, un peso de plata para cuando el niño o la niña hicieran la primera comunión; siempre tenían que gustarle por algo; las mujeres le gustaban nalgoncitas y con algo de carne, aunque siempre confesó que el cabello largo y los ojos grandes y brillantes era lo que más excitaba su monomanía Giovannescas; cuando regresaba por esos pueblos de Dios, sucesivamente azotados por la lluvia y calcinados por el sol, revisaba

Palimpsestos de Tierra Húmeda

las orejas y el culo de los críos y, si comprobaba su herencia, les daba otro peso de plata y se congratulaba de su potencia y puntería; don Polo era un hombre alto, fuerte, siempre vestido de dril beige, con ojos amarillos y pícaros y que veían con gran atención a las damas y al dinero; dicen que era un gran piropeador y siempre de buen humor cuando estaba con mujeres; las enamoraba contando chistes y diciéndoles cuán guapas eran y qué grupa formidable mostraban, acaso también les ofrecía algún dinero o trabajo para sus maridos; don Polo Valentino era el hombre más rico de Tabasco; su fortuna la había hecho con la ayuda de don Porfirio quien le había concedido inmensos bosques tropicales, y así arrasó a la floresta de cedros y caobas de las riberas de los grandes ríos y luego de los bosques de Chiapas, dejando en su lugar a la manigua y bosques bajos de acahuales; después construyó unos barcos de vapor con ruedas traseras; los indios trabajaban para él, día y noche, aserrando las caobas y cedros en las monterías y echando las trozas de madera al río mientras vivían en la vana esperanza de algún día condonar la deuda inacabable de la tienda de raya; y así fue que don Polo se convirtió en el hombre más rico en una región llena de pobres descalzos vestidos de manta blanca y sombreros de paja de ala ancha.

Esa tarde llegó el panadero al portón de mi casa, abrió una tijera de madera y sobre ella extendió una batea llena de pan: el olor de los panes inundó la tarde: chilindrinas, conchas, bizcochos, suspiros, campechanas, piedras, banderillas, hojaldras redondas, panqués, queques, empanadas rellenas de crema, panes con pasas y con higos, panetelas; yo quería tomar más de dos panes, pero mi madre dijo, inapelable, no puedes tomar más de dos panes porque no eres la hija de don Polo Valentino; yo no dije nada y me puse las manos en la espalda y bajé un poco la cabeza, después nos fuimos a la cocina y mi madre y yo nos sentamos a la mesa y tomamos chocolate caliente con el pan dulce que habíamos escogido; me mantuve callada y ella me miraba de reojo; el panadero se había reído de lo que mi madre había dicho y yo había quedado un poco avergonzada; pensaba, tal vez sí soy la hija de don Polo, y mi papá no lo sabe; entonces mi madre me dijo que don Polo era muy rico porque había hecho pacto con el diablo y que con este pacto había logrado no sólo tener mucho dinero sino todas las mujeres que quiso, pero que don Polo vivía como siempre había vivido, durmiendo en hamaca y tomando chocolate con agua; yo tenía ganas de preguntarle cómo era que don Polo enamoraba a las mujeres y si había sido guapo y fuerte y también tenía ganas de preguntarle si don Polo no la había enamorado a ella; me dijo después que más bien don Polo agarraba desprevenidas a las mujeres y, cuando venían a ver, ya el garañón las había marcado con su fierro candente; más tarde cuando

llegó mi padre no le dije nada de mis pensamientos; me puse mi camisón de dormir y me fui a mi cuarto como si nada porque al otro día tenía que levantarme temprano para ir a la escuela; pero no me dormí, me levanté sin hacer ruido, caminé hasta la recámara de mis padres y puse el oído en la cerradura de la puerta cerrada y traté de escuchar lo que hablaban; pensaba que iban a hablar de mí, pero sólo escuché sus voces en murmullos rápidos; al principio no entendía de lo que hablaban, pero poco a poco fui entendiendo un poco más; no grites, porque nos va a oír la niña, muerde la almohada, dijo mi padre; no quiero, dijo mi madre; azótame, muérdeme, dijo mi madre; me da miedo lastimarte, no puedo, dijo mi padre; si no me das duro y me azotas, te mato, dijo mi madre prosigue la nota de *El Zoquete Ilustrado*: *¿Cómo había logrado don Polo su riqueza y su variada y colorida actividad amorosa?, ¿cuántas mujeres había tenido? Como a don Giovanni, le hubiera gustado decir: en España “mille e tre”; ¿cuánto terreno en realidad tenía? Había nacido en un rancho en la ribera del río Mezcalapa y apenas sabía leer y hacer cuentas, aunque sabía calcular los intereses y los réditos; dormía en un catre de lona con pabellón de gasa y a veces en una hamaca; rara vez tomaba alcohol, se bañaba a las cuatro de la tarde y como a las seis se sentaba a la mesa de la cocina y cenaba siempre lo mismo: un plátano macho cortado a lo largo con un pedazo de queso en el centro al que le había puesto media cucharadita de azúcar y que lo asaba a fuego lento en las brasas del fogón, lo acompañaba con una jícara de espumoso chocolate con agua; tenía un dogo negro, feroz, a quien le había puesto Bull y se pasaba casi todo el tiempo en su rancho El Carmen con una escopeta en la mano y un revólver Browning calibre 38 en el cinto; los que lo conocían estaban seguros de que tenía pacto con el diablo; en las noches de luna llena llevaba chocolate y queso desmoronoso al enemigo malo y en esas noches plateadas trazaba un círculo de tiza en el suelo; en el entretanto el dogo Bull aullaba en la tenebra mientras don Polo pronunciaba palabras ininteligibles; el maligno aparecía oscuro y montado en un garañón negro; otras veces aparecía vestido de traje y fumando: el humo salía por su boca delgado y con fuerza; era cosa rara ver a un hombre vestido de frac en medio de la selva fumando un pitillo largo; dicen que el diablo nunca ofrece, escucha lo que le piden y casi siempre sabe lo que le van a pedir, y don Polo le pidió dinero y poder y también ser un gran seductor, o tal vez no un gran seductor, pero sí tener muchas mujeres; no le pidió, como otros personajes más célebres que han lidiado con el maligno, el conocimiento o el logro de una obra artística, o científica, ni tampoco la juventud eterna o la inmortalidad; pero, como don Giovanni, parecía no haberse arrepentido de sus peticiones, es posible que el maligno le haya concedido demasiado, ya que ni siquiera se arrepintió a la hora de su muerte, y no convocó al cura ni le*

Palimpsestos de Tierra Húmeda

rezaron responsos; mi compadre don Lucas afirma que él hubiera escogido tener mujeres de diversas naciones como don Giovanni y no las mujeres de las riberas de los ríos; el humilde perpetrador de El Zoquete Ilustrado confiesa no creer demasiado en tales historias, aunque los crédulos campesinos decían que se les erizaban los pelos tiesos al escuchar los conjuros y aullidos del circunferenciado; dijeron que el diablo le había dejado una marca y que era un tatuaje rojo y azul que le había dibujado, indeleble, en la espalda; y que por eso, don Polo nunca se quitaba la camisa y gracias a ese conveniente arreglo logró sus grandes hazañas viriles y de explotación de la naturaleza y de otros seres humanos; no fue tan listo como creía, dijo mi compadre don Lucas, por qué no le pidió al malo que le diera talento artístico o por lo menos que viviera fuerte y potente unos doscientos o más años, en lugar de pedirle el oro que se pudre cuando uno envejece, enferma y muere.

Atravesé la plaza cuando clareaba; el reloj de la torre del ayuntamiento marcaba las seis y treinta, un militar con quepí pasó al trote en un caballo blanco, vi pasar al tranvía de mulitas que acarrea caña de azúcar al ingenio Nueva Zelandia; una mujer, con rebozo negro, pasó a mi lado con un rosario en la mano, una calandria cantó desde la fronda de un mango; una señora se asomó desde el balcón de su casa y me dijo adiós con la mano; oí los repiques de la esquila de la iglesia; una mano rasgueaba en la guitarra las notas de *La Paloma*; la mañana estaba fresca y pensaba que esa noche a las siete me iban a perforar los lóbulos de las orejas para ponerme aretes; qué alegría poder lucir aretes o zarcillos, no veía la hora para traerlos y que brillaran a la luz del sol o de la luna; eso y ponerme a escondidas los perfumes de mi mamá era lo que más me emocionaba; llegué a la escuela y estudiamos la conjugación del verbo amar; amo, amé, amaré, amare, si hubiera amado, si hubiere amado, si amara; hubiera sido mejor que me hubieren amado y no que me hayan amado sin yo haber amado; he amado, ¿habré amado?; en el recreo nos juntamos cuatro niñas en un corrillo y la mayor dijo: hoy vamos a saber si don Polo tiene pacto con el diablo; dicen que lo tiene tatuado en la espalda; la cola, los cuernos y los ojos de rojo, y el resto de azul; como está un poco gordo a veces la cola se mueve; sé cómo podemos verle la espalda; siempre se baña a las cuatro en punto; cuando se esté bañando lo espiamos por las rendijas de la caseta donde se baña; quedamos de vernos en el solar que está detrás de la casa de don Polo; me fui a la casa pensando que no estaba bien que unas niñas espieran a un hombre desnudo mientras se bañaba, y pensé en decirle a mi madre, pero cuando mi padre vino a comer y mi madre destapó la olla del puchero, me fui olvidando de todo y comencé a pensar que tal vez en la noche iba a poner la oreja, ya con aretes nuevos, en la

cerradura de la habitación de mis padres y tratar de oír su conversación en susurros; papá —pregunté— ¿tú crees que don Polo tiene pacto con el diablo?; mi padre se rió y dijo: el gran malo es una invención para explicar la maldad humana; no sabemos casi nada, pero yo creo que el diablo no existe; no le preguntes al cura y a las monjas porque ya sabes qué te de dirán; mi padre era tenedor de libros y poeta y, como él decía, librepensador, y me dijo que la riqueza de don Polo la había hecho con sudor y sangre explotando a los indios y que la gente ignorante y supersticiosa creía que los hombres ricos o con cierto éxito habían hecho pacto con el diablo y que uno no tenía que admirar a las gentes con dinero y me dijo: tú no eres más que nadie ni tampoco menos; así que cuando llegué con las demás niñas lo primero que les dije es que tal vez el diablo ni existía y que deberíamos abandonar el empeño de ver desnudo a don Polo, quien ya era un viejo enfermo; ninguna me hizo caso; la mayor me dijo: mira, en esa caseta de madera es donde se baña el tatuado; tiene muchas rendijas y por ellas nos podremos asomar; se baña con un balde grande de agua caliente y con un cántaro con asa se echa el agua en la cabeza y el cuerpo y después se enjabona y se restriega con sosquil; vamos a ir calladitas y cada una de nosotras cuatro se asoma por una rendija; nos quedamos al acecho; vimos llegar a un hombre con un balde de agua humeante, y después entró don Polo a la caseta, sin hacer ruido nos fuimos acercando las cuatro niñas a la caseta; todas llevábamos vestidos amplios, con hombreras y manga larga; llegamos a la caseta y nos asomamos por las rendijas; al principio no vi nada; adentro estaba todo oscuro; después vi a un hombre alto y moreno, de espaldas; traté de discernir el tatuaje del maligno, pero no podía estar segura, las cuatro niñas pegamos más el ojo a las rendijas y la madera crujió un poco; Amapola, la mayor, dejó escapar una risita, como sin querer; sin prisa, don Polo volteó su cuerpo y quedó de frente a nosotras, con los ojos entrecerrados y una gran sonrisa, dijo: sí niñas, sí es verdad, sí es cierto que tengo pacto con el demonio; sí es cierto que lo invoco con aullidos en las noches de luna llena, sí es cierto que tengo tatuado al diablo en la espalda; después se tomó el miembro con la mano derecha y dijo: aquí tengo la cola.

Autores

Teodosio García Ruiz

Poeta, narrador y promotor cultural. Nació en Cunduacán, Tabasco. Licenciado en Educación por la UJAT y Maestro en Docencia. Actualmente estudia el Doctorado en Investigación Educativa. De su obra narrativa sobre salen: *Villahermosa peligro para caminantes*, 2000; *Tripa de pescado*, 2007 y *Mujeres de miel*, 2010.

Ruth Pérez Aguirre

Narradora. Nació en Mérida, Yucatán. Desde hace muchos años radica en Tabasco. Asistente a talleres literarios, dentro de su obra narrativa destacan: *Incompatibilidad-Compatibilidad*, 2003; *Cuadros de vida*, 2006 y *La dulce vida*, 2010.

Cipirán Aurelio Cabrera Bernat

Maestro en Historia de México por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor-Investigador en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco y la Universidad Pedagógica Nacional. Coautor de *Historia general de Tabasco*, 1994; autor de un breve ensayo titulado *Contribución a la teoría social*, 2002, y compilador del libro *Viajeros en Tabasco*, 2011 (segunda edición).

Guadalupe Azuara Forcelledo

Narradora y promotora cultural. Licenciada y Maestra en Ciencias Sociales. Nació en Xili-tla, San Luis Potosí. En 1998 ganó el certamen de Cuento de la Feria de Tabasco. De su obra narrativa destacan: *Divertimentos*, 1997 y *Lágrimas de cocodrilo*, 2006. Actualmente es la Directora de la Biblioteca Histórica “José Martí” de la UJAT.

Pedro Luis Hernández Gil

Narrador y Poeta. Nació en Villahermosa, Tabasco. Ha publicado en antologías, revistas, periódicos, suplementos culturales, plaquetas y demás medios alternativos de la ciudad. Obtuvo el primer lugar en el área de Poesía en los Segundos Juegos Florales del Municipio del Centro en 2005; el Primer Lugar en Concurso de Cuento “Teutila Corre de Cáster” de la Feria Universitaria del Libro de Tabasco, 2009 y el Primer Lugar en el Certamen Estatal de Cuento en el 2010, con el cuento que aparece en este libro. Actualmente escribe en su blog: www.piedraquereverdece.com

Soledad Arellano

Narradora e investigadora. Nació en la Ciudad de México. Cirujano Dentista por la UNAM, Licenciada en Ciencias Humanas por la Universidad Olmeca y Maestra en Docencia por la UJAT, institución donde es Profesora-Investigadora. De su obra narrativa destaca: *Mujeres divinas... y otras*, 2004 y *Hablando de mujeres y canciones*, 2010.

Luis Gámez

Narrador. Fue becario del Fondo Estatal para la cultura y las Artes de Tabasco, en el Área de Letras (FECAT, 2004). Desde la primera década del nuevo milenio participa en talleres y encuentros literarios. Autor de *Nicolasa en la villa de perros*, 2008.

María Eugenia Torres Arias

Narradora y periodista. Nació en Zamora, Michoacán. Desde hace muchos años radica en la entidad. Fue Presidente la Sociedad de Escritores “Letras y Voces” de Tabasco, A. C. Dentro de su trabajo narrativo destaca: *El macuilis floreció*, 2006.

Flor de Líz Pérez Morales

Narradora y promotora cultural. Nació en Comalcalco, Tabasco. Profesora-Investigadora de la UJAT. Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Autónoma Metropolitana y Maestra en docencia por la UJAT. Autora de *De la historia oral al periodismo literario. Una vía de aproximación a la enseñanza del oficio*, 2004 y Coordinadora de la compilación *Mar de Historias para Contar. Compilación de narraciones ambientales*, 2010.

Edwin Omar Marín Olán

Licenciado en Historia por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco y Maestro en Ciencias de la Educación. Nació en Tenosique, Tabasco. Es coautor del libro de poesía *Voces y vivencias*, 2004. Desde hace seis años se desempeña como docente para Colegio de Bachilleres de Tabasco en el EMSaD 22. Actualmente cursa el diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores José Gorostiza.

Gloria Margarita Dávila Espinoza

Poeta, escritora, teatrística y promotora cultural. Nació en Huanuco, Perú. Licenciada en Lengua Literatura, Tecnología Educativa; Maestra en Educación. Actualmente estudia el Doctorado en Ciencias de la Educación. Parte de su obra ha sido antologada en: Israel, Tunizia, EE.UU, Cuba, Rumania, México, España, Uruguay, Brasil, El Salvador, Argentina, Chile y Perú. Autora de

Redobles de Kesh y Kantos de Ishpingo. Tiene una blog en internet: www.lacoctelera.com/poesias-y-nirvanas

Sergio RAM

Narrador, investigador y promotor cultural. Nació en Puebla, Puebla. Desde 1994 radica en Villahermosa. Licenciado en Ciencias de la Comunicación Social por la Universidad Autónoma Metropolitana y Maestro en Literatura Mexicana por la Universidad Veracruzana. Profesor-Investigador de la UJAT. De su obra narrativa destaca: *Una palabra vasta*, 1999 y el ensayo *Volpi, Linnks y Klingsor: Autores Inciertos*, 2007.

Vicente Gómez Montero

Escritor, dramaturgo y locutor. Nació en Veracruz, Veracruz. Desde muy joven radica en Villahermosa, Tabasco. De su obra narrativa destacan: *El cargador de juguetes*, 2010 y *Cuando las hadas se volvieron locas*, 2011. Actualmente es el Director de la Editorial del Instituto Estatal de Cultura de Tabasco.

Daniel Peralta Guzmán

Nació en Villahermosa, Tabasco. Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas de la Universidad Veracruzana. Ha obtenido el Primer lugar en el Certamen Estatal de Cuento, 2003. Becario del Fondo Estatal para las Artes y Cultura de Tabasco 2005, en el Área de Cuento, en 2005 y 2007.

Luis Acopa

Narrador e investigador. Nació en Villahermosa, Tabasco. Licenciado en Historia por la UJAT. Coautor de *Cuentos para la educación ambiental en preescolar*, 2003; *Con ojos de Duende*, 2005;

Lenguadetrapo, doce relatos políticos jamás leídos en Tabasco, 2006 y *Érase una vez un cuento. Compendio general del cuento en Tabasco*, tomo I y II, 2008 y 2010, trabajo que recoge dos siglos del acervo narrativo en el estado de Tabasco, por vez primera. Actualmente es editor de texto en la UJAT y cursa la Maestría en Ciencias Sociales.

Bruno Estañol

Novelista, cuentista y ensayista. Nació en Frontera, Tabasco. Ha ganado el Premio Nacional de Cuentos San Luis Potosí, el Premio José Fuentes Mares y el Premio Juchimán de Plata concedido por el Gobierno del Estado de Tabasco y la Asociación Civil Juchimanes de Plata. Ha publicado las novelas *Fata Morgana*, *El Ferétro de Cristal*, *La Barca de Oro* y *La Conjetura de Euler*. Los libros de cuentos *Ni el Reino de otro Mundo*, *La Esposa de Martin Butchell* y *Passiflora Incarnata*. El Fondo de Cultura Económica publicó su antología de cuentos *Bella Dama Nocturna sin Piedad* y la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco le acaba de publicar *La Mente del Escritor, Ensayo Sobre la Creatividad Científica y Artística*.

Esta obra se terminó de imprimir el 24 de junio de 2011, con un tiraje de 1,000 ejemplares, en Morari, Formas Continúas, S. A. de C. V. Calle Heroico Colegio Miliar. Colonia Atasta. Villahermosa, Tabasco. El cuidado de la edición estuvo a cargo de los autores y el Fondo Editorial Universitario.



Universidad Juárez Autónoma de Tabasco



COLECCIÓN
JOSEFINA VICENS
Literatura Experimental y Erótica